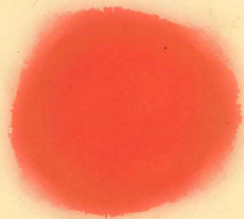
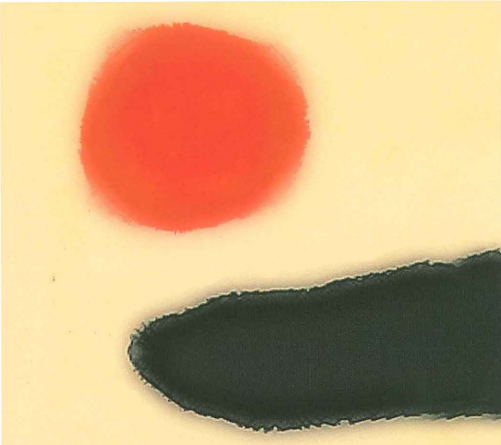


La luna en el agua

Teatro y cuento japoneses



The image features a bright yellow background. In the upper left corner, there is a large, solid red circle. Below it and towards the right, there is a dark, almost black, irregular shape with a jagged, torn edge, resembling a piece of paper or a shadow.

El presente conjunto de piezas teatrales y relatos representa el medio más estimulante para acceder y disfrutar de la literatura japonesa desde el teatro *nob*, lleno de tradición y finura, hasta el *kyogen* y *kabuki*, cargados de realismo y vivacidad; desde los cuentos clásicos del siglo XII, recopilados en antologías del periodo *Heian* y el medioevo nipón, hasta los cuentos contemporáneos, enfrentando tradición y modernidad, en las voces de los mas destacados narradores de Japón, el lector podrá comprobar que la literatura creada por esta cultura es una de las más interesantes.

De los traductores:

Ilia de Sologuren y Javier Sologuren se han dedicado al trabajo conjunto y refinado de seleccionar, traducir y divulgar los textos clásicos y contemporáneos japoneses en sus diversos géneros. Ya Javier Sologuren, con Akira Sugiyama, nos ha ofrecido la traducción de *Cinco amantes apasionadas*, incluida en esta colección.

LA LUNA EN EL AGUA

LA LUNA EN EL AGUA

TEATRO Y CUENTO JAPONESES

TRADUCCIÓN, SELECCIÓN Y NOTAS

DE

ILIA Y JAVIER SOLOGUREN



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 2000

Colección Orientalia
Centro de Estudios Orientales

Primera edición: octubre de 2000

LA LUNA EN EL AGUA

Responsable de la colección: Ricardo Sumalavia

Copyright © 2000 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel, Apartado 1761, Lima 100, Perú.
Telfs. 4600872 – 4602870, anexos 220-356
email: feditor@pucp.edu.pe

Ilustraciones interiores: Torii Kiyonaga
Escena del Kabuki, 1784 (para teatro)
Kubo Shumman
Muchachos en el riachuelo, 1780 (para cuento)

Diseño de la carátula: Enrique Ottone

Hecho el depósito Legal, Registro N° 1501032000-4150
ISBN: 9972-42-370-0

Impreso en el Perú – Printed in Peru

ÍNDICE

Teatro	9
Nota	11
Zeami Motokiyo (1363–1443)	
<i>Yugao</i> (noh)	15
<i>Izutsu</i> (noh)	31
<i>Hagoromo</i> (noh)	43
<i>Sanemori</i> (noh)	57
Komparu Zenchiku (1405–1468)	
<i>Teyka</i> (noh)	83
Suga Sensuke (s. XVIII)	
<i>Gappo y su hija Tsuji</i> (kabuki)	103
Anónimo	
<i>La muerte de los amantes de Sonezaki</i> (bunraku)	125
<i>El pajarero en el infierno</i> (kyogen)	155
Cuento	165
Nota	167
<i>En la espesura</i> (anónimo, 1120)	171
<i>La Princesa que amaba las orugas</i> (anónimo, s. XII)	177
<i>La ladrona misteriosa</i> (anónimo, s.XIII)	189
<i>La Nariz</i> (anónimo, s. XIII)	197
<i>El túmulo de la joven de Unai</i> (anónimo, s. XI)	203
<i>El caldero de Kibitsu</i> (Ueda Akinari, 1734–1809)	209
<i>En Reconstrucción</i> (Ogai Mori, 1862–1922)	223
<i>El Crimen de Han</i> (Naoya Shiga, 1883–1971)	233

<i>Tatuaje</i> (Junichiro Tanizaki, 1885–1965)	249
<i>Kesa y Morito</i> (Ryunosuke Akutagawa, 1892–1927)	261
<i>La Luna en el agua</i> (Yasunari Kawabata, 1892–1972)	271
<i>La Mujer de Villon</i> (Ozamu Dazai, 1909–1948)	285
<i>El Sacerdote y su amor</i> (Yukio Mishima, 1925–1970)	309
Glosario	331
Fuentes de las traducciones	333



Teatro

NOTAS

El Teatro *Noh*

Entre las formas dramáticas tradicionales del Japón —tales como el teatro *Kabuki*, el *Bunraku* y el *Gagaku*— el *Noh* es el más específicamente japonés y clásico por excelencia. Según René Sieffert, gran especialista en el tema, el *Noh* se define por los criterios compartidos con aquellas de «economía de los medios, equilibrio, precisión y técnica en vista de un efecto exactamente calculado».

El *Noh*, aparte de los atributos mencionados, posee en sumo grado una fuerza poética y sugestiva que, de algún modo y siempre, es dable percibir ya en su desarrollo escénico, ya en su soporte literario. No se vaya a deducir, por lo dicho, que constituye una forma de un acceso relativamente fácil. Todo lo contrario. El intento mismo de lograr una definición es de por sí tarea ardua e insatisfactoria, pues elude radicalmente toda aprehensión de carácter conceptual. Algo se escapa siempre de aquello que presentimos serle esencial. El *Noh* es arte que demanda al propio japonés todo un largo proceso de experiencia y estudio.

Las piezas de la tercera categoría se caracterizan por el *yugen*, el encanto sutil. En ellas se produce tanto una evocación como la presencia de un fantasma. Y es que el recuerdo del *Noh* estriba hondamente en el reino invisible de los muertos cuyos espíritus vagan inquietos en torno de los lugares extrañados. Así, en

Yugao o en *Isutsu*, las bellas de antaño, las desvanecidas nieves, vuelven de su lejanía para tocar las puertas de un presente aún sensible, puertas que dan sobre el lugar donde se produjo la quiebra de su destino terrenal. El sueño que fue una realidad sale en busca de la realidad que fue un sueño.

El Teatro *Kyogen*

El *Kyogen* es una de las formas artísticas tradicionales del teatro japonés. Desde sus orígenes, que se remontan al siglo XIV, ha seguido siendo representado junto con el *Noh* en el mismo escenario. El *Kyogen* es una pieza de índole cómica cuyos personajes provienen de la vida prosaica y cotidiana (el amo prepotente, los criados bribones, los monjes avarientos y venales), abocetándolos con frescos y coloridos trazos dentro de cada una de las situaciones en que les toca actuar.

Cabe advertir, sin embargo, que en el *Kyogen* los valores cómicos se producen con diversos alcances, pues no todas estas piezas buscan el efecto bufo y a las intenciones satíricas de unas pueden sumárseles personajes bien delineados que las avvicina a los de la comedia de caracteres.

Debido a la intensa atmósfera poética del *Noh*, como un medio de atenuarla, los *Kyogen* participan en este. Así, por ejemplo, en la típica jornada de cinco piezas *Noh*, son cuatro los *Kyogen* que se representan intercalados. Algo que nos recuerda, muy naturalmente, los «entremeses», esas obritas jocosas de un solo acto que se daban en los entreactos de la comedia clásica española.

El Teatro *Kabuki*

A partir del siglo XVI, en Kioto, se inicia un teatro popular que, a diferencia del *Noh*, emplea el lenguaje usual y se vale de aquellos sucesos y temas que encandilan la imaginación del hombre común y corriente. Es el *Kabuki* un teatro avasalladoramente

espectacular, desbordante, individualista y profano, que se sitúa por sí solo en los antípodas del teatro *Noh*.

A diferencia del *Noh*, los textos literarios no tienen mayor significación que otros factores tales como la danza, la indumentaria y los efectos escénicos. El *Kabuki* es suma de diversas artes y posee una gran receptividad, al punto que en su repertorio existen obras adaptadas del *Noh*, del *Kyogen* y del *Bunraku*. Su espectacularidad es tanto visual (decorados y trajes deslumbrantes) como de actuación, pues esta suele ofrecer toques melodramáticos.

Sus actores no llevan máscaras, pero se hallan maquillados. El *shamisen* (especie de banjo de tres cuerdas) desempeña un rol muy importante en el transcurso de la acción. Siendo el teatro clásico nacional del Japón, y una de sus grandes y perdurables aficiones, el *Kabuki* no presenta al extranjero no iniciado las dificultades de comprensión inherentes al *Noh*. Donald Keene, eminente japonólogo y traductor, encarece su «magnífica teatralidad» y afirma que «en verdad ofrece una de las supremas experiencias teatrales del mundo». Del mismo, citamos un pasaje que nos interesa particularmente por el hecho de señalar un contraste real que pone en tela de juicio cualquier intento de reducir unilateralmente las expresiones culturales de un pueblo. Dice Keene: «Los japoneses son conocidos por su afición a la sugerencia y a lo tácito, revelada en su jardinería paisajista, la ceremonia del té y el teatro *Noh*; pero el *Kabuki* se complace en la más desenfrenada exageración». Por otra parte, se ha señalado también que sus cualidades universalmente artísticas y humanas triunfan sobre su aparente exotismo.

El Teatro *Bunraku*

El Japón posee, además, un teatro de muñecos, el *Bunraku*, que no tiene parangón con los títeres y marionetas europeos. Llamado también *Yoruri* por ser este el nombre del narrador de

las historias que los muñecos representan y cuyo papel es decisivo en esta seductora manifestación del arte escénico; el narrador debe prestarle su voz a los diversos personajes y expresar los más variados acentos emotivos, suscitando el clima dramático del que supuestamente los personajes participan. Todas las vicisitudes de estos tienen, pues, en la voz del *Yoruri* su más fiel intérprete. El *shamisen* acompaña el espectáculo. Los muñecos, tallados en madera y articulados, pueden mover los labios y las cejas y abrir y cerrar los ojos; tienen aproximadamente un tercio de la estatura humana. Cada uno es maniobrado por tres artistas, dos de ellos vestidos de negro y con la cara cubierta por un velo, a quienes se les ve en el escenario, lo cual es un decir pues es tal la fascinación que ejercen los muñecos, tal su vida expresiva y dramática, que el público no tiene ojos sino para ellos.

Es a un gran escritor, Chikamatsu Monzaemon (1653-1725), a quien el *Bunraku* le debe unas 130 piezas de su repertorio y a quien el Kabuki le debe también más de la mitad del suyo. Estas obras son el animado reflejo de la vida corriente del Japón a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, la vida bullente y colorida de una burguesía en plena ascensión.

Javier Sologuren

YUGAO

(noh)

Zeami Motokiyo (1363–1443)

Personajes

WAKI, un monje de la provincia de Bungo, en Kyu-shu

WAKI-ZURE, sus dos discípulos

MAE-SHITE, una mujer del campo

NOCHI-JITE, el espíritu de Dama Yugao

KYOGEN, un habitante del lugar

Lugar

En Kioto, en los alrededores de Gojo

Tiempo

En otoño, en la novena luna

PRIMERA PARTE

El waki, seguido de los waki-zure, avanza hasta el medio de la escena, de cara al público.

WAKI:

Este que veis es un monje llegado de la provincia de Bungo. Ahora bien, de Matsura, de Hakozaki, la virtud es maravillosa; he querido, sin embargo, visitar Otoko-yama, que goza de mejor nombradía aún, y en estos días, he subido hacia la capital. Hoy, una vez más, voy a emprender camino y visitar los templos de los budas. Admiro, vecinos de la capital, los sitios ilustres: En primer término, el tan celebrado «Bosque de las Nubes» de rayos del sol poniente iluminando yerbas otoñales, las flores (púrpuras) que voy separando en los campos de Murasaki.

(Se vuelve hacia los wakizure.)

WAKI, WAKI-ZURE:

En el santuario de Kamo, me prosterno.
En el santuario de Kamo, me prosterno,
atravieso el bosque de Tadasu;
volviendo al albergue, donde Ariwara
se lamentaba de que «la luna no fuera más la misma»,

en los alrededores de Gojo, esta casucha
cuyo amo me es desconocido: hasta allí,
en proseguir mis visitas he pasado la jornada,
en proseguir mis visitas he pasado la jornada.

*(Cantado, el waki se ha vuelto hacia el público
y ha avanzado unos pasos, luego ha retrocedi-
do y, acabado el canto, se ha vuelto de nuevo
hacia el público.)*

WAKI:

Tanta prisa me he dado que he aquí los alrededores de
Gojo, me parece.

(Se vuelve hacia el metsuke-bashira.)

¡He aquí que es extraño! de aquel alero me llega la voz
de una mujer que canta en sordina. Voy a oír un instante
y luego a interrogarla.

WAKI-ZURE:

¡Así sea!

*(Los tres se sientan en el wakiza. Mientras
tanto, el shite avanza hasta el primer pino.)*

SHITE:

De la cresta de los montes
ignorando los sentimientos,
la luna que va,
indiferente, en el cielo,
¿va a desaparecer?
La nube de Fuzan, en el lapso de un instante,
en Yodai, fugitiva, se desvanece;

el aguacero del Sho-ko, muchas veces repetido,
de los campos de So salpica los bambúes.

*(Cantando, el shite se dirige lentamente hacia
el waki.)*

A estos lugares también, en todos los tiempos, el renombre se les unió:

Bajo el antiguo alero,
rica en secretos es esta morada
que el pincel de Murasaki Shikibu
con el solo nombre de «cierta residencia»
designó: ese tiempo es lejano y sin embargo
de lo que he visto, de lo que he oído, mi corazón
obstinado, de colores y perfumes,
no ha podido liberarse, y el aguacero de mis lágrimas,
a mi futura salvación, obstaculiza, por eso ahora todavía,
pese a lo que tenga yo de ella,
mi espíritu frecuenta estos lugares, nube errante,
mi espíritu frecuenta estos lugares, nube errante,
que arrojan los vientos tempestuosos
para que brille la luna del conocimiento perfecto:
¡hacia el cielo vacío elevo mi mirada suplicante,
hacia el cielo vacío elevo mi mirada suplicante!

(El waki se levanta y se vuelve hacia el shite.)

WAKI:

Oh mujer que estáis allí, tengo una pregunta que haceros.

SHITE:

¿A mí me habláis? ¿De qué se trata?

WAKI:

Y bien, este lugar, ¿cómo se llama?

SHITE:

Es aquí una «Cierta Residencia».

WAKI:

¡Me sorprendéis! «Cierta Montaña», «cierto templo», son términos que indican que el nombre es indiferente; ¿o será entonces realmente su nombre? ¡Quisiera saberlo!

SHITE:

¡Desde el primer instante, también, me habéis parecido un viajero exigente! Murasaki Shibiku, con su pincel, no había trazado sino «Cierta Residencia» sin develar el nombre de modo preciso. Sin embargo, es en este lugar donde antaño el ministro Toru había vivido, donde en otro tiempo, el príncipe Resplandeciente y Yugao, en este mundo (que pasa cual) el rocío (sobre las flores de yugao) conocieron tormentos sin par.

La imagen de demonios cuyo solo nombre me espanta, (sobre sus tejas) todas cubiertas de musgo, ¡tal es, sabedlo, la residencia de Kawara.

WAKI:

¡Ah! ¡Qué alegría! Así pues, cargados de un antiguo renombre, he aquí estos lugares! Nosotros, gente de la provincia de Bungo, tenemos alguna relación con Tamakazura. Ahora, pues, de Yugao, tal el rocío desvanecido, lo que dice el renombre, consentid en contármelo: ¡sobre sus huellas, en tanto sea yo capaz, quisiera orar!

SHITE:

Así pues, la historia de Genji, el Resplandeciente,
otorga a los refinamientos de estilo tal importancia
que el fondo podría parecer ligero, y sin embargo,

(waki y shite se sientan frente a frente.)

CORO:

del conocimiento inspira el deseo, pues es profunda la
significación de aquel.

¿Quién, al contarlo, podrá permanecer indiferente?

SHITE:

Entre otros, el libro de Yugao
se distingue por su emoción intensa:

CORO:

profunda son las vías de los sentimientos;
(profundo) era su apego a Rokujo
cuya residencia iba a visitar;
en una morada donde él había entrado al pasar

SHITE:

un instante, descansaba; en el borde del camino

CORO:

señalando su presencia
había detenido su coche.

(Acompañamiento instrumental.)

Poblados de palurdos parecían los alrededores,
donde se apretaban pobres casitas, mas al borde de un

techo,
 prendida, una flor lozana del mismo nombre
 que aquella, belleza rara, que él percibió allí, Yugao:
 no quiso pasar sin cogerla, (no quería dejar pasar la
 ocasión)

la frívola persona,
 ignorando la reflexión (blanco rocío):
 de sus palabras plenas de sentimiento
 apreciando la gracia, vino a verla.

Al revés de los amores de la Dama del abanico,
 en otoño, uno a otro ligados por un juramento
 indestructible, «rayar el día,
 por los caminos errantes», dijo en un poema,
 pues este mundo no es nada sino eso;
 fugitiva como el de la efímera,
 su vida, apenas la hubo puesto en juego que ya
 la breve jornada de otoño llegaba a su término,
 y la noche transcurría,
 los pinos antiguos crujían lúgubrementemente

SHITE:

al viento
 parpadeando, la llama de la lámpara

CORO:

iba a extinguirse, parecíale:
 miró en torno suyo: semejantes a las alas del cuervo
 las tinieblas
 y ninguna alma viviente;
 ¿qué hacer? Pensaba y sobre el río (de sus pensamientos)
 ligera espuma había perdido el aliento,
 en la ola que ya no retorna

(El shite se levanta.)

¡nada sino espuma!
Ajada y caída, del yugao

(Se dirige hacia el fondo de la escena.)

no se esponjará más la flor;

(Se vuelve hacia el waki)

visitando vuestros sueños, ¡os he hablado!... dicho esto,
esta mujer, como borrada
también ha desaparecido,
como borrada, ha desaparecido.

(Se vuelve a los bastidores lentamente.)

INTERMEDIO

El kyogen entra en escena y se dirige hacia el medio de la misma.

KYOGEN:

Tal como me veis, soy un habitante de los alrededores de Gojo.

Hoy, voy por el camino de Higashiyama con el propósito de divertirme.

(Reparando en el waki.)

Conque he aquí un monje que no se ve a menudo. ¿De dónde venís, vos que descansáis aquí?

WAKI:

Soy un monje procedente de la provincia de Bungo. Y vos, ¿sois de estos parajes?

KYOGEN:

¡Perfectamente! Soy de estos parajes.

WAKI:

Si es así, acercaos un poco. Tengo algo que preguntaros.

KYOGEN:

¡Os obedezco!

(Va a sentarse en medio de escena.)

Bien, lo que vais a preguntarme, ¿qué es, pues?

WAKI:

¡Lo que voy a deciros es bien inesperado! Concerniente a la aventura de Dama Yugao, en los lejanos tiempos de Genji el Resplandeciente, debe existir toda suerte de pormenores. Tened a bien contármela ya que vos la conocéis.

KYOGEN:

¡Por cierto que no me esperaba oír esto! Nosotros los que habitamos en los alrededores, no conocemos al detalle este género de asuntos; sin embargo, si os dijera, la primera vez que tengo el honor de encontraros, que no sé nada de lo que me preguntáis, ¿cómo lo tomaríais? ¡Así que os voy a contar esta historia más o menos como me ha llegado de oídas!

¡Es muy gentil de vuestra parte!

KYOGEN:

Y en primer lugar, la persona que se llamaba Dama Yugao, vivía retirada del camino de Gojo. Mientras tanto, Genji el Resplandeciente, dirigiéndose a la residencia de Rokujo, como en una casita las flores de yugao se extendían por doquier, llamó a Koremitsu y le dijo que fuera a cogerlas; Koremitsu fue, pues, a la casita, y ya en ella, una vez expresado su deseo, del interior le trajeron flores cortadas sobre un abanico blanco cuya extremidad estaba toda ennegrecida por humo de incienso. Genji lo examinó; allí había un poema y ese poema decía:

¡Os intrigaba
adornada del esplendor
del blanco rocío,
esta flor de yugao!

He aquí lo que estaba escrito, y Genji, en respuesta:

¡Si me hubiera acercado
no me hubiese ciertamente intrigado
la que en el crepúsculo
había percibido vagamente
esta flor de yugao!

He aquí lo que le plugo responder. Gracias a esas flores, se dice, tuvo para con Dama Yugao un profundo apego. La decimoquinta noche de la octava luna, Genji entró en su casita; ahora, como el lugar era algo ruidoso, llegó con ella a una «cierta residencia», cuando algo extraño se produjo. Dama Yugao fue cogida por un espectro y murió. Sobre el particular, hay quienes dicen que, siendo la Dama de Rokujo una persona terriblemente celosa, esa había sido obra suya. He aquí el asunto tal como nos

ha llegado, ¿pero con qué intención me habéis preguntado eso? Me intrigáis de sobremanera.

WAKI:

¡Con toda gentileza, me habéis hecho ese relato! Mi pregunta no tenía otra razón que esta. Antes que vos, una mujer llegó; muy complacientemente me ha contado, como acabáis de hacerlo vos mismo, la historia de Dama Yוגao, luego, por una razón que no alcanzo a comprender, súbitamente, desapareció.

KYOGEN:

¡Cosa extraordinaria la que oigo! Pues bien, creo que el espíritu de Dama Yוגao se ha manifestado y ha platicado con vos. Pienso que recitando un sutra saludable, debéis rogar sobre las huellas de Dama Yוגao.

WAKI:

¡He aquí una aventura bien sorprendente, así que voy a detenerme un momento aquí, y recitando un sutra saludable, sobre sus huellas le voy a rogar con fervor...

KYOGEN:

¡Si os detenéis, decídmelo, si os place, si aún tenéis necesidad de algo más!

WAKI:

¡Recurriré a vos!

KYOGEN:

¡Estoy a vuestra disposición!

(El kyogen se retira.)

SEGUNDA PARTE

WAKI-ZURE:

(Acompañamiento instrumental.)

Así pues, a lo largo de la noche,
 así pues, a lo largo de la noche,
 contemplando la luna, hasta el alba,
 en salmodiar el «Loto de la Ley», no habrán
 cesado nuestras voces.
 Recitada para su salvación, la Ley será eficaz,
 recitada para su salvación, la Ley será eficaz.

*(El shite vuelve a escena, vestido con
 ropaje de damas de gran alcurnia.)*

SHITE:

Ya que para sí misma, la condición de mujer basta a
 levantar cinco obstáculos, para la de aquella a quien
 un espectro —oirlo causa horror—
 produjo la pérdida en tales circunstancias
 que, en vuestro sueño presente aparecida, ella os ha
 revelado ¡ah! ¡sobre sus huellas, encarecidamente tened
 a bien rogar!

WAKI:

¡Oh estupor! Así, pues, esta noche,
 a la claridad de la luna que franqueó las crestas,
 imprecisa aparecida, Yugao,
 de rocío sobre la hoja (de yugao), fugitiva,
 una última gota: vuestra historia,
 ¿vendréis a revivirla bajo mis ojos?

SHITE:

Ved, siempre, por sí mismas,
de horror se llenan estas landas en otoño.

WAKI:

El estanque queda amortajado bajo las yerbas acuáticas,
de los pinos antiguos, la sombra es tenebrosa.

SHITE:

Y cuando, de este pájaro que grita, la ronca voz
me penetró...

WAKI:

¡Atroces pensamientos, con seguridad, os invadieron!

SHITE:

La onda de mi corazón hacia turbias paludes
arrastrada, a este estado fui reducida, y sin embargo,
«la perfecta fiel para la vía por seguir tomó como guía,

CORO:

que, en las vidas por venir, profundas,
nuestros compromisos no se rompan,
nuestros compromisos no se rompan».

*(Aquí se sitúa la danza llamada jo-no-mai
que evoca los viejos amores de Yugao, danza
lenta y melancólica.)*

SHITE:

Ahora, oh monje,
vuestras plegarias aprovecho,

CORO:

Ahora, oh monje,
vuestras plegarias aprovecho,

(El shite tiende sus manos juntas al waki.)

¡Oh innumerables gozos!

(Abre su abanico.)

SHITE:

dice Yugao, cuyas cejas con una sonrisa

(Se vuelve al público.)

CORO:

se encienden, (esponjadas), del Loto de la Ley;

(Avanza dos o tres pasos.)

SHITE:

son los cálices...

CORO:

Viril se hace mi naturaleza
de acuerdo con mis votos,

(Se vuelve a la derecha.)

y de la vestidura de la liberación
he revestido las mangas: esta noche,
¿por qué ocultar mi dicha?

(Avanza hacia el waki.)

cree oír decir, cuando

(Vuelve al centro de la escena.)

del Monte Otowa,
el viento entre los pinos de las cimas
viene pasando,

(Levanta los ojos.)

bancos de nubes que atraviesan los fulgores del alba
la existencia errante no será más la mía.
Dejando los caminos del amanecer, pasiones,
¡he accedido a la Ley! Diciendo esto,
en el cielo de fulgores indecisos,
en las nubes confundida,
ella desaparece.

*(Se vuelve hacia la derecha, gira
sobre sí mismo y parte con un
último aviso dado con el pie.)*

Traducido del francés por Javier Sologuren

IZUTZU

(noh)

Zeami Motokiyo

La acción se produce durante el noveno mes en el Templo de Ariwara en Yamato.

Luego que los músicos han ocupado sus sitios al fondo, en el kosa, se coloca un marco de madera, muy sencillo, cerca del borde anterior de la escena. En uno de los montantes se halla atada una gavilla de espigas de susuki. Los espectadores se imaginarán que allí se encuentra ora una tumba, ora un pozo. Los músicos tocan (una flauta, dos tamboriles de mano). Entra el waki. Lleva un gorro pardo ligeramente puntiagudo ceñido por una faja anudada detrás de la cabeza y rematado por un ancho cubrenuca que envuelve los hombros; un traje de seda de un solo color, recubierto de un manto cruzado al talle por un cinturón de seda adamascada. Rosario y abanico.

WAKI:

Soy un bonzo que recorre todas las provincias. Esta vez he venido a los siete templos de Nanto, y de aquí pienso encaminarme a Hatsuse. He preguntado por el nombre de este templo: es, según se dice, el templo de Ariwara, entonces de paso echaré un vistazo.

(Advierte el pozo.)

Pues sí, este templo de Ariwara debe estar en Isonokami donde antaño Narihira y la hija de Ki no Aritsune vivieron unidos.

«Cuando el viento sopla, las blancas olas de mar adentro se levantan, y en el monte Tatsuta...».

Aquí han debido componerse estos versos.

Vengo a visitar lo que queda de este cuento de antaño, Narihira y aquella a quien hizo su compañera, la hija de Ki no Aritsune, han dejado este mundo efímero.

Voy a rogar por los esposos.

Voy a rogar por los esposos.

(Se dirige al wakiza. Entra el Shite: máscara de mujer joven, largo vestido recamado de oro y de vivos colores que deja ver un cuello blanco; lleva en las manos una ramita y un rosario búdico. A veces, lleva un cantarito con agua votiva.)

SHITE:

El agua votiva que en cada aurora saco de un corazón puro, refleja una inmaculada imagen de la luna.

Las noches de otoño son ya de suyo melancólicas,
pero cuando en el jardín del viejo templo abandonado
la hora avanza y el viento pasa entre los pinos;
al contemplar la luna que se inclina sobre las hierbas
que asoman en el techo,
mi rostro pensativo sueña en un pasado por
todos olvidado;
me pregunto
hasta cuándo, no teniendo más que esperar,
podré seguir viviendo.
¡Cómo en verdad los menores recuerdos de este mundo
son vivaces!
Solo en ti, siempre, ciegamente
tengo confianza, oh hilo sostenido por la augusta mano
de Buda,
condúceme: ¡He aquí mi plegaria!
El juramento divino se digne iluminar al extraviado.
El juramento divino se digne iluminar al extraviado.
Verdaderamente, si contemplamos la luna en la aurora,
es por la montaña del Oeste que la vemos desaparecer,
sin embargo, por doquier resplandece el cielo de otoño
sin embargo, por doquier resplandece el cielo de otoño
solo se deja oír el zumbido de los pinos.
Y, sin embargo, la tempestad por doquier puede surgir.
¿Del sueño de esta vida incierta
por qué ruido seré despertada?
¿Del sueño de esta vida incierta
por qué ruido seré despertada?

*(Pone la rama en tierra, se arrodilla y junta
las manos para orar.)*

WAKI:

Descansaba en este templo, purificaba mi corazón, cuando una mujer de cautivante atractivo ha sacado agua del pozo del jardín para regar las flores de esta tumba junto a la cual parece rogar por un difunto.

(Dirigiéndose a la mujer que se ha incorporado.)

¿Quién sois, pues?

SHITE:

Vivo por acá. Del fundador de este templo, Narihira de Ariwara, el mundo ha conservado el nombre famoso. Esta tumba debe ser, pues, lo que de él queda. No lo sé de seguro; pero vengo a traerle flores y agua en ofrenda y rogar por él.

WAKI:

En verdad, en verdad, de Narihira el mundo ha conservado el nombre famoso, pero hoy no es más que leyenda de un pasado muy lejano. Entonces, para que vos, una mujer, roguéis de esa manera, ¿es sin duda que a Narihira de Ariwara os une algún lazo?

SHITE:

Os dignáis preguntarme si algún lazo me une a él. Aun en el tiempo en que Narihira vivía ya se le llamaba «el hombre de antaño», con mayor razón ahora, después de tantos años, ningún lazo puede unirme a él.

WAKI:

Tenéis razón; sin embargo, he aquí vestigios de antaño.

SHITE:

Narihira se ha ido muy lejos...

WAKI:

¡Pero quedan sus huellas!

SHITE:

¡Esta historia se ha deshecho en polvo!

WAKI:

Aun hoy cuando se cuenta...

SHITE:

De «el hombre de antaño»

CORO:

Solo el nombre queda
En el templo de Ariwara que cae en ruinas,
En el templo de Ariwara que cae en ruinas,
el pino envejece, la hierba invade la tumba antigua.

(Señala la tumba.)

Ved estos restos:
Esas gavillas de susuki cuyas espigas han crecido,
¿De qué época son vestigios?
De las avenas locas abundante rocío gotea sobre la vieja
tumba.
Es verdad un espectáculo
que me recuerda un pasado muy querido.

WAKI:

Aún, aún ¡contadme pormenores de Narihira!

CORO:

Antaño el general de Ariwara
vivió aquí años, en Isonokami,
en este viejo pueblo de Furu,
cantando a las flores en primavera
y a la luna en otoño.

SHITE:

En esta época, hizo a la hija de Ki no Aritsune el
juramento de matrimonio. El amor de los esposos
fue profundo.

CORO:

Ahora bien, en el país de Kawachi, en el pueblo de Taka-
gasu, conocía otra mujer; dos caminos furtivamente fre-
cuentó.

SHITE:

Cuando el viento sopla, las blancas olas de mar adentro
se levantan.

CORO:

Y mi señor, en plena noche, solo, atravesar debe el mon-
te Tatsuta.

El pensamiento que por los caminos, en la dudosa noche,
ansiosamente lo seguía, se ha cumplido.

Marchitos yacen los juramentos hechos a la otra.

SHITE:

En verdad, mostrando ternura en su poema.

CORO:

Ella tuvo razón.
 Antaño en este país
 vivían dos familias
 cuyas moradas eran vecinas; encontrándose cerca del
 pozo delante de sus
 puertas, sus niños de sueltas cabelleras, jugaban a los novios.
 Mutuamente se miraban en el espejo del agua, los
 rostros cercanos, las
 mangas extendidas sobre el brocal,
 sus corazones puros como el agua del pozo...
 Andando el tiempo,
 los niños crecieron y entonces
 cierta desazón sintieron uno frente a otro.
 Más tarde el muchacho, leal,
 compuso esta carta de promesa
 poniendo en ella su más tierno afecto:

SHITE:

«Brocal del pozo redondo, brocal donde apoyaba mi
 cuerpo de niño.

CORO:

Debe haberse convertido en el de un hombre desde que
 no he visto a mi amiga».
 Al envío de este poema,
 la jovencita contestó: «Las crenchas de mis largos
 cabellos, que yo comparaba con los vuestros,
 caen por debajo de mis hombros.
 ¿Quién, si no vos, los ha de recoger?
 ¿Es porque han trocado esos poemas?»

Mas este nombre de la «mujer del borde del pozo»,
 De la que se ha oído hablar, debe haber sido
 El nombre de soltera de la hija de Aritsune.
 En verdad, escuchar esta antigua conseja es algo
 encantador.
 ¡Qué extraño es! ¡Tened a bien nombraros!

SHITE:

A decir verdad, tal vez soy la hija
 de Ki no Aritsune, que amó.
 Por el monte Tatsuta,
 a favor de la noche, he venido.

CORO:

¡Es increíble! Tal como en el monte Tatsuta,
 aparece el rojo de las hojas del arce.

SHITE:

La hija de Ki no Aritsune.

CORO:

O aun la mujer del borde del pozo...

SHITE:

Confieso que soy yo.

CORO:

¡De una larga unión,
 hace diez años que hicimos juramento!
 Y detrás del pozo ella ha desaparecido.

(El Shite se va. Se queda el Waki.)

SEGUNDA PARTE

WAKI:

Se hace muy tarde.
 El claro de la luna baña el templo de Ariwara.
 Con mi vestido puesto al revés para evocar el pasado,
 espero el sueño sobre mi improvisado almohadón
 tendido sobre un lecho de musgo.

NOCHI-JITE:

(Entra despacio por el puente. Máscara de mujer joven, corona, amplio traje violeta, suntuoso, con amplísimas mangas.)

«Efímeras son las flores del cerezo, todo el mundo lo sabe,
 ellas han esperado sin embargo a aquel que no viene
 sino raramente».

Soy yo quien ha compuesto este poema,
 también se me ha llamado «la mujer que espera».
 Después del tiempo de los encuentros al borde del pozo
 todo género de años ha pasado;
 Ahora estoy muerta. Del Narihira desaparecido
 me he puesto el Noshi, su postrer recuerdo,
 algo turbada, he tomado la forma de «el hombre de antaño
 para danzar».

CORO:

Y las flores de mis mangas semejan torbellinos de nieve.

(Danza.)

SHITE:

Al volver aquí, hago retomar el pasado.

CORO:

En el pozo del templo de Ariwara la luna se refleja
brillante.

Se refleja brillante.

SHITE:

«¿La luna? ¡No es ella!

¿La Primavera? Antiguamente...» ¿Cuándo, pues, se ha
cantado este poema? «Pozo redondo, brocal del pozo».

CORO:

Pozo redondo, brocal del pozo
donde apoyaba

SHITE:

mi cuerpo de niño.

CORO:

Con los años se habrá hecho de hombre...

SHITE:

¡Sí, los años han llegado!

CORO:

Cuando se veía así de «el hombre de antaño»

El vestido y la corona, no era una mujer

sino un hombre. A la vista de la sombra de Narihira...

SHITE:

(Acercándose al pozo ve reflejarse esta sombra.)

¡Cuántos recuerdos amados!

CORO:

No puedo evitarlo: ¡Cuántos recuerdos amados!
La sombra de una mujer muerta
ni el color tiene siquiera de una flor marchita,
solo perfume permanece. En el tiempo de Ariwara
la campana toca al clarear del alba.
Como en el viejo jardín,
el viento de los pinos desgarrar las hojas del plátano,
se ha roto el sueño, es el despertar,
se ha roto el sueño, ha llegado el día.

(La mujer se aleja lenta, por el puente.)

Traducido del francés por Javier Sologuren

HAGOROMO

(noh)

Zeami Motokiyo

Personajes

HAKURYO, pescador

ÁNGEL

OTRO PESCADOR

CORO

PESCADOR:

Alto el grito de los remeros
quienes —a través de los senderos de la Bahía de Mio,
barrida por la tempestad—
cabalgan el mar creciente.

HAKURYO:

Soy Hakuryo, un pescador cuyo hogar se halla en los
pinos de Mio.

AMBOS PESCADORES:

«A mil leguas de encantadora colina, las nubes súbita-
mente se cierran;
pero cerca de una torre la brillante luna resplandece un
claro cielo».¹

Una agradable estación, ciertamente;
a orillas del pinar
el semblante de la primavera;
temprana niebla ciñe de cerca el oleaje del mar;
en los llanos del cielo una brillante, errante luna.
Dulce vista que contemplan seducidos hasta los ojos
de nuestras bajas almas terrenas,
las menos nutridas para el logro
de alta belleza criadas.
¡Oh inolvidable! Por los senderos montañosos

¹ Es un dístico chino citado del Shi Jën Yü Hsieh («Polvo de jade de los poetas»), obra poética de la dinastía Sun que era popular en el Japón.

que descienden al mar de Kiyomi, llego
 y veo lejanas tierras boscosas,
 pinedas de Mio, allá llego,
 allá dirigimos nuestros pasos.
 Pescadores, ¿por qué ponen sus barcas de espaldas a
 la playa?
 ¿no pescan?
 ¿Piensan en las alzadas olas, en esas hinchidas nubes
 que el viento impulsa a través del mar?
 Aguarden que sea primavera y en los árboles
 el temprano viento su eterno canto
 cante bajo: y en la bahía,
 silenciosa en la quieta mañana, los pequeños barcos,
 tripulados por mil pescadores,
 el mar cabalguen.

(El segundo pescador se retira a un lugar cercano al director del Coro y no vuelve a participar en la acción.)

HAKURYO:

He desembarcado ahora en el pinar de Mio y contemplo la belleza de la playa. De pronto hay música en el cielo, una lluvia de flores, sobrenatural fragancia flota por doquier. No son cosas comunes; ni lo es este hermoso manto que cuelga del pino. Me acerco a él. Es de una maravillosa forma y fragancia. Seguramente no es un ropaje común. Me lo llevaré y se lo mostraré a los míos. Será un tesoro en mi casa.

(Da cuatro pasos hacia el pilar del waki llevando el manto de plumas.)

ÁNGEL:

(Atravesando el telón al término de la galería.)

¡Detente! Ese manto es mío. ¿Adónde te lo llevas?

HAKURYO:

Este es un manto que hallé aquí. Me lo llevo a casa.

ÁNGEL:

Es un manto de plumas de un ángel, una capa que ningún mortal puede usar. Ponlo donde lo encuentre.

HAKURYO:

¿Cómo? ¿El dueño de este manto es un ángel del cielo? Por eso, entonces, lo pondré en lugar seguro. Será un tesoro en la tierra, una maravilla para las generaciones por venir. No te devolveré su manto.

ÁNGEL:

¡Oh miseria! ¿Cómo sin manto hollaré
los caminos alados del aire, cómo ascenderé
al cielo, mi hogar?
¡Oh, devuélvemelo, por caridad, devuélvemelo!

HAKURYO:

No hay caridad en mí, y vuestra queja
da firmeza a mi corazón.
Mire, tomo su manto, lo oculto y no se lo devolveré.

(Realizando esas acciones, desaparece.)

ÁNGEL:

Como pájaro sin alas,
Ascendería aunque sin manto.

HAKURYO:

Te hundes en la baja tierra, ángel morando
en el sucio mundo.

ÁNGEL:

Por aquí, por allá.
Desesperanza solamente.

*(Pero cuando vio que él estaba dispuesto a
guardarlo...)*

ÁNGEL:

Las fuerzas me abandonan.

HAKURYO:

Ninguna ayuda...

CORO:

Entonces en su guirnalda,
enjoyada como el rocío de lágrimas
las brillantes flores languidecieron y se marchitaron.²
Lástima ver ante los ojos,
cinco veces los signos de enfermedad
corromper la forma de un ángel.

² Cuando un ángel está por morir, las flores de su corona se marchitan. Su manto de plumas se cubre de polvo, el sudor cae de sus axilas, los párpados tiemblan, el ángel está cansado de su lugar en el cielo.

ÁNGEL:

Veo dentro de las praderas del cielo,
los caminos de las nubes ocultos en la niebla,
se ha perdido el sendero.

CORO:

¡Oh envidiables nubes,
a vuestra guisa vagabundas
pero siempre ociosas en el vacío cielo
que fue mi morada!
Se desvanece y ahora en mis oídos
la voz del Kalavink,³
el canto cotidianamente acostumbrado.
Y vosotros, vosotros a quienes envidio,
ruidosos gansos salvajes que retornan debajo
de los senderos del cielo, y vosotras, rápidas gaviotas
de la bahía, que voláis en círculos hacia el mar
y barréis la playa: hasta el viento, pues en el cielo
sopla, al viento primaveral envidio.

HAKURYO:

Escuche. Ahora que lo he visto apesadumbrado, cedo y
le devolveré su manto.

ÁNGEL:

¡Oh, qué feliz soy! ¡Entréguemelo, pues!

HAKURYO:

Espere. He oído hablar de las danzas que se danzan en el
cielo. Dance ahora para mí y le devolveré su manto.

³ Pájaro secreto del cielo.

ÁNGEL:

¡Estoy feliz, feliz! Ahora tendré alas y me remontaré al cielo de nuevo. Y en reconocimiento legaré al mundo una danza del recuerdo, digna de los príncipes de los hombres: la danza, y su música que hace girar las torres de la luna, quiero danzarla aquí y como un legado dejarla a los afligidos hombres del mundo. Devuélveme mi manto, sin él no puedo danzar. Di lo que quieras, antes que nada debo tener la capa.

HAKURYO:

Aún no, pues si le devuelvo el manto, usted no danzaría ni un paso, sino que volaría derechamente al cielo.

ÁNGEL:

No, no. Dudar es de mortales; en el cielo no hay fraude.

HAKURYO:

Estoy avergonzado. Tenga, le devuelvo el manto.

(Se lo da y el Angel lo toma con ambas manos.)

ÁNGEL:

La criatura celestial se pone su vestido, danza la danza de la Falda del Arco Iris o del Manto de Plumas.

HAKURYO:

El celeste manto se agita; cede al viento.

ÁNGEL:

La manga como una flor húmeda de lluvia...

HAKURYO:

La primera danza ha terminado.

ÁNGEL:

¿Danzaré?

CORO:

¿La danza de Suruga, con música del Este?
Así fue la primera que danzó.

(El Ángel danza, mientras el Coro canta las palabras de la danza, un antiguo canto shintoísta.)

«¿Por qué llamamos
vasto y eterno
el firmamento del Cielo?
Dos dioses⁴ llegaron antaño allí
y construyeron, sobre diez lados cerrados,
un mundo a la medida de los hombres;
pero arriba ilimitadamente
arquearon el cielo, y lo llamaron
vasto y eterno».

ÁNGEL:

Así es el Palacio del Dios de la Luna:
sus paredes fueron levantadas
con un eje de jade.

⁴ Izanagi e Izanami.

CORO:

Vestidos de blanco, vestidos de negro,
 tres veces diez ángeles
 en dos filas divididos,
 tres veces cinco para el menguante,
 tres veces cinco para las noches de luna creciente
 una criatura celestial en cada noche de luna
 presta servicio y cumple
 su asignada tarea ritual.

ÁNGEL:

También yo soy de ese número;
 una criatura del cielo.

CORO:

«Mío es el fruto del árbol de la luna,⁵
 sin embargo llegué al Este encarnado.⁶
 Habité con la gente de la tierra, y les otorgué
 un regalo de música, canto y danza de Suruga,
 ahora sobre la tierra se arrastran largas nieblas
 de primavera;
 ¿quién conoce, si no es en los valles de la luna,
 el celeste árbol lunar que allí florece?
 Las flores de su corona recobran su gloria:
 es el signo de la primavera.
 No está aquí el cielo, sino la belleza del viento y del cielo.
 ¡Sopla, sopla, tú, viento, y edifica
 muros de nubes a través del cielo, por miedo
 de que nos deje la visión de una criatura divina!

⁵ El árbol «Katzura», una especie de laurel que se supone crece en la luna.

⁶ Literalmente «dividiendo mi cuerpo», expresión usada por las divinidades budistas que separan una porción de su deidad y la encarnan en una forma visible.

Este matiz primaveral en los bosques
 este color en el promontorio,
 nieve en la montaña,⁷
 claro de luna en la clara costa,
 ¿cuál es más bello? No, cada cual sin par
 en el albor de un día de primavera.
 Olas lamedoras, viento susurrando en los pinos
 a lo largo de la tranquila costa. Decid ¿qué motivo
 tiene el cielo para apartarse de nosotros
 seres terrestres? ¿No somos hijos de los dioses
 dentro y fuera de la enjoyada pared del templo,⁸
 nacidos donde las nubes no osan oscurecer la luna ex-
 pectante,
 Tierra del Sol Naciente?».

ÁNGEL:

Que la vida de nuestro Señor
 dure largamente como una gran roca
 rozada solo por la rara huella
 de la falda de plumas de un ángel.⁹
 ¡Oh maravillosa música!
 Al canto oriental se unen
 muchos instrumentos;
 harpas, cítaras, caramillos, flautas,
 expanden sus notas más allá de las solitarias nubes.
 El crepúsculo se tiñó con su luz carmesí
 del lado del Monte Sumeru;¹⁰
 si se quiere verdes las islas que flotan en el mar

⁷ El Fuji.

⁸ Los templos interiores y exteriores de Ise.

⁹ Citando una antigua oración para el mikado.

¹⁰ Sumeru es la gran montaña del centro del universo.

su flanco oriental es de rubíes, su flanco meridional es de piedras verdes, su flanco occidental es de piedras blancas, etc.

si se quiere blancura, remolino
una nieve de pimpollos destrozados
por los ásperos vientos, una blanca nube
de tremolantes mangas.

(Concluida la danza, junta las manos y ora.)

NAMU KINYO GWATTEN-SHI:

¡A ti, oh Monarca de la Luna,
sea gloria y alabanza,
tú, hijo del Todopoderoso Seishi!¹¹

CORO:

Esta es una danza del Este.

*(Danza tres de las cinco partes de la danza
llamada «Yo no mai», la Danza Preludio.)*

ÁNGEL:

Estoy vestido de firmamento, en la vacuidad
azul del cielo.

CORO:

Ahora está vestido con ropa de niebla, de niebla
de primavera.
El dios Luna es una emanación de esta deidad.

¹¹ Llamado en sánscrito Mahāsthāma-prāpta, tercera persona de la Trinidad que se sienta a la mano derecha de Amida.

ÁNGEL:

De perfume y color maravillosos, la falda de un ángel
—izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha—.

(Saltando de lado a lado.)

La falda cruje, las flores cabecean, las emplumadas
mangas se arrastran
hacia fuera y se recogen las danzarinas mangas.

(El Ángel danza «Ha no Mai», la Danza interrumpida.)

CORO:

Ha danzado varias danzas,
pero aún no han sido enumeradas,
las danzas del Este.
Y ahora él, cuya belleza es como la de la joven Luna,
reluce sobre nosotros en el cielo de medianoche,
la decimoquinta noche,
con rayos de acabado perfecto,
el esplendor de la Verdad.
Los votos¹² se han cumplido enteramente, y la tierra
donde vivimos, enriquecida con los siete Tesoros
por esta danza llovida sobre nosotros,
el don del Cielo.
Pero, a medida que las horas pasan
el manto de plumas celestial,
sobre el pinar de Mio,
pasadas las Islas Flotantes, vuela a través de los pies de
las nubes, sobre

¹² De Buda.

la montaña de Ahitaka, el alto pico del Fuji,
muy pálida su forma,
mezclada con las nieblas del cielo;
ahora perdido ya de vista.

Traducido del inglés por Iliá y Javier Sologuren

SANEMORI

(noh)

Zeami Motokiyo

Personajes

KYOGEN, un habitante de Shinohara

WAKI, un monje

WAKI-ZURE, dos de sus discípulos

MAE-SHITE, un viejo

NOCHI-JITE, el fantasma de Saito Betto Sanemori

Lugar

Shinohara, provincia de Kaga

Tiempo

Otoño, octava luna

(hacia fines del siglo XIV o principios del XV)

PRÓLOGO

El waki, seguido de dos waki-zure, entra en escena y va a sentarse en el waki-za, a la derecha del escenario, luego el Kyogen avanza hasta el medio del escenario y dice el prólogo.

KYOGEN:

Aquí donde me veis, soy un habitante de la aldea de Shinohara. El Reverendo Taami, decimotercer sucesor del Reverendo Yuguio, se ha detenido aquí y diariamente pronuncia admirables sermones, pero, a eso del mediodía, habla a solas, por lo cual todo el mundo en Shinohara se halla sorprendido. Como tengo costumbre de abordarlo, me han pedido que le exprese su asombro. Hoy, pues, llegaré pasado el mediodía, y quiero preguntarle al respecto. Si, aún hoy, el Reverendo habla a solas, ¡hacéd-melo saber! ¡Oídmme! ¡Oídmme!

(Dicho esto, va a sentarse en el kyogen-za, al fondo del escenario.)

PRIMERA PARTE

WAKI:

Las regiones occidentales, del otro lado de millones y millones de tierras.

Larga es la ruta para renacer allí y sin embargo
 ¡aquí mismo, en nuestro corazón, está el reino de Amida!
 De nobles villanos reunidos, las voces invocan su nombre.

WAKI-ZURE:

Día tras día, noche tras noche, en el Jardín de la Ley...

WAKI:

En verdad, de salvar a todos sin rechazar a nadie,

WAKI-ZURE:

ha prestado juramento: ¿quién pues

WAKI:

podría ser omitido?

WAKI, WAKI-ZURE:

(Acompañamiento instrumental.)

Quedad solos, más aún.
 invoquemos del Buda el nombre sagrado
 en el Jardín de la Ley cuando todos lo han dejado.
 A quienes lo conocen, a quienes lo ignoran de atraerlos
 ha prestado juramento: ¿podrían escapar a sus redes?
 A quienes lo conocen,
 A quienes lo ignoran, quiere Él hacerlos atravesar,
 en la barca de la Ley quien va hacia su Reino
 [bogando], la Vía de la salvación es accesible, se dice...
 [bogando], la Vía de la salvación es accesible, se dice.

(El shite pasa el telón en el instante en que el waki canta: «quien va hacia su Reino»; avanza a paso lento por el puente hasta el primer pino.)

SHITE:

Un canto de flautas resuena a lo lejos, y sobre una nube aislada la muchedumbre de los santos viene a mi encuentro por delante del ocaso.

¡Oh! ¡maravilla! ¡aún hoy ascienden las nubes purpúreas!

(Volviéndose al escenario, junta las manos.)

Oigo el son de la campana, y las voces que invocan al Buda.

Pues bien, ¡este debe ser el momento de ir a escuchar la ley! Eso no sería posible, si las ondas de la vejez que hacen doloroso el movimiento no me permitieran alcanzar el Jardín de la Ley, si en cualquier otro sitio no la pudiera yo oír bien.

Con una sola invocación de su nombre, la luz de la Salvación irradia sin nubes, y sin embargo para mis envejecidos ojos la ruta no es clara todavía. ¡Sea! ¡Sea! ¡Así fuese yo un poco tardío,

(Avanza hacia el escenario.)

a partir de aquí no debe hallarse muy lejos!

¡Namu Amida-bu!

(Va a sentarse delante del waki, las manos juntas.)

WAKI:

¡Ea, pues, anciano! ¡Así que jamás faltáis a nuestras cotidianas invocaciones! Ciertamente, bien veo que sois hombre de fe, pero nadie sino yo os veo. Todos se

preguntan, admirados, a quién hablo y qué digo.
¡Hoy, pues, tened a bien decirme vuestro nombre!

SHITE:

¡He aquí palabras que no me esperaba! ¡Yo que soy un hombre del campo lejano como el cielo, si tuviera un nombre digno de un hombre, me nombraría! La llegada del Reverendo no es para mí otra cosa que el encuentro con Amida mismo: que haya yo, por suerte, asaz vivido para encontrarme a la hora de esas invocaciones, me da el sentimiento de la tortuga ciega que descubre un madero flotante o de aquel que halla la flor del udongue: la dicha, de mi vejez supera las fuerzas, y las lágrimas de júbilo desbordan mis mangas. Así pues, con este cuerpo que veis, ¿iba yo a renacer en el reino de la paz y de la felicidad? Todo en el incomparable júbilo que este pensamiento me entregaba mi nombre de este mundo de errores cíclicos y de pasiones obstinadas que, una vez más, tenga que nombrarlo, para mí, qué humillación!

(Se inclina, cara a tierra.)

WAKI:

En verdad, en verdad, poderosas son, oh anciano, las razones que me exponéis; sin embargo, podéis, al confesarme vuestras faltas, mostrar que vuestro corazón se ha enmendado. ¡Tened la bondad simplemente de decir vuestro nombre!

SHITE:

¿De modo que no puedo dispensarme de pronunciar mi nombre?

WAKI:

¡Absolutamente! ¡Pronto, nombráos!

SHITE:

Si así es, ¡Tened a bien apartar la gente que está
delante de vos!

Voy a acercarme y nombrarme.

WAKI:

Nunca nadie antes que yo os ha visto, sin embargo, si es
ese vuestro deseo, voy a retirar la gente. ¡Acercáos y de-
cidme vuestro nombre!

*(El shite se levanta y viene a sentarse en me-
dio del escenario.)*

SHITE:

¡Antaño, Nagai no Saito Betto Sanemori, aquí mismo, en
la batalla de Shinohara, cayó! Sin duda alguna, el eco de
su fama os ha alcanzado.

WAKI:

Entre los fieles de los Taira, entre los que portaban arco,
¡aquél fue un guerrero ilustre! Pero ¿a qué viene el rela-
to de esta batalla? ¡Servíos nombrar simplemente vues-
tro propio nombre!

SHITE:

Y bien, precisamente, se trata de ese Sanemori: es en el
agua de este estanque que está delante de vos que le la-
varon las sienes y la barba. A causa de ello, ¿su corazón
obstinado se habría allí adherido? pues, aun hoy, a la gen-

te de estos parajes, impreciso fantasma, se le aparece, según se cuenta.

WAKI:

Así pues, ¿aún hoy, se le aparece a la gente?

SHITE:

Árbol al fondo de las montañas, cuyas ramas no podían distinguir, el cerezo se ha revelado en sus flores: el viejo árbol que veis, ¡reconocedlo!

WAKI:

¡Oh sorpresa! Así, de Sanemori os escuchaba contar la antigua historia, creyendo que de otro se trataba, ¡y de vos mismo era! ¡qué sorpresa la mía! Así pues, ¿de Sanemori sois el fantasma?

SHITE:

Soy el fantasma de Sanemori: mientras que su alma yerra por las Vías de los Infiernos, su espíritu ha permanecido en este mundo,

WAKI:

en este mundo inconsistente donde su corazón aún se obstina,

SHITE:

dos siglos y algo más han transcurrido,

WAKI:

pero sin hallar la salvación, en Shinohara

SHITE:

en el estanque cuyas vagas venas [baten la orilla],
ni la noche,

WAKI:

ni el día sin distinguir, de las tinieblas del corazón

SHITE:

no sabiendo si es sueño,

WAKI:

no sabiendo si es realidad,

SHITE:

¡tan solo ilusión!

(Acompañamiento instrumental.)

De Shinohara,
[depósito de] escarcha en las yerbas, en su silueta de an-
ciano

CORO:

[depósito de] escarcha en las yerbas, en su silueta
de anciano
—¡hombres, no lo censuréis!— un corto instante se
ha mostrado Sanemori, ¡no reveléis su nombre!

(El shite se pone de pie.)

¡Vanas habladurías le avergonzarían! —diciendo esto, se
retiró del lugar:
¿va a partir? De Shinohara,
en las orillas del estanque, su silueta

se esfuma, ¡ha desaparecido!,
se esfuma, ¡ha desaparecido!

(El Shite deja el escenario atravesando el puente con muy lentos pasos.)

INTERMEDIO

(El Kyogen se levanta y se detiene delante del shite-bashira.)

KYOGEN:

¿Cómo? ¿El Reverendo ha hablado a solas, decís? Entonces, ¡voy a darle a conocer vuestro asombro!

(Avanza hasta el medio del escenario y se sienta frente al waki.)

Hoy, estoy atrasado.

WAKI:

¿Cuál es el motivo de vuestro descuido?

KYOGEN:

Deseaba venir mucho antes, pero me han retardado numerosas obligaciones. A propósito, desearía darle a conocer al Reverendo algo que nos asombra: cada día, a eso de las doce, habláis solo, de suerte que en Shinohara, todo el mundo se asombra. Ya que tengo costumbre de abordaros, me han dicho que os haga saber su asombro. ¿De qué se trata, pues?

WAKI:

¿Cómo? ¿Todo el mundo de Shinohara se admira, pues, de que, a la hora de las invocaciones del mediodía, hable a solas?

KYOGEN:

¡Eso, precisamente!

WAKI:

Al respecto, quisiera haceros una pregunta. Lo que voy a deciros es inesperado, cierto, pero tened a bien contarme y darme a conocer, tanto como las conozcáis, las circunstancias del fin de Naga no Saito Betto Sanemori, en la batalla que antaño tuvo lugar aquí en Shinohara.

KYOGEN:

Es, en efecto, una pregunta inesperada la que me hacéis. No conozco en detalle este asunto, pero voy a contároslo aproximadamente tal como me ha llegado de oídas.

WAKI:

¡Sois muy amable!

KYOGEN:

Y bien, pues, aquel que se llama Nagai no Saito Betto Sanemori era un hombre de las provincias del norte, pero se dice que mientras se había adherido a los Minamoto, habiendo recibido como feudo el dominio de Nagai en Musashi, se nombró Nagai no Saito Betto. Por la época de la batalla de Ishibashi-yama, creo, se había pasado a los Taira. En cuanto a la batalla de Shinohara, se dice que

tuvo lugar hace algo más de dos siglos. Ahora bien, los Taira, deseando abatir a Kiso no Yoshinaka, destruir luego Yoritomo, habían dirigido, hacia las provincias del norte, un poderoso ejército de más de cien mil jinetes. El señor de Kiso salió a su encuentro con cincuenta mil jinetes. Por doquier, se dice, se había trabado combates; ahora bien, Sanemori, guerrero de edad muy avanzada, por más canoso que estuviera, resuelto a morir en la comitiva de un hombre joven, se había teñido las sienes y la barba, en su gorguera llevaba saikachi; aquí equipado, tenía todo el aire de un joven guerrero. Entonces, en la batalla que se libró en estos lugares, como el clan de los Taira sucumbía, Sanemori estaba en busca de un adversario digno de él, cuando uno de los soldados del Señor de Kiso lo acometió súbitamente y le cortó el cuello por debajo de las orejas. Al ser presentada su cabeza al Señor de Kiso, se observó que parecía pertenecer a un personaje de elevado linaje, produciéndose un debate: unos decían que era la cabeza de Sanemori, otros lo negaban. Sea lo que fuere, se propuso que fuera y la lavara para verla mejor, y cuando, una vez lavada en el estanque de Shinohara, se le examinó, era la cabeza de Saito Betto; entonces, diciendo que todo aquel que portara arco debería dar prueba de una resolución semejante, todos, se cuenta, dejaron correr sus lágrimas. He aquí lo que de oídas nos ha llegado, pero, ¿con qué propósito me habéis interrogado? ¡Me sorprende mucho!

WAKI:

¡Con qué complacencia me habéis hecho tal relato! Mi pregunta sin embargo no tenía otro motivo que este. En estos últimos tiempos, a la hora de las invocaciones de mediodía, se me presentaba un anciano de no sé dónde,

y al preguntarle qué clase de hombre era, me ha hablado de combates de antaño, luego, no bien me dijo que era el fantasma de Sanemori, desapareció por las orillas del estanque.

KYOGEN:

Así pues, si habláis a solas a eso del mediodía, es que el fantasma de Sanemori se os aparece, creo pues que sería bueno que roguéis tras las huellas de Sanemori.

WAKI:

Pienso igualmente, de modo que dirigiéndonos al borde del estanque, por un servicio extraordinario de invocaciones danzadas, vamos a rogar tras sus huellas, tened a bien entonces comunicar esta nueva a los de Shinohara.

KYOGEN:

¡Os oigo!

(Va hasta el shite-bashira, y vuelto hacia el puente, proclama.)

¡Vosotros todos, escuchadme! Por el reposo de Sanemori, el Reverendo a orillas del estanque de Shinohara, hará un servicio extraordinario de invocaciones danzadas, ¡que todo el mundo de Shinohara se dirija allá! ¡Escuchadme!

(Se vuelve hacia el waki.)

¡Les he comunicado la nueva!

WAKI:

¡ Sois muy amable!

(El Kyogen se retira por la puertecita al fondo del escenario.)

SEGUNDA PARTE

(El Waki se levanta y canta.)

WAKI:

¡Vamos! ¡por invocaciones excepcionales,
roguemos por el reposo de este fantasma!

(A la vez que canta, avanza con los waki-zure hasta el medio del escenario, luego, acompañados por la orquesta.)

WAKI, WAKI-ZURE:

De Shinohara
a orillas del estanque, en las aguas de la Ley...
a orillas del estanque, en las aguas de la Ley...
profundas, en invocaciones implorantes
nuestras voces suenan claras, y nuestras plegarias:
¡de la primera a la postrera hora de la noche,
nuestros corazones hacia Occidente se dirigen, con la luna,
[límpidos] como sus rayos que nada oscurece,
al son puro de la campana, a lo largo de la noche!

(El waki se sienta frente al público y, juntas las manos, canta las invocaciones.)

¡Namu Amida-bu!

¡Namu Amida-bu!

(Después vuelve al waki-za donde toma asiento. El shite acaba de entrar, llevando traje de guerrero y máscara de anciano; se detiene a la entrada del puente y canta!)

SHITE:

Heme aquí arribado al mundo de la Perfecta Felicidad:
¡para siempre, he dejado atrás el mundo de los dolores,
he dejado la tierra de los renacimientos cíclicos!

(Mira hacia el telón.)

¡Ah! ¡qué gozo en mi corazón!
¡No hay retorno del sitio donde me hallo!
¡Mi vida no tendrá término! Amida el Eterno

(Se vuelve hacia el waki.)

merece nuestra fe
Cualquiera que, sin cesar las invocaciones repita,

CORO:

con cada invocación

(El shite avanza hacia la parte delantera del escenario, su salvación asegura.)

SHITE:

Decir Namu.

CORO:

es decir: «sumisión a la Ley».

SHITE:

Decir Amida,

CORO:

es decir que, gracias a sus méritos
justificados,

SHITE:

necesariamente

(Se vuelve hacia la izquierda.)

obtendremos la salvación.

CORO:

¡Démosle gracias!

(Tiende las manos juntas al waki.)

WAKI:

¡Oh sorpresa! En la blanqueante superficie del estanque,
el que viene flotando, impreciso,
¡ved!, es el anciano de antaño,
pero cubierto con una coraza, ¡oh sorpresa!

SHITE:

Leño fósil olvidado de los hombres, fui engullido,
pero en el fondo de mi estanque, indecibles
son las tribulaciones de los Ashura, ¡de los guerreros
muertos en combates y sin número!
¡ah! ¡tened la bondad de liberarme!

WAKI:

¡De modo pues que vuestra silueta, a mis ojos tan real,
vuestras palabras, nadie la veía, ni las oía!

SHITE:

Para el Reverendo únicamente visible...

WAKI:

Al veros, vuestra silueta con trazas de nieve

SHITE:

—las sienes y la barba canosas— es de un guerrero
cargado de años, y sin embargo.

WAKI:

¡os presentáis con brillante

SHITE:

atuendo! ni una sola sombra

WAKI:

a la claridad de la luna

SHITE:

al resplandor de las linternas,

CORO:

(Acompañamiento musical.)

nada queda oscuro
en esta noche: sobre túnica de brocado...
en esta noche: sobre túnica de brocado,
llevando la coraza bordada de seda verde,
los dos sables con áureos adornos,
en mi condición presente,

¡son ya tesoros de ninguna especie!
 de los lotos del Estanque [de los Tesoros]
 los cálices, ¡tales serán mis tesoros!
 ¡En verdad, dudas ya no tengo
 indestructible es la enseñanza de la Ley!
 Por la frecuente repetición de la palabras de oro,
 ¿cómo no iba a alcanzarse la meta?
 ¿cómo no iba a alcanzarse la meta?

SHITE:

Una sola invocación a Amida abolió de súbito crímenes
 sin número.

(Vuelve al medio del escenario.)

CORO:

Es decir, que basta tener el deseo de salvación por los
 méritos [de Amida]
 ¡que vuestro corazón no se inquiete
 por nada más!

SHITE:

¡La hora ha llegado; esta noche, he recibido la
 enseñanza difícil de hallar!

CORO:

De faltas que me avergüenzan, ¡he aquí la confesión!
 No puedo aún olvidar el pasado:
 ¡como, en Shinohara,
 a la sombra de las yerbas, rocío en las landas,
 desaparezco, voy a haceros el relato!

SHITE:

Ahora bien, mientras sucumbíamos en la batalla de Shinohara, en el campo de los Minamoto. Tezuka no Taro Mitsumori vino a presentarse al Señor de Kiso y dijo: «Mitsumori, quien os habla, habiéndose medido con un valiente de porte singular, se ha apoderado de su cabeza. Se le podría tomar por un jefe, pero estaba sin escolta; por otra parte, de suponer que fuera un hombre de armas, ¿habría llevado una túnica de brocado? Lo he instado a nombrarse, mas en definitiva no ha dicho su nombre. Su voz tenía el dejo de las provincias orientales». Así dijo. el Señor de Kiso exclamó: «¡Ah! ¡Sería, pues, Nagai no Saito Betto Sanemori! Pero entonces, debería tener las sienes y la barba canosas; que sean negras, ¡esto sí que es sorprendente! Higuchi no Jiro debe conocerlo de vista»— Dijo y pidió que Higuchi viniera, y al primer vistazo, derramó un mar de lágrimas:

¡Ay! ¡qué desgracia!

¡es Saito Betto!

Sanemori tenía costumbre de decir que si,
con algo más de sesenta años, se iba al combate,
pretender medirse con jovenzuelos
y adelantárseles, era pueril,
que, tratado de anciano, por todos
ser desdeñado no era menos humillante;
que entonces las sienes y la barba teñidas de negro,
¡moriría bajo el aspecto de un hombre joven!
así como tenía costumbre de decirlo, en verdad,
se las tiñó.

«¡Haced lavar esta cabeza y ved!», dijo.

(El shite abre su abanico.)

No bien hubo hablado, tomó la cabeza.

(El shite hace el ademán de recoger una cabeza, y pone la mano derecha sobre abanico.)

CORO:

Dejó a su señor, y cerca de allí

(El shite se levanta y avanza hacia la parte delantera del escenario.)

se dirigió hacia la orilla de este estanque,
donde, reflejándose sobre lo verde del agua
pendían, semejantes a hilos, ramas de sauces;

(Acompañamiento instrumental.)

el tiempo era claro,
el viento peinaba la joven cabellera de los sauces,
el hielo estaba fundido,
las olas de las viejas ovas
lavando la barba, se le vio

(Arrodillándose, el shite hizo el gesto, con el abanico, de verter agua en las sienes y la barba de una cabeza imaginaria.)

lo negro partir al hilo del agua,
dejando aparecer el pelo canoso como antes.

(Se levanta.)

«En verdad, ¡todo guerrero celoso de su nombre,
así debería portarse!».

(Pliega su abanico.)

«¡Que admirable ejemplo!», exclamaron,
y todos, de emoción, dejaron correr sus lágrimas.

*(A partir de aquí, el shite mima con su danza
las palabras del coro.)*

CORO:

Ahora bien, si Sanemori
de brocado
llevaba una túnica
no era por capricho.
Sanemori,
en el momento de dejar la capital,
al Príncipe Munemori había declarado:
«Hay un proverbio que dice: Vuelvo
al país natal, vestido de brocado.
La patria de Sanemori
era la provincia de Echizen,
pero más recientemente,
habiendo recibido un feudo
de Nagai, en Musachi,
allí estuvo su morada.
Esta vez, hacia las comarcas del norte
si desciende,
sin duda alguna,
morirá en combate.
En sus viejos días,
como recuerdo, ¡solo eso
permítidle!». Ya que expresaba ese deseo,
de brocado de fondo rojo,
una túnica el Príncipe le otorgó.

SHITE:

En efecto, lo que en el antiguo poema:
«De los arces, las encarnadas hojas

CORO:

voy apartando: ¡que vestido de brocado,
vuelva yo a casa
se diría!» cantaba el poeta,
aclara el sentido del proverbio.
Así, antaño,
Shu Baishin
en el monte Kaikei dejaba flotar
sus mangas de brocado;
hoy, Sanemori
en las encrucijadas de las provincias del norte
da a conocer su nombre:
de ilustre guerrero
el nombre subsistirá hasta el fin de los
tiempos...hasta el alba,
a lo largo de esta noche de luna,
os hará el relato de sus faltas.

*(Habiendo dado la vuelta al escenario, el shi-
te da frente al waki quien se vuelve hacia él.)*

CORO:

En verdad, por el relato de vuestras faltas,
puro será el fondo de las aguas de vuestro corazón,
evitad dejar manchas allí.

SHITE

En la vía de los Ashura de obstinado corazón,
yo volvía, volvía, luego en ese sitio,

al Señor de Kiso
 buscaba yo medirme, ¡mas
 por ese Tezuka me vi separado!

(Con el abanico cerrado, mima un quite.)

¡aún ahora, siento la amargura!

CORO:

Entre los guerreros de la escolta que, alternativamente
 «¡Fulano, fulano!»
 se nombraban, el primero que avanzó fue

(El shite mira hacia el metsuke-bashira como si viera al enemigo.)

SHITE

¡Tezuka no Taro Mitsumori!

CORO:

Un criado, de miedo que su amo fuera golpeado,

SHITE

se ha separado y contra Sanemori

CORO:

azuzando su caballo, a él se enfrenta, entonces:

SHITE

«¡Admirable!
 ¡Es pues midiéndote conmigo, del Japón
 el hombre más valiente, que buscas tú tu pérdida!», dijo.
 Sanemori y de su silla

contra el arzón, lo cierra
y la cabeza
se le corta y la arroja.

(Con el abanico, hace el ademán de cortar una cabeza.)

CORO:

Sin embargo, Tezuka no Taro,
girando Sanemori del lado de la mano del arco,
le alza la parte baja de su armadura,
y por dos veces le da con el sable;
trabándose cuerpo a cuerpo, entre sus monturas
pesadamente, acaban cayendo...

SHITE:

Mas para desgracia del viejo guerrero,

CORO:

estaba agotado por los combates...

(Se levanta.)

a los golpes del viento que cede,
árbol desecado cuyas fuerzas están quebradas,
debajo de Tezuka es derribado,
los criados acuden,

(Se vuelve a levantar y mira hacia el puente.)

su cabeza al fin, cortada, cae.

(Con el abanico, mima la caída.)

De Shinohara, mezclada con el polvo,
su sombra y su forma desvanecidas, tras su huella...
su sombra y su forma desvanecida...
¡Namu Amida-bu!

(Se levanta.)

¡Tened a bien rogar!
Tras su huella, ¡tened a bien rogar!

*(Se vuelve hacia el waki juntando las manos,
luego, con un último golpe de pie, deja el esce-
nario.)*

Traducido del francés por Javier Sologuren

TEYKA

(noh)

Komparu Zenchiku (1405-1468)

Personajes

BONZO, viajero
SUS DOS COMPAÑEROS, bonzos también
LA LUGAREÑA
CORO
EL LUGAREÑO
FANTASMA DE LA PRINCESA SHOKUSHI

Lugar y Tiempo

Acto I: Primera mitad: cerca de la Choza de los
Aguaceros Intermitentes en Sembon, Kioto, un atardecer
de comienzos de invierno con lluvias intermitentes; segunda
mitad: frente a la tumba de la princesa Shokushi,
más tarde, el mismo día.

Acto II: frente a la misma tumba, ya de noche bajo
el resplandor de la luna.

ACTO I

Los ayudantes de escena sacan un gran artefacto que representa un túmulo funerario y lo colocan al fondo del escenario, frente a los músicos.

Al comenzar la música, el bonzo viajero y sus dos compañeros ingresan silenciosamente y se sitúan lado a lado, cerca del escenario.

(Luego, se miran mutuamente.)

BONZO Y COMPAÑEROS:

Los aguaceros del norte vienen de las montañas,
los aguaceros del norte vienen de las montañas,
mas parece que no tienen donde asentarse.

BONZO:

(Mirando al frente.)

Soy un bonzo de una provincia del norte.
Yo nunca he visto la capital, he decidido ir allá.

BONZO Y COMPAÑEROS:

(Mirándose.)

Al comenzar el invierno,
con ropa de viaje, al amanecer,

partimos, traspusimos montaña tras montaña,
lejos y cerca, con nubes que iban y venían

(El bonzo indica que camina.)

hasta que llegamos a la floreciente capital,
donde las últimas encarnadas hojas atrajeron nuestras
miradas.

(Indica la llegada.)

BONZO:

(Mirando al frente.)

Aprisa llegué a un lugar llamado Capital alta.

Diciendo, «Dejadme ver en torno», se dirige al centro de la escena y allí permanece. Entre tanto, sus dos compañeros han tomado asiento en el extremo izquierdo del escenario. El bonzo mira al frente.

LUGAREÑO:

Es alrededor del décimo día del décimo mes
y todas las copas de los árboles están quemadas por el invierno;
pero las encarnadas hojas permanecen en las ramas,
aunque solo aquí y allí, como lucen,
el paisaje me atrae más en la capital,
esta tarde la vista es diferente
¡El aguacero ha comenzado! Creo que permaneceré en
esta choza hasta que escampe.

(Se dirige hacia el extremo izquierdo.)

LA LUGAREÑA:

(Llamando al bonzo desde bambalinas, ingresa sin hacer ruido.)

Decidme, decidme, ¿por qué estáis junto a la choza?

BONZO:

(Volviéndose hacia la lugareña al extremo izquierdo.)

Se le conoce como la Choza de los Aguaceros Intermitentes, un lugar con pasado. Pensé que habíais venido aquí porque conocíais la historia, por eso os hice la pregunta.

BONZO:

Cierto, he visto una placa arriba que llevaba la inscripción «Choza de los Aguaceros Intermitentes». Una coincidencia, quizá, pero algo interesante. ¿Podríais decirme quién la construyó?

LUGAREÑA:

El señor Fuyiwara no Sadaie. Aunque se encuentra dentro de la capital es tan desolado este sitio y los aguaceros tan mudables; se dice que levantó esta choza y que cada año escribió una tanka sobre el tema.

(Se detiene y mira al frente.)

Tal es la historia de este sitio, como habéis llegado acá por coincidencia, podríais predicar la Ley y rogar por la paz de su alma.

Pensé haceros esta petición
y explicároslo todo.

(Reanuda su camino y llega al escenario.)

BONZO:

Ya veo, el Señor Sadaie la levantó.
Bien, ahora me pregunto
cuál de sus tankas
inspiró esta choza para conmemorar los «aguaceros».

LUGAREÑA:

Debo decir que es difícil precisarlo.
En la estación de los aguaceros,
cada año, escribió al respecto,
y no puedo decir con convicción: «Este es».
Sin embargo, sobre el tópico «Intermitentes a
guaceros conocieron su
Tiempo», escribió:

«Sin falsía
en este mundo: otro décimo mes
¿qué sincero corazón ha hecho
que los aguaceros comiencen una vez más?».

Considerando que escribió «En mi casa», en la nota
pertinente, esa debe ser la tanka en cuestión.

BONZO:

¡Cómo me afectan esas palabras!
Cierto, con intermitentes aguaceros, sin falsía
en este mundo donde permanecen,

LUGAREÑA:

¡Mas no aquel que ya no está! Decimos
tales palabras ahora, en este mundo efímero,

BONZO:

porque nuestros lazos con la otra vida no se han debilitado.
Nos «guarecemos bajo el mismo árbol»,

LUGAREÑA:

«bebemos de las aguas del mismo río»,

BONZO:

como si se nos urgiera a comprenderlo,

LUGAREÑA:

precisamente entonces,

(Mientras el coro canta lo que sigue, el lugareño ingresa sin llamar la atención y se sienta cerca del extremo derecho del escenario.)

CORO:

aquí empieza un aguacero,
sobre la vieja casa, el aguacero del pasado,
sobre la vieja casa, el aguacero del pasado,
y sabemos cómo debe hacer sentido
aquel de límpido corazón. El mundo de los sueños
nunca está en reposo. En el alero de Sadaie,
el aguacero cae al anochecer,
pensamientos de antaño me hacen llorar.
El jardín y los setos, juntos al fin,

las matas de yerba, cada vez más enmarañadas,
están todas marchitas, rara vez el rocío se posa en ellas,
¡Cuán desolado este anochecer,
cuán desolado este anochecer!

(En tanto contempla a la distancia, la lugareña retrocede hacia el extremo derecho de la parte posterior del escenario y mira al bonzo.)

LUGAREÑA:

Sucede que hoy es el día en que elevo mis oraciones por una difunta y me dirijo a su tumba. ¿Le molestaría acompañarme?

BONZO:

De ningún modo. Me será grato hacerlo.

(La lugareña da algunos pasos adelante y se vuelve hacia el túmulo funerario: el bonzo hace lo mismo.)

LUGAREÑA:

He aquí el túmulo funerario.

BONZO:

Es extraño. La lápida parece muy antigua, pero por la manera en que la viña trepadora kudzu se extiende por encima y se adhiere allí, casi no puedo distinguir su forma. ¿De quién es esta lápida?

LUGAREÑA:

Es la tumba de la princesa Shokushi. A estas viñas trepadoras *kudzu* se les llama «Viñas de Teika».

BONZO:

¡Qué extraño! ¿Por qué se les llama «Viñas de Teika»?

LUGAREÑA:

La princesa Shokushi fue, al comienzo, monja del santuario de Kamo, pero pronto dejó esta condición. Entonces, el Señor Teika se enamoró de ella y su mutuo, aunque secreto, amor era profundo. Poco después, la princesa Shokushi murió. El amor de Teika se convirtió entonces en viñas y trepó adhiriéndose a su tumba. Así, en sus sufrimientos, imposibilitados de separarse, se deseaban mutuamente, una ilusión de la cual os diré más, si fueseis tan amable de elevar unas oraciones por ellos.

(Se dirige al centro del escenario y toma asiento; el bonzo vuelve a su sitio.)

CORO:

Inolvidable, pese a que sucedió largo tiempo ha;
«lo profundo de su corazón, me dirigí al Monte Secreto
para visitarlo a ocultas» —el rocío en la yerba a la vera
del sendero— lo que os cuento parece no tener sentido.

LUGAREÑA:

Ahora, «sarta de cuentas»,
si debéis romperos, rompeos. Si duráis más tiempo

CORO:

mi resolución de guardarlo secreto se debilitaría,
sintió ella y, como el carrizo de los llanos muestra sus
penachos caídos en el otoño,

empezó a revelar su amor,
cuando concluyó súbitamente haciéndose trizas.

LUGAREÑA:

«No lo sentí hasta entonces»,

CORO:

y mi corazón desde entonces permaneció extraviado.
Conoce el quebranto
de la manga teñida de índigo
montañés que se pudrió enteramente, escarcha tras
escarcha,
su vida llena de lágrimas, esos días idos;
para sobreponerse a la
aflicción de la añoranza hizo abluciones,
se hizo monja del santuario de Kamo,
en eso se convirtió,
pero el dios no la aceptó.
Su voto con alguien
traicionó sus colores.
Esto nos entristece.
Probó en vano ocultarlo en este mundo
efímero; se reveló su amorío,
crecieron los rumores como el cielo con el sol aterrador,
de suerte que la senda de las nubes fue cortada
y la figura de la doncella no pudo retenerse,
algo penoso para ambos.

LUGAREÑA:

Verdaderamente, «Me apeno, por vos anhelo, pero no
hay modo de encontrarnos:

CORO:

sois una nube en la cima Katsurgui». El sentimiento que lo movió a escribir esto, lo comprendemos, pues por ese cariño su cuerpo tornóse en las viñas de Teika, y aquí, donde yacen sus restos desde antaño, permaneció él inseparable, viña de hojas encarnadas, de color ardiente adheridas, una maraña de cabellos, rodeando y ciñendo. Esta ilusión que se desvaneció y ha vuelto como escarcha o rocío... Por favor, protegedme de ello. En tanto hemos escuchado el cuento de antaño, pronto sería el término de otro día, oscurecido; misterioso, ¿podrías decirnos quién sois?

LUGAREÑA:

Quién soy, preguntáis. Los restos de mi cuerpo muerto se han descompuesto bajo miscanthus y escarcha, solo mi nombre queda, sin ningún beneficio.

(Se vuelve hacia el bonzo.)

CORO:

Aunque yacéis bajo la yerba, mostradme vuestro emblema, vuestro nombre.

LUGAREÑA:

Lo mantenía oculto

CORO:

ahora ya no más:

No soy otra que la princesa Shokushi.

(Se pone de pie y con la mirada fija en el bonzo, camina hacia él, lenta y firmemente.)

Os he sido visible hasta ahora,
pero mi verdadera figura es como una cálida niebla.

(Mira hacia delante.)

Y aunque mi forma queda en piedra

(Retrocede hacia el túmulo funerario.)

es invisible bajo las viñas Kudzu.

(Camina hacia el bonzo.)

Por favor, ayudadme a salir de este sufrimiento.

(Da la vuelta detrás del túmulo funerario y desaparece dentro de él.)

CORO:

No bien lo dijo, desapareció,

No bien lo dijo, desapareció.

INTERMEDIO

El lugareño deja su sitio, se anuncia indicando que se ha encontrado con el bonzo, y se sienta en el centro del escenario. En res-

puesta a las preguntas del bonzo, narra la historia del amorío entre Fuyiwara no Teika y la princesa Shokushi con algunos pormenores. Dice, entre otras cosas, que las viñas kudsu, que comenzaron a crecer en el túmulo funerario de Shokushi poco después de la muerte de Teika, solían ser cortadas y retiradas, pero volvían a crecer inmediatamente; el corte se continuó hasta que una santa persona dijo que las viñas eran la manifestación del apego de Teika para con la princesa y, por consiguiente, no deberían ser tocadas. El lugareño, al enterarse de la lugareña que el bonzo acababa de encontrar, dijo que debía ser la aparición de Shokushi, instó al bonzo a elevar plegarias que le permitieran a su turbada alma descansar y volver a su lugar de origen. Sale discretamente después de que el Fantasma de la princesa Shokushi ingresa en el Acto II.

ACTO II

BONZO Y COMPAÑEROS:

Cayó la noche y ha salido la luna.

Cayó la noche y ha salido la luna.

Esta difunta, cuando el viento sopla a través de los pinos, bajo desolados terrones de yerba, yace, gota de rocío.

Aunque nuestros pensamientos son tantos como las cuentas de nuestro rosario,

qué afortunada ocasión para orar por ella,

qué afortunada ocasión para orar por ella.

(Se oye una música lóbrega, ominosa.)

FANTASMA DE LA PRINCESA SHOKUSHI:

(En el túmulo funerario, en voz baja.)

¿Es esto un sueño?
En esta oscura realidad, en el Monte Real,
recorro el claro de luna
el sendero enterrado bajo las viñas.

(En tono alto, acongojado.)

Una vez, antaño,
el viento del pino o la luna a través de las viñas
nos movió a intercambiar palabras;
almohadas lado a lado yacían
en verdes cortinas, en un lecho escarlata,

BONZO:

nos amábamos mutuamente
de muchos modos. Pero al final,

FANTASMA:

las flores y las encarnadas hojas se dispersan;

BONZO:

una nube en la mañana,

FANTASMA:

lluvia al anochecer,

CORO:

esa es una antigua historia, sí,
pero mi cuerpo ahora,

(Quietamente, con emoción.)

y sueños, realidades, ilusiones,
todo ha sido parte del mundo pasajero,
pasaron sin dejar huella.

(En tono diferente, reflexionando.)

Sin embargo, aquí estoy, bajo la yerba,
no en una choza cubierta de bardana,
sino con las viñas de Teika sobre mí.
Vedlo, vedme, santo bonzo.

Los ayudantes de escena quitan la tela que cubre el túmulo funerario, revelando al descarnado fantasma de la princesa Shokushi. Está sentada en una silla, rígida, mirando hacia abajo, indicando que se halla bajo el hechizo de la pasión de Teika.

BONZO:

¡Qué penoso es veros cómo estáis! ¡Qué penoso!

(Junta las manos en plegaria.)

«La prédica indiferenciada de Buda
es como la lluvia, toda de un sabor;
pero los seres, de acuerdo con su naturaleza,
la reciben de modo diferente».

FANTASMA:

Miradme,

(Vuelve el rostro hacia el bonzo.)

Me levanto y me siento, inútilmente como las olas.
Sufriendo como los estoy aun después de muerta,
confinada por la viñas de Teika;
sufriendo como lo estoy
sin pausa...
Os estoy agradecida.

¿Eso que amablemente habéis recitado ahora es de la
«Parábola de las Yervas», ¿no es cierto?

BONZO:

Así es, tenéis razón.
La maravillosa Ley no descuida yerba ni árbol.
Romped vos misma las viñas del afecto,
y llegad a ser un buda.

FANTASMA:

¡Oh, cuán agradecida estoy,
sí, en verdad, en verdad!
¡Este es el corazón
de la maravillosa Ley!

BONZO:

(Vuelve el rostro al frente.)

Recibimos las bendiciones
del rocío universal.

FANTASMA:

«Ni un segundo

BONZO:

ni un tercero».

CORO:

(Con alguna energía.)

La única lluvia, la única Ley,
rocían,
y todo se humedece,

yerbas, árboles, la tierra,
se convierten en budas.
Teniendo esta oportunidad

(Aquietándose.)

las viñas de Teika
vierten lágrimas sobre ellos,
en grandes gotas
desatadas ellas mismas, se esparcen

(El fantasma indica que está siendo liberado.)

y yo, vacilante,
como una carreta con débiles ruedas, abandona
la casa ardiente.

(Poniéndose de pie, sale del túmulo.)

¡Cuán agradecida estoy!

*(Se vuelve hacia el bonzo y junta las manos
en plegaria.)*

En gratitud, ¿debo entonces
agitar las florecientes mangas que una vez tuve
sobre las nubes y hacer retornar el pasado,
una princesa danzando con el traje Omi?

FANTASMA:

¡Cuán turbada parezco,

CORO:

danzando!

(El fantasma baila una danza, lenta y calma.)

FANTASMA:

¡Cuán turbada parezco!

(Danzando.)

CORO:

¡Cuán turbada! Estoy turbada.

FANTASMA:

Mi humana apariencia,

CORO:

mi rostro era como la luna,

FANTASMA:

pero se nublaba a menudo,

CORO:

y mis cejas pintadas en forma de luna creciente

FANTASMA:

perdieron su belleza, en lágrimas.

CORO:

Aun después de que me desvanecí en rocío,

*(Da la vuelta al extremo derecho posterior
luego se dirige al centro del escenario.)*

fui despiadadamente cubierta con pámpanos y ahora es
toy como la diosa de Katsuragui. Me avergüenzo de ello,
pero no puedo evitarlo.

(Mira al bonzo y oculta el rostro detrás del abanico.)

Porque podemos reunirnos solo de noche,
antes de este sueño acabe,
así diciendo, volvió al sitio donde había estado.

(Camina hacia la tumba.)

Entonces, los pámpanos reptaron sobre ella, se le adhirieron, como de costumbre, esas viñas de Teika.

(Ocupa el túmulo funerario.)

Pero antes de que nos percatáramos fue enterada, desapareció.

(Se cubre el rostro con el abanico y se hunde.)

Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren

GAPPO Y SU HIJA TSUJI

(kabuki)

Suga Sensuke (s. XVIII)

Personajes

GAPPO

O-TSUJI (TAMATE GOZEN), su hija

O-TOKU, su mujer

SHUNTOKUMARU, hijastro de Tamate Gozen

PRINCESA ASAKA, prometida de Shuntokumaru

IRIHEI, criado de Tamate Gozen

CORO:

O-Toku ofrece una copa de agua ante el altar familiar. Ora por el descanso de su hija en el otro mundo.

Contiene las lágrimas.

El tañido de las campanas se hace audible.

La dama Tamate se dirige sin dificultad por el camino, en la noche, y por el sendero del amor.

Busca a Shuntokumarú.

Disfrazada, con el rostro oculto, permanece en el portal familiar del hogar paterno.

Se escucha una vocecilla desde fuera del portal.

TAMATE:

¡Madre! ¡Madre!

CORO:

Goppo está convencido de que ha escuchado la voz de su hija.

GAPPO:

¿No está muerta mi hija? ¿Aún no ha sido ajusticiada por su pecado?

CORO:

Cantando, «Salvadnos, misericordioso Buda», se levanta; pero recordando a su mujer, mira hacia atrás. Ella no ha oído la voz de su hija. Él, entonces, finge ignorancia.

TAMATE:

Abrid el portal, por favor. ¡Madre! ¡Madre!

(Se arrodilla ante el portal y espera.)

CORO:

O-Toku, al fin, oye la voz.

TOKU:

Gappo, ¿hablasteis?

GAPPO:

No, no he dicho nada.

TOKU:

Pero, estoy segura...

GAPPO:

¡Os habéis equivocado!

TOKU:

Puede ser que haya oído mal, pero creo que escuche la voz de nuestra hija.

CORO:

Tamate se sorprende y se levanta al oír la voz de su madre.

TAMATE:

Si esa es la voz de mi madre, entonces, por favor, abrid el portal. Madre, Tsuji, vuestra hija, ha regresado a casa.

TOKU:

¡Nuestra hija ha regresado! ¿Estaré soñando? Ya voy, esperad un momento.

CORO:

Se precipita al portal, cuando Gappo la coge de la manga, deteniéndola.

GAPPO:

No oséis hablar de nuestra hija. No sé si realmente se entregó o no a su hijastro, pero, en lo mejor de los casos, se comportó mal y abandonó el hogar de su marido. Takayasu, su esposo, debió haber matado a tan vil mujer. Me pregunto cómo ha permaneció con vida hasta hoy. ¿Por qué ha venido aquí? Aunque prohibimos a nuestra hija que comunicara a su marido nuestras circunstancias apremiantes, él nos ha prestado toda clase de ayuda.

De esta manera hemos podido sobrevivir hasta ahora.

Ambos le estamos en deuda. Sin embargo, nuestra hija lo engañó y tuvo relaciones ilícitas con su hijo. Aunque haya regresado, no le permitiré que atravesase nuestro umbral ni que toque el portal.

¡Debe estar muerta! ¡Seguramente ha sido ajusticiada! ¿Creéis que nuestra verdadera hija es la que ha hablado en este momento? Es un zorro o un tejón en forma humana. Un muerto con el que tenemos estrechos lazos es algo terrible. No debéis retirar la tranca del portal. Digo que no lo debéis hacer.

TOKU:

Aunque fuera un zorro, un tejón o un fantasma me gustaría ver el rostro de nuestra hija una vez más. Aunque fue-

ra algo terrible y me desmayara de susto, seré feliz solo si veo su rostro una vez más.

CORO:

La madre preferiría ver nuevamente a su hija que seguir viviendo.

TOKU:

Me gustaría echarle una mirada un momento, por favor.

CORO:

Empuja a Gappo y se dirige hacia la puerta, pero él nuevamente la detiene.

GAPPO:

Ya me oísteis. ¿No entendéis? Si realmente fuera nuestra hija, tendría que matarla. Por mi amor paterno y mi obligación para con Takayasu, tendría que castigarla por su pecado. Aunque soy ahora bonzo, no puedo permitir que exista tan vil criatura.

TOKU:

¡Oh, por amor de Dios!

GAPPO:

Ahora, os debo detener. Odio tenerlo que hacer, pero no debéis abrir el portal.

CORO:

Gappo no derrama lágrimas, pero su hija y su mujer lo comprenden. Imposibilitada de ver a sus padres, Tamate llora. Enjuga sus lágrimas y pone los labios en el portal.

TAMATE:

Es natural que estéis airado, padre. Tengo una razón para ello, pero no debo dejar que los demás escuchen mi explicación. Abrid el portal, por favor.

CORO:

Ella les solicita que abran el portal con voz llorosa, cuando su madre habla.

TOKU:

¿Habéis escuchado, Gappo? Tiene razón. Por favor, escuchadla. Si la consideráis como un fantasma y no como nuestra hija, podemos dejarla entrar sin reservas. Os ruego, haced lo que os digo.

CORO:

Mientras habla, Gappo cede.

GAPPO:

Muy bien. Ya que es solo su alma difunta, no es necesario que dudemos por causa de un código.

TOKU:

¿Lo hacemos entrar?

GAPPO:

Haced entrar al fantasma y ofrecedle arroz y té. Es decir, colocad la comida en el altar de los difuntos.

TOKU:

Me alegra que estéis convencido. Abriré el portal.

CORO:

Ella no pierde tiempo en ir al portal.

TAMATE:

¡Madre!

TOKU:

¡Mi preciosa hija!

CORO:

Toca a su hija para asegurarse de que está realmente viva.

TOKU:

Apenas doy crédito a mis ojos. No es ni un zorro, ni un tejón, ni un fantasma. ¡Qué venturoso que estéis viva! Sin saberlo, he pasado mis días y noches en llanto. ¡Qué extraño que hayáis retornado esta misma noche, mientras ofrecíamos un millón de plegarias por vos! Me pregunto si todo no es sino un sueño. Si así fuera, espero no despertar jamás.

CORO:

La madre abraza a su hija una y otra vez y derrama lágrimas de gozo. Gappo quiere ver a su hija, pero debido a su profundo sentido del deber, mira a otra parte.

TOKU:

Tengo tanto que decir y escuchar. Corren rumores de que os habéis enamorado de Shuntokumar y huido de la mansión. La gente habla mal de vos, como si hubierais cometido adulterio. Sin embargo, yo, vuestra madre, es-

toy segura de que no habéis hecho tal cosa. Sé que es una calumnia. Es una mentira, ¿no es cierto?, ¿no es una mentira?

CORO:

Hasta cuando estoy dormida, Shuntoku no se aparta de mi mente. Lo deseo con tanto ardor que estoy obligada a confesarlo abiertamente. Espero que me ayudéis a encontrarlo. Dejad que me una a él legalmente como marido y mujer. Pensad en vuestro amor materno para conmigo. Junto mis manos y os imploro que accedáis a mi súplica.

Une sus manos como en plegaria y conmina a su madre a acceder. Su madre esta asqueada por sus palabras, solo puede clavar la vista en ella. Mientras tanto, su padre, airadamente, trae un sable del recinto interior.

GAPPO:

¡Ves, insecto! ¡Qué vergüenza! Escuchad. Os hablaré de mi padre, Aoto Saemon Fujitsuna, que fue favorito del señor Sainyoji Tokiyori en Kamakura, llamado modelo de hombres. Gracias a él, accedí a una alta posición. Fui admitido al rango de señor y trabajé asiduamente. Pero cuando el actual Señor Saganyudo sucedió a su padre, fui difamado por sus parásitos. Renuncié a su servicio y quedé sin empleo. Más de veinte años han transcurrido desde que me retiré del mundo y me convertí en bonzo. Sin embargo, he conservado mi integridad tal como lo hubiera hecho mi padre. ¿Cómo he podido tener una mujer tan inmoral y bestia como vos por hija? Pensad en vuestra deuda con Takayasú. Vos erais la criada de una dama, pe-

ro luego de la muerte de su mujer, generosamente mostró interés por vos y os permitió que os convirtierais en su segunda mujer. Aunque debe haber deseado mataros, ha frenado sus impulsos y salvado intencionalmente vuestra vida a causa de sus sentimientos para con nosotros, vuestros padres. Si apreciáis su bondad y aún tenéis una pizca de vergüenza, seréis capaz de renunciar a vuestro amor, no importa cuán profundo sea vuestro deseo. Os he oído decir que deseáis convertir os en la mujer de Shuntoku y que habéis solicitado el permiso de vuestra madre. ¿Cómo os atrevéis a decir tal cosa? Vuestro marido os ha perdonado la vida por razón de sus obligaciones, pero tendré que mataros debido a mi obligación para con él. ¡Preparaos para la muerte! ¡Yo os mataré!

CORO:

Desenvaina el sable, pero su mujer se coge de él.

TOKU:

¡Detente! ¡Detente, Gappo! Esperad, estáis equivocado.

GAPPO:

¿Por qué estoy equivocado?

TOKU:

Él ha perdonado a nuestra hija por piedad. Aunque la matéis, no podréis cumplir con vuestra obligación para con él, ¿no es así?

GAPPO:

Sí y no.

TOKU:

Bien, ahora nuestro deber es disuadirle de contraer matrimonio con Shuntokumaru y permitirle que en su lugar se haga monja. Así quedará exculpada sin importar la magnitud de su crimen.

GAPPO:

Pero...

TOKU:

Si se retira de la vida mundanal, estará como muerta y nosotros habremos cumplido con nuestro deber para con su marido, nuestro benefactor.

(dirigiéndose a su hija.)

Sois bella y joven. Es duro para mí como vuestra madre que soy, exigiros que os cortéis vuestros cabellos y toméis los votos, pues solo deseo salvar vuestra vida.

CORO:

Asiéndose de su hija, gime porque las cosas han llegado a ese punto. Su hija retrocede dando un salto y se demuda.

TAMATE:

¡Oh, no digáis tonterías, madre! Odio la idea de convertirme en monja. ¿Por qué he de cortarme tan bella cabellera negra y renunciar al mundo? Ahora cambiaré mi peinado según el estilo de los barrios de placer. Cuando me encuentre con Shuntokumaru de nuevo me amaré.

CORO:

Al escucharla su padre pierde la paciencia.

GAPPO:

Veis, no hay nada bueno en ella. Ha llegado el momento, no puedo contenerme más.

CORO:

El padre se dispone a matarla. Su madre busca desesperadamente la forma de salvarla.

TOKU:

No es de extrañarse que estéis enfadado con ella. Permittedme hablarle un momento. Trataré de hacerle cambiar de parecer y renunciar a él.

GAPPO:

Bien, entonces, ¿vais a persuadirla?

TAMATE:

¡Oh, no! No puedo ser persuadida. No renunciaré a él.

GAPPO:

¿Qué cosa decís?, ¡estáis loca!

TOKU:

Gappo, hemos vivido mucho tiempo en armonía conyugal y esta es mi más cara petición.

GAPPO:

No quiero salvarle la vida, pero ya que vos sois su madre, tendré que obedecer.

CORO:

A instancias de su mujer, se dirige al recinto interior sin voltear a mirarlas. La madre tira de la mano de su obstinada hija y la conduce violentamente al vestidor.

Irnei, el criado, leal a su joven Señora Tamate, aparece buscándola. Encuentra su salida fuera de la puerta, estando ella adentro. Se esconde y espera para ver si se le necesita. El ciego Shuntokumarú, a quien lleva de la mano la Princesa Aska, es guiado a la habitación.

SHUNTOKU:

Asaka, si mi madrastra me ve en estas condiciones, ciego y desfigurado, entonces dejará de amarme. Conducidme a ella.

CORO:

En ese mismo instante, la Dama Tamate sale apresuradamente del vestidor.

TAMATE:

¡Oh! Hace tanto tiempo desde que os vi la última vez, querido Shuntoku. Me alegra que estéis aquí.

SHUNTOKU:

Reconozco vuestra voz, madre. ¿Por qué habéis venido?

TAMATE:

Me he tomado la molestia para veros nuevamente.

CORO:

Ella se coge de él, quien se suelta de su abrazo.

SHUNTOKU:

No lo hagáis, madre. Como os dije en la mansión, está prohibido a un hombre virtuoso casarse con una joven que lleva el mismo apellido que él.

Es absurdo que me cortejéis. Vos sois mi madrastra. Para mal de males, he perdido la vista y me ha desfigurado la lepra. ¿No veis mi miserable condición? ¿No os repugna mi rostro? ¡Qué vergüenza, madre!

CORO:

Derrama lágrimas y cubre de reproches a su madrastra.

TAMATE:

No digáis tal tontería. Nunca podría sentir sino amor por vos. Es por mi causa que sufrís tan terrible mal.

CORO:

Ella quiere que él la ame, ¡Qué desesperado es su amor por él! Lo ha perseguido desde la bahía de Ashi hasta Naniwa. ¡Por favor, amadme!

(Ella se coge de su manga, pero Shuntokumaru nuevamente la empuja lejos de él.)

SHUNTOKU:

¡Decidme, madre! ¿Por qué mi maldita enfermedad ha sido causada por vos?

CORO:

Quiere saber el motivo.

TAMATE:

En noviembre pasado os di secretamente sake envenenado.

TODOS:

¿Qué?

TAMATE:

Tenía el milagroso poder de causar una desfiguración como la de la lepra. Había dos botellas, tomé la ordinaria, pero vertí la envenenada en vuestra copa. Quería desfigurar vuestro rostro de tal manera que la Princesa Asaka no os amara más. Hasta ese extremo he llegado por amor a vos.

SHUNTOKU:

Siento escuchar tan terrible revelación.

TAMATE:

Vos pensasteis que fue causado por algún pecado cometido en una vida anterior, así es que dejasteis la mansión. Desde entonces, os he buscado por doquier.

CORO:

Ella conserva siempre la concha de abalón de la que él bebió el veneno.

TAMATE:

Os amo desde el fondo de mi corazón, aunque temo no ser digna de ser vuestra madrastra. ¡Por favor, rendíos a mí!

CORO:

Se prosterna a su lado e implora su compasión. Shuntokumaru se horroriza, pero dado que es su madrastra, soporta la humillación. Asaka pierde la paciencia.

ASAKA:

¡Qué cruel sois! ¿Por qué habéis desfigurado su noble faz? Es horrible que os hayáis enamorado de vuestro hijastro. Ahora debéis restituirle la salud. ¡Qué cruel sois!

(Irihei se apresura a entrar.)

IRIHEI:

No seáis tonta, Señora. ¿Cómo podéis haber hecho eso? Aunque no hayáis dado la vida a Shuntokumaru, sois aún su madrastra, sois aún su madrastra. Cortejar al hijo de uno va contra las leyes de la naturaleza. Tal cosa solo puede ser hecha por animales. Él tiene una prometida llamada Asaka. Vos la habéis ahuyentado de la casa con vuestros avances. ¡Qué vergüenza! Os ruego abandonéis este amor insano.

CORO:

Sin atender a su advertencia, Tamate se levanta.

TAMATE:

Ahora que estoy tan profundamente enamorada de él, nadie puede ponerme en razón. Ahora me llevaré a Shuntoku conmigo adonde sea. Triunfará mi amor por él, aunque yo muera. Si alguien interfiere, lo lamentaré.

CORO:

Salta sobre Shuntoku y lo toma de la mano. Al oír esto, Gappo monta en ira. Se precipita y hiere mortalmente a su hija.

GAPPO:

Yo que en veinte años ni siquiera he matado una mosca, he matado a mi propia carne y sangre, ¡hija vil! ¡muere ahora!

TOKU:

¡Cielo misericordioso! ¡Oh, mi amada hija!

TAMATE:

No me extraña que estéis enfadado conmigo y me odiéis, pero hay una razón poderosa detrás de mis actos. Antes de morir, dejadme relataros la historia.

CORO:

La respiración le es dolorosa.

TAMATE:

Jiromaru, el hijo de mi esposo y de su concubina, no quería dejar que Shuntoku, hijo legítimo aunque más joven, heredara la fortuna familiar, de manera que conspiró con Tsubei Heima y trató de matar al heredero legítimo. Sabiendo que Shuntoku sería asesinado, lo enamoré y envenené para alejarlo de la mansión. Todo solo por salvarle la vida.

TODOS:

¿Es verdad?

TAMATE:

Tengo una copa de abalón que probará mi inocencia. Temo que mi esposo me considere una mujer inmoral y adúltera: Me pesa que no conozcáis la verdad antes de que yo muera.

CORO:

Ella se lamenta, pero su padre aún la interroga minuciosamente.

GAPPO:

Si vos sabíais tanto sobre las intenciones de Jinomaru, ¿por qué no avisasteis a Takayasu? Si lo hubierais hecho, Shuntoku no habría sufrido la maldita enfermedad y vos no abríais tenido necesidad de enamorarlo ilícitamente. Aunque contestéis hábilmente, no me dejaré engañar por una excusa inventada.

TAMATE:

Si le hubiera contado tal cosa, habría obligado a Jinomaru a hacerse seppuko o lo hubiera matado hasta con sus propias manos. Pese a que es un hombre malvado, también es mi hijastro.

CORO:

He querido salvar a mis dos hijastros a riesgo de mi vida. Soy su madre.

GAPPO:

Si vos aceptasteis efectivamente vuestras responsabilidades de madre, ¿por qué corristeis tras de Shuntokui cuando huyó de la mansión?

TAMATE:

Si no lo hubiera vuelto a ver, no habría podido curarse de su mal durante toda su vida.

CORO:

Al escuchar sus palabras, Irihei se adelanta.

IRIHEI:

¿Queréis decir que no podrá curarse a menos que vos estéis con él?

TAMATE:

Confesé las circunstancias al droguista cuando le solicité el sake envenenado. También le pedí que me informara detalladamente sobre los antídotos. La lepra hereditaria es incurable, pero la enfermedad causada por envenenamiento puede curarse si el enfermo bebe la sangre viva del hígado de una mujer que ha nacido a la hora y en el día y mes del año del tigre. Pero debe ser bebida del recipiente donde se puso el veneno. Por eso he traído conmigo esta concha de abalón, al buscarlo. Ahora, he hablado con franqueza. ¿Se han desvanecido vuestras dudas sobre mí?

CORO:

Gappo se le acerca.

TAMATE:

¿Se han desvanecido vuestras dudas, padre?

GAPPO:

¡Sí, sí, sí! ¡Oh, hija mía, perdonadme. No solo os he maldecido sino que os he quitado la vida con mis propias ma-

nos. Esto hecho por vuestro propio padre. ¡Perdonadme!
¡Perdonadme!

CORO:

Solicitando su perdón, se prosterna y derrama lágrimas de pesar. Shuntokumarú camina a tientas hacia ella.

SHUNTOKU:

No tengo suficientes palabras para agradeceros por vuestra bondad.

CORO:

Se inclina profundamente. Asaka se acerca a ella.

ASAKA:

Hasta ahora no os comprendí. Os he despreciado y odiado. Por favor, perdonadme.

IRIHEI:

Aunque vos debéis ser considerada modelo de femineidad, siento mucho que hayáis sido calumniada y que ahora tengáis que morir.

TODOS:

¡Pobre Tamate!

TAMATE:

Ora, ora, padre, tomad la sangre viva de mi hígado y dádsela en esta concha. Obrad rápidamente antes de que yo muera.

GAPPO:

Al principio la odiaba tanto que podía apuñalarla, pero ahora siento tanta piedad por ella que no puedo tocar el sable clavado en su cuerpo. Irihei, vos sois joven, por favor, tomad mi lugar.

IRIHEI:

No puedo tomar la sangre de alguien que se ha preocupado tanto por mi amo. Por favor, excusadme. Haré cualquier cosa menos eso.

TAMATE:

Entonces yo misma lo haré.

CORO:

¡Joge el sable con la punta hacia abajo.

GAPPO:

Esperad, mi querida hija. Este es vuestro último momento. Ofreceré oraciones un millón de veces y os rodearé con la protección de un rosario. Entonces podréis exhalar en paz vuestro último suspiro. Permitidme que celebre los ritos a vuestra intención.

CORO:

Diciendo así, pasa las cuentas del rosario. Tamate se prepara a morir. Acerca hacia sí a Shuntokumarú y con el sable en la mano derecha y la copa en la izquierda extrae sangre del hígado. Luego, su padre golpea frenéticamente las campanas de salvación. Su madre rompe a llorar. Shuntokumarú bebe respetuosamente la sangre. Vacía la copa. De pronto, se le abren los ojos y la desfiguración

desaparece. Mira a los demás. Todos se regocijan al verlo sano.

ASAKA:

¡Oh, al fin se ha curado del mal!

IRIHEI:

El remedio dio resultado.

TODOS:

¡Sí, es verdad!

CORO:

Están maravillados.

TAMATE:

Me alegra que mi honor esté a salvo. Ahora puedo morir sin pesar.

CORO:

Tamate es modelo de femineidad y su mente es tan clara como la luna que se refleja en el agua. En verdad, es pura.

TAMATE:

Mañana, veré la luna desde las flores de loto del cielo.

(Muere y todos lloran mientras el telón baja lentamente.)

Traducido del inglés por Ilia Sologuren

*LA MUERTE DE LOS
AMANTES DE SONEZAKI*

(bunraku)

Anónimo (bunraku)

Personajes

NARRADOR

OUATSU

TOKUBEI

KUHEJI

COMPAÑEROS DE KUHEJI

CORTESANAS

MUJER DEL PATRÓN

EL PATRÓN

NARRADOR:

Preservado de todo extravío, su nombre con ecos de amor flotante está al abrigo del corazón: en el barrio de Uchihonmachi, en casa de Hiranoya, hay un hombre que posee las gracias primaverales y sus llamas en tanto estaciones fenecidas. Repleto de vino de duraznos, con la cabellera agitada por los movimientos de las ramas del sauce, se llama Toko, cuya elegancia ilustre sigue la corriente de un río de gloria. Pero helo aquí hoy, como árbol petrificado, convertido en simple dependiente —sus mangas tienen el sabor agridulce del shoyu,¹ su sabor de amores perdidos— escoltado por un joven portador, hace el recorrido de sus clientes fieles.

Llega al santuario de Ikutama. De una casa de té, se oye la voz de una mujer sentada en el estrado.

OHATSU:

¡Vaya, es Toku! ¡Ohé!

NARRADOR:

Palmorea. Tokubei hace una señal con la cabeza.

TOKUBEI:

Chozo, más tarde nos reuniremos. ¿Puedes continuar la visita al templo Kuhonji, al de Chokyuji, luego a las residencias de la ciudad alta y, finalmente, ir al almacén? Di-

¹ Salsa de soya.

rás que Tokubei regresará pronto. No te olvides, sobre todo, de pasar por la tintorería del barrio de Azuchi y reclamarle el dinero. ¡Y no remolonees en el Dotombori!²

NARRADOR:

Sigue con la mirada al muchacho hasta que desaparece su sombra y levanta la celosía de la casa de té.

TOKUBEI:

Ohatsu, ¿qué te sucede?

NARRADOR:

Hace el gesto de quitarse el sombrero de anchas alas.

OHATSU:

¡Oh! ¡No se saque el sombrero! Hoy tengo un cliente provinciano que hace peregrinación de los treinta y tres templos de Kannon. Ha dicho, por capricho, que beberá aquí todo el día hasta la noche, y se ha ido a ver un espectáculo de mimo. Si al volver nos encuentra, será desagradable. Todo el mundo, hasta los portadores de palanquín, lo reconocerán a usted. No se quite, pues, ese sombrero. A decir verdad, no he tenido noticias de usted estos últimos tiempos. Estaba inquieta, pero como no tenía ninguna idea de la marcha de sus asuntos, no he osado manifestarme. He inquirido mil veces por usted en Tambaya, pero se me contestaba que usted no iba ya por allí. ¿Quién era, pues? ¡Ah, sí! Oichi, el ciego, se había enterado por sus amigos y se decía que usted se hallaba en su provincia. Pero eso no era cierto. De veras, eso es demasiado. Usted no se preocupaba mucho de cómo estaba

² Barrio de placeres y espectáculos.

yo. A usted, sin duda, eso le convenía, pero yo caí enferma. Si usted no lo cree, tóqueme, pues, este bubón...

NARRADOR:

Ella toma la mano de Tokubei y la aprieta contra su seno. Los reproches se acompañan de lágrimas. Uno y otra no difieren en nada de una pareja matrimonial. El hombre también llora.

TOKUBEI:

¡Ah! Tienes mil veces razón! Mas, ¿a santo de qué te haré sufrir contándote todo? Junto a mis dificultades recientes, ¡la Fiesta de los Muertos, el Año Nuevo, los Nueve Días de Plegaria, la Purificación, reunidos todos, no son nada! Mi corazón está destrozado. Mi cartera está plana como un pez. Para decirlo todo, he ido a Kioto por un asunto de dinero. Si mi vida resiste este tratamiento, eso proveerá un tema excelente y muy conmovedor para una comedia...

NARRADOR:

No puede sino deshacerse en suspiros.

OHATSU:

En efecto, eso tiene el aire de un vodevil. Pero, si no es sino eso... ¿por qué no me lo dijo? ¿Tiene usted realmente una buena razón para habérmelo ocultado? ¿Por qué no confía en mí?

NARRADOR:

Ella se lanza hacia Tokubei, abrazándole las rodillas. Derrama lágrimas y moja su pañuelo.

TOKUBEI:

¡No llores, te lo suplico, no me tomes a mal! No te oculto nada. Pero se trata de algo ante lo cual se es impotente. Ya he hecho el relato sucinto, pero desde ahora vas a saberlo todo. No soy sino un empleado, mas como mi patrón es en realidad mi tío, me ha hecho favores. En reciprocidad, he puesto toda mi energía, toda mi atención, en servirlo. Jamás me he equivocado ni una pizca en mis cuentas. Recientemente, para mandarme hacer un vestido forrado, he comprado al crédito, en Sakai, seda de Kaga a nombre de mi patrón; pero este abuso será el único de mi vida y para devolver el dinero llegaré hasta a empeñarlo para no deberle ni un céntimo. Él no ha dudado de mi honestidad y me ha propuesto por esposa a la sobrina de su mujer, con una dote bastante considerable, para que yo pueda iniciarme en los negocios. Todo esto ha sucedido el año pasado. Pero ya que eres mía, ¿cómo podría yo hacer caso omiso de mis sentimientos? No he tomado en serio la propuesta; mientras tanto, mi madre (o, más bien, mi madrastra) ha tenido una entrevista con mi patrón sin saberlo yo, y ha regresado a su tierra llevando consigo la dote. He sido bastante tonto para ignorar el trato: me he enterado de la última palabra de la historia el mes pasado. Y ya no puedo escaparme de las bodas. Entonces he dicho refunfuñando: «Patrón, no lo entiendo. Aún no he dado mi consentimiento y usted engaña a mi anciana madre. ¡Usted ha ido demasiado lejos! Y no entiendo a su esposa. Siempre le he demostrado un gran respeto, pero si acepto a su sobrina con su dote, deberé acabar mis días con hipócritas lisonjas y embaucando a mi esposa. ¿Merecería yo llamarme hombre? Le digo a usted no, aunque mi padre se revuelva en su tumba...».

La violencia de esta declaración despertó la cólera de mi patrón «Sé por qué reaccionas así. Te has enamorado de una cierta Ohatsu de la casa Tenmaya y desdeñas a la sobrina de mi mujer. Muy bien, jamás te daré la mano de esta joven; pero como no te la doy, tú me reembolsarás. Quiero ese dinero para el siete de abril. Se acabaron las cuentas del almacén. ¡Te despidó y no quiero verte poner los pies en Osaka!». Estaba furioso. Pero yo también tenía mi orgullo. Me decidí: «Estoy enteramente de acuerdo». Y regresé a toda prisa a mi provincia. Mas la mujer que tengo por madre no ha querido saber nada del asunto. ¡No devolvería ese dinero ni siquiera el día del fin el mundo! Me he dirigido entonces a Kioto a suplicar al mayorista de shoyu de la quinta avenida, con quien a menudo había tratado sobre préstamos. Pero él se hallaba en un mal momento y no contaba con reservas. Volví a mi tierra y me dirigí a los notables del lugar que lograron hacer entrar en razón a mi madre. No me quedaba sino devolver el dinero y hacer las cuentas.

La situación quedaba así zanjada. Pero yo no podía permanecer en Osaka. ¿Cómo podría hacer para verte? Que mis huesos caigan hechos polvo, que mi carne se corrompa cual caracol en la ribera, que se desmenuce y se convierta en arena del lecho... Mas, ¿cómo podría separarme de ti?

NARRADOR:

Se deshace en lágrimas. Ohatsu comparte su dolor. Y ahogando los sollozos, lo consuela.

OHATSU:

¡En efecto, qué dolor! Estoy a la vez afligida y feliz de ser el origen de esos males. Mas, recobrad vuestra razón.

Aun si os destierran de Osaka, no se trata de un robo o un incendio criminal. Yo encontraré el modo de ocultaros aquí. Y cuando ya no nos sea permitido reunirnos, el mundo de aquí abajo no contiene solo promesas. No se pueden ignorar los ejemplos que nos preceden. La muerte no es más que el paso del monte de la muerte y de la ribera de los tres caminos. Nadie está impedido de intentarlo, nadie nos lo impedirá.

NARRADOR:

En medio de este valiente discurso, se interrumpe y oculta el rostro en el hueco de su codo. Prosigue.

OHATSU:

¿Habéis dicho el siete? ¡Pero, es mañana! Ya que es una suma que tarde o temprano debéis devolver, hacedlo lo más rápido. Es necesario predisponer a vuestro favor a vuestro patrón.

TOKUBEI:

Sí, esta perspectiva me hace perder la paciencia. Conoces a Kuheiji, el mercader de aceites. Tenía necesidad de dinero, a fin del mes pasado, por un solo día. Y me suplicó adelantárselo, jurando sobre su cabeza que me lo devolvería el tres. Yo no lo necesitaba antes del siete y, además, somos como hermanos el uno para el otro, acepté. Pero, he aquí pasado el tres y no se ha manifestado. Ayer no he podido verlo, pues no estaba en casa. Esta mañana pensé invitarlo, mas tenía que hacer la visita de rutina de mis clientes a fin de que las cuentas estuvieran al día mañana. Iré a verlo esta tarde para aclarar las cosas. Es un muchacho de conducta intachable. Conoce mis dificultades.

des actuales. No tendrá problema alguno. No te preocupes ¡Helo aquí justamente!

LOS COMPAÑEROS DE KUHEIJI:

Hatsusé está lejos del templo de Naniwa. El sonido de la campana resuena en múltiples templos ilustres, la voz del acontecimiento es inagotable.³

KUHEIJI:

Bajo un crepúsculo de primavera se encaminan hacia un templo de la montaña...

TOKUBEI:

Vamos, pues, Kuheiji, ¡no juegas limpio! Tus negocios no parecen prosperar ¿y osas divertirte así? Arreglemos más bien nuestras cuentas hoy.

NARRADOR:

Toma a Kuheiji del brazo y lo retiene. Este hace una mueca.

KUHEIJI:

¿De qué hablas Tokubei? Esos señores son notables del barrio. Volvemos de una reunión que tuvo lugar en Ueshiomachi para preparar un viaje de peregrinaje a Ise: hemos bebido bastante. ¿Por qué me retienes del brazo? ¡No te hagas el idiota!

NARRADOR:

Kuheiji se quita el sombrero.

³ Cita de una pieza de Noh: Miidera.

TOKUBEI:

Pero no me hago el idiota. Te he prestado dinero el veintiocho del mes pasado y tú debías devolvérmelo el tres de este mes. Solo te pido que me lo devuelvas.

NARRADOR:

Sin dejar a Tokubei terminar su frase, Kuheiji estalla en carcajadas.

KUHEJI:

¿Has perdido la cabeza? Hace bastante tiempo que te conozco y estoy seguro de no haberte pedido prestado un céntimo. ¡Te lamentarás de haber hablado a la ligera!

NARRADOR:

Suelta la mano de Tokubei. Sus compañeros se quitan el sombrero al mismo tiempo. Se ve palidecer a Tokubei.

TOKUBEI:

¡No lo tomes así, Kuheiji! Pese a mis dificultades, te presté el escaso dinero que poseía, porque llorabas miseria. Y pensaba que si somos amigos, deberíamos serlo también en los momentos difíciles. He aceptado por honor, He rechazado todo reconocimiento y eres tú mismo quien me ha ofrecido imprimir tu sello por respeto a las formalidades: tengo este recibo rubricado. ¡Déjate, pues, de historias!

NARRADOR:

Lanza gritos de protesta.

KUHEJI:

¿Cómo «rubricado»? ¡Quisiera ver ese sello!

TOKUBEI:

Voy a mostrártelo.

NARRADOR:

Saca una cartera de su vestido.

TOKUBEI:

Esos señores deben conocer tu sello. Pues bien, ¿persistes en negarlo?

NARRADOR:

Saca el papel de la cartera. Kuheiji palmorea como si de pronto se acordara de algo.

KUHEJI:

En efecto, es mi sello. Ah, Tokubei, nada justifica tal fechoría, aun si se debe morir de hambre en la calle. Pues he perdido mi cartera que contenía mi sello el veinticinco del mes pasado. Por todas partes he colocado carteles que indicaban la pérdida, pero sin resultado. He terminado por cambiar de sello a principios de mes, informando a los señores de la alcaldía. El sello que he perdido el veinticinco ha sido utilizado el veintiocho. ¡Eres pues tú quien lo ha hallado, y eres tú quien ha escrito este reconocimiento de deuda, imprimiendo mi sello con la intención de apoderarte del dinero y de chantajearme! ¡Es un crimen muy grave el falsificar documentos! ¡Un robo,

francamente hablando! Bien podría denunciarte y llevarte al cadalso, pero nuestra vieja amistad me inclina al perdón. Trata por ahora de transformar ese trozo de papel en dinero...

NARRADOR:

Simulando un candor descarado, arroja el papel al rostro de Tokubei, quien lo asesina con la mirada. Tokubei, con el corazón que le estalla, aúlla.

TOKUBEI:

¡Oh! ¡La endemoniada astucia! ¡Qué vergüenza dejarse burlar así! ¿Crees que se me robará tan fácilmente? Todo está bien tramado que ya he perdido el proceso. Pero con mis manos ganaré el pleito. Oye bien esto: mi nombre es Tokubei de Hiranoya. Comprende lo que es un hombre y no uno a tu manera: ¡tú que no temes atribuir tus propias deudas a tu amigo! ¡Ven aquí!

NARRADOR:

Se prende de Kuheiji.

KUHEIJI:

¡Pequeño mequetrefe que se da grandes aires! Te haré tragar el polvo si es eso lo que quieres...

NARRADOR:

Agarra a Tokubei por el cuello. Se pegan, se muerden los brazos, se golpean. Ohatsu se precipita descalza.

OHATSU:

(Dirigiéndose a los transeúntes.)

¡Por favor! Es alguien a quien yo conozco. ¿Dónde se han ido los portadores de palanquín? ¡Es Tokubei!

NARRADOR:

Se retuerce de dolor. Su impotencia es conmovedora. Su cliente, como buen provinciano, desaparece al fondo del palanquín, temiendo ser malherido.

OHATSU:

No, señor, espere un rato. ¡Qué desgracia!

NARRADOR:

Su grito se apaga sin eco. El palanquín parte rápidamente llevando al cliente. Tokubei se halla solo ahora. Kuheiji está rodeado de cinco hombres que han ido a la casa de té, y cerca del lago de los nenúfares, a conseguir con qué batirse. No se puede distinguir quién resbala ni quién golpea a Tokubei. Sus cabellos están deshechos, su cinturón, suelto; titubea y se desploma.

TOKUBEI:

¡Canalla del diablo! ¡No saldrás vivo de aquí, Kuheiji!

NARRADOR:

Se arrastra, busca a Kuheiji por todas partes, pero no encuentra sus huellas. Se derrumba y lanza un alarido. Lloro.

TOKUBEI:

Todo se ha consumado. Mi vergüenza es segura. Estoy deshonorado. No soy yo quien haya atizado la querella.

Éramos hermanos el uno para el otro. Cuánto me ha suplicado y cuánto me prometía testimoniar su agradecimiento. ¡Es un sentimiento de solidaridad lo que me ha empujado arriesgar mi vida por una suma que debía recuperar antes del siete! Me ha hecho redactar el recibo y ha impreso su sello que ahora pretende haber perdido la víspera en que la carta fue escrita. Y me acusa. ¡Qué afrenta! Estoy humillado, pisoteado, molido a golpes; he perdido toda dignidad y mi cuerpo ya no responde. He debido quebrantarle los miembros, molerlos y morir a mi vez.

NARRADOR:

Patalea, rechina los dientes y aprieta los puños. ¡Qué espectáculo estremecedor, que se comprende con la razón o por compasión!...

TOKUBEI:

Perdónenme por haber entristecido a todos. Mil perdones.

NARRADOR:

Se agacha una vez. Recoge su sombrero destrozado. La cabeza inclinada como un sol poniente, se retira por la sombra que pasa sobre sus lágrimas incesantes. Las fuerzas lo abandonan. Inevitablemente, uno aparta la mirada de ese espectáculo.

Escena en la casa Tenmaya, en el barrio de Kitanoshinchi.

NARRADOR:

El viento del amor sumerge el cuerpo de una mujer en la ribera. Sigue su corriente, impassible como un caracol

que pierde su brillo. Cada noche, los destellos de una lámpara iluminan el paisaje tenebroso de la pasión: luciérnagas de las cuatro estaciones, estrellas de una noche de lluvia. Las flores se abren: el verano en el puente de Umeda. Los viajeros que arriban de la provincia y los habitantes de la ciudad, los que conocen perfectamente el lugar, se extravían allí. Los ignorantes siguen su camino. Es tan próspera esta nueva ciudad del amor... ¡Qué crueldad! Ohatsu, de la casa Tenmaya, vuelve a casa, pero trastornada por los acontecimientos del día. No puede beber ni sonreír. Lloro con sollozos sordos y cuando aparecen sus compañeras, una le pregunta...

PRIMERA CORTESANA:

Dime, Ohatsu, ¿te has enterado? Parece que Toku ha tenido graves problemas y que lo han matado a palos. ¿Es cierto?

SEGUNDA CORTESANA:

Sí, según uno de mis clientes, ha sido pisoteado hasta quedar muerto.

NARRADOR:

Sus suposiciones carecen de benevolencia: él habría sido colgado de una soga por haber estafado o bien habría sido arrestado por falsificación. Está visto que la curiosidad y los chismes solo conducen a hacerla sufrir.

OHATSU:

¡Oh, cállense! No puedo escucharlas sin sentirme destrozada. Me parece que la muerte vendrá pronto a recogerme y yo la acogeré.

NARRADOR:

Ella no tiene otra defensa que las lágrimas. Pero a la vez echa un vistazo hacia fuera y descubre en la oscuridad la silueta discreta y abatida de Tokubei que se oculta debajo de su sombrero. Ante esa aparición, ella quiere precipitarse impulsivamente. Quisiera correr, pero el patrón y su mujer se encuentran en la sala de espera. El cocinero guarda la entrada, la criada está en el jardín. Por todas partes la sorprenderían miradas indiscretas. No puede hacer nada.

OHATSU:

¡Aire, Aire! ¡Aquí uno se asfixia! Voy a ir a la puerta.

NARRADOR:

Sale sin hacer ruido.

OHATSU:

¡Al fin vos aquí! He oído tantos rumores sobre vos. ¡He creído que la inquietud me volvería loca!

NARRADOR:

Desliza la cabeza debajo de los bordes del sombrero de Tokubei y solloza sordamente. Su llanto es doloroso, lamentable. Él, a su vez, se deshace en lágrimas.

TOKUBEI:

Es una emboscada, como has podido darte cuenta... Cuanto más me defiendo más me enredo. Pronto, toda salida estará bloqueada. No podré acabar la noche; es para eso que me preparo.

NARRADOR:

Apenas murmura. Se oyen voces venidas del interior.

LAS VOCES:

Ruidos calumniosos circulan ya sobre ti. ¡Ohatsu, entra pronto!

NARRADOR:

Las voces la llaman al interior.

OHATSU:

Y bien, así son las cosas. No se puede decir nada. Déjenme hacer.

NARRADOR:

Ella lo esconde bajo los pliegues de su larga vestidura. Él se arrastra hacia la entrada donde se descalzan. Se desliza entre la tierra y los tablones ligeramente sobrealzados de la casa. Ella se sienta, coge tabaco y se pone a fumar como si de nada se tratara. Entonces aparece Kuheiji con tres compadres y un bufón ciego.

KUHEIJI:

¡Salud, chicas! Tienen el aire de estar bien solas. He aquí un cliente. ¡Eh, patrón! ¡Me hacías falta!

NARRADOR:

Se instala en la sala y allí reina como amo. Se acercan para ofrecerle, como de costumbre, un cenicero y algo de beber.

KUHEJI:

¡No, nada de sake! Ya se ha bebido. Pero tengo algo que decirte. El cliente de Ohatsu, conoce a Tokubei, ha recogido el sello que yo había perdido y ha tratado de chantajearme con un recibo falsificado, mas la verdad se ha impuesto finalmente. Es la muerte que merecía, pero ha logrado salvar el pellejo. Está deshonrado ahora. Si acaso lo vez por acá, ten cuidado. Te prevengo porque él sostendrá lo contrario y no le debes prestar atención. Ni siquiera vale la pena verlo, pues tarde o temprano acabará sus días en Noé o en Tobita.⁴

NARRADOR:

Lanza su diatriba de modo muy convincente. Bajo el piso, Tokubei rechina los dientes, le tiembla el cuerpo de rabia. Ohatsu, temiendo que se le descubra, trata de calmar a Tokubei golpeando con el pie. Lo hace de maravilla. El patrón no sabe qué responder. Tokubei es un cliente de larga data.

EL PATRÓN:

¿Tomará un poco de sopa?

NARRADOR:

Para escapar de esta situación molesta, se retira. Ohatsu, con el rostro bañado en lágrimas, finge monologar.

OHATSU:

Vuestras maquinaciones son inútiles. Amo a Tokubei desde hace mucho. Nos conocemos el uno al otro del

⁴ Lugar de ejecución.

fondo del corazón. Este desgraciado no hará el menor daño. Por nobleza ha arriesgado su vida. Ha sido engañado. Pero no hay justicia posible sin pruebas. Solo la muerte le hará ganar el pleito. Si yo pudiera estar segura de su decisión...

NARRADOR:

Ella lo llama con el pie. Tokubei asiente. Le toma el pie con el que se acaricia la garganta para indicar su suicidio.

OHATSU:

No lo dudo. No tenemos esperanza mientras estemos vivos. Y solo la muerte abolirá el infortunio.

NARRADOR:

Kuheiji queda estupefacto ante esta declaración.

KUHEIJI:

Pero, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo habrías de morir? Si la cosa es cierta, tomaré su lugar para mimarte. Ya tienes el aire de estar enamorada de mí.

OHATSU:

¡Me veis transfigurada! Cuando no tengamos más secretos, lo mataré a usted. ¿De acuerdo? Separada de Toku, ¿cómo podré sobrevivir? Pedazo de crápula, ¿quieres engañar con tus falsedades? Seguiré a Toku en la muerte. Yo también me mataré.

NARRADOR:

Golpea con el pie bajo el piso. Él deja correr sus lágrimas, coge la pierna de Ohatsu, la estrecha, la aprisiona con las rodillas que baña con sus lágrimas. Ella no puede

disimular su pasión. No intercambian palabra, pero sus corazones se corresponden. Ahogan sus sollozos: esta soledad que no podría quebrantar ningún intruso es conmovedora. Kuheiji se asusta.

KUHEIJI:

Uno se siente mal aquí. Vengan. Las chicas de aquí son raras. Parecen indiferentes a los que como yo no son ta-caños con las recompensas. Iré donde Asaya para tomar una taza de té. Haré llover mi dinero y volveré a casa a acostarme. Mi cartera es tan pesada que me impide caminar...

NARRADOR:

Se va, lanzando una andanada de injurias y palabras venenosas. El patrón y su mujer dan órdenes.

EL PATRÓN Y SU MUJER:

Apaguen más temprano las luces esta noche. Hagan que se acuesten los clientes que pasan la noche. Ohatsu, sube, pues, a tu habitación a descansar. Acuéstate temprano esta noche.

OHATSU:

Bien patrón, bien, señora. Ya no los volveré a ver. ¡Adiós!
A ustedes también, ¡Adiós!

(A los empleados.)

NARRADOR:

Hace un saludo de lejos y vuelve a su habitación. Es a la vida que ella dice adiós. Se sabrá más tarde. Pero, ¡qué lástima, qué necedad no haberse dado cuenta de ello antes!

EL PATRÓN Y SU MUJER:

Verifique el fuego del caldero. No deje el veneno contra las ratas.

NARRADOR:

Cierran la casa, echan el cerrojo. No bien están acostados cuando ya roncan apaciblemente. La noche es tan corta. Sin que tengan tiempo de hundirse en el sueño, ya son las dos. Ohatsu se viste primero con ropa interior blanca, inmaculada: preparación para la muerte. Y como las tinieblas del pasaje del amor, su ropa es negra. Coge una chaqueta, camina en puntas de pie, mira hacia debajo de la escalera. El hombre saca la cabeza debajo del piso, asiente, la invita a avanzar con una señal de los dedos: es su corazón que le habla. Una criada está acostada bajo la escalera. Una lámpara colgada está encendida. Ohatsu, luego de algunas vacilaciones, coloca su abanico en una escoba de palmas y, desde el segundo peldaño de la escalera, intenta en vano soplar la llama. Estira la mano y extiende todo su cuerpo para apagarla de un golpe, Pero tropieza en la escalera de súbito oscurecida. La criada se da vuelta en su lecho. Los amantes se buscan a tientas, temblándoles todo el cuerpo. Al fondo de la casa, el patrón se ha despertado.

EL PATRÓN:

¿Qué sucede? Eh, ¡chica! La lámpara está apagada. Levántate y anda a encenderla.

NARRADOR:

Al fin despierta, la criada se frota los ojos, sale de la cama totalmente desnuda, busca a tientas la caja del encen-

dedor. Para no rozarla, los amantes se arrastran separados. Sus gestos ciegos se entrelazan con angustia. Al fin, han dado con sus manos y avanzan a pasos sigilosos hasta la puerta y recorren el pestillo; pero el chirrido de la puerta los inquieta. Dudan en cerrarla. Cuando la criada prende el mechero, aprovechan para hacerlo.

La criada frota la piedra y ellos ponen en movimiento la puerta. La criada hace saltar la chispa y la puerta se desliza suavemente. Las acciones concuerdan. Las mangas se entrelazan. Los cuerpos se acurrucan. Como si pasaran sobre la cola de un tigre, franquean uno tras otra la puerta de ciprés. Por fin, liberados, se miran.

JUNTOS:

¡Ah, qué felicidad!

NARRADOR:

Gozo de los seres que van a la muerte. Emoción, sufrimiento, tristeza: detrás de ellos no queda sino una vida frágil como la chispa de las piedras.

Muchiyuki, el pasaje del Amor

NARRADOR:

Huella de este mundo, huella también de la noche, esos seres siguen el camino de la muerte como la escarcha en el camino que atraviesa la llanura fúnebre de la inconstancia. A cada paso, la escarcha y sus sombras se borran. Sueño de un sueño conmovedor. Si se cuentan las campanas, queda una aún, ante la séptima del alba, que será el último eco de esta vida. Su resonancia anuncia la felicidad liberada del mundo de los dolores. No hay sino la campana: las hierbas, los árboles, el cielo son los apegos

de este mundo. Miran en el aire: las nubes son insensibles como los temblores del arroyo. La Osa mayor se refleja lechosa sobre las aguas. La Vía láctea desaparece entre las estrellas que se aman. El puente de Umeda será la prenda promisoría del Puente de la Urraca donde estaremos reunidos para siempre como marido y mujer. Se acercan una al otro y se abrazan. Sus lágrimas hacen subir las aguas del río. En el primer piso de una casa de placer, se perciben los gestos imprecisos de dos amantes, rostros bajo la lámpara. Se escucha elevarse muy fuerte en la noche dos voces sin el menor sueño: unas palabras parecen brotar como hierbas sobre los amantes desaparecidos, dulces y ponzoñosas. Al escucharlas, tienen el corazón turbado tal como el vaporoso dibujo de las viejas telas de seda. Ayer se hablaba y aun hoy de otros amantes desaparecidos, pero desde mañana serán objeto de habladurías y el mundo los cantará. Que canten si eso quieren. Escuchad la canción que dice:

*«Mas después no querrás casarte
poca cosa soy para ti, lo sé»*

Empero, ¿qué pueden la vida y el mundo contra los sufrimientos y con el amor? Precisamente, hasta estos últimos días, no han conocido una sola noche de tregua en sus corazones que la pasión atormenta y donde el amor parece siempre imposible. «Pero, ¿qué es este apego entre nosotros? ¿Cómo puedes abandonarme? No te perdonaré. Me matarás con tus manos. Y bien, ¡márchate! No te abandonaré...». Ella llora. Hay miles de canciones, mas ¡qué decir de aquella! Hay tantas ocasiones, pero esta noche... «¿Quién la canta si podemos escucharla?». Los amantes desaparecen y nosotros mismos no tenemos sino un pensamiento. Se abrazan y lloran sin escatimar sus

voces... No se habría hecho esta observación en una noche extraordinaria. Mas esta noche ¿no puede ser más larga que las otras? Pero la ley de las noches de estío es inflexible: el canto del gallo los empuja hacia la muerte. «Antes de que el día amanezca y que signe nuestra desgracia, muramos en el bosque de Tenjin». Él la arrastra de la mano: bajo la mirada de los cuervos de la noche, atraviesan la calzada de Umeda. ¿Serán mañana presa de los pájaros? Sí. Él cumple este año veinticinco, una edad nefasta. Esta concordancia del infortunio de los amantes ¿es señal de una relación profunda? Los votos dirigidos desde este mundo a los dioses y a los Budas serán referidos en el mundo venidero: «¿renaceremos juntos en una flor de nenúfar?». Frotan entre las palmas el rosario de ciento ocho lágrimas: inconmensurable compasión, mas la vía terrestre llega a su fin. Una sombra pasa sobre el corazón y el cielo: legan el bosque de Sonezaki donde aúlla el viento. «¿Aquí o allá?». Las hierbas de uno a otro lado ceden a su paso y caen las gotas de rocío que desaparecen más rápido que ellos: mundo inconstante que un relámpago atraviesa. Pero tal vez no sea eso...

OHATSU:

¡Oh, he tenido miedo! ¿Qué fue eso?

TOKUBEI:

¿Eso? Era un espíritu. Nosotros pensábamos ser los únicos en morir esta noche, mas alguien se nos ha adelantado. Sea quien fuere, será nuestro compañero de viaje para pasar el monte de la muerte. ¡Namu Amida Butsu!

NARRADOR:

En medio de las invocaciones...

TOKUBEI:

¡Qué pena! Otra vez un espíritu que deja este mundo.
¡Namu Amida Butsu!

NARRADOR:

La mujer no puede dejar de verter lágrimas.

OHATSU:

Esta noche ¿es la noche en la que se muere? ¡Qué desesperación!

NARRADOR:

El hombre se abandona a su llanto.

TOKUBEI:

Esos espíritus que vuelan en pareja, ¿pertenecen a otros?
Son precisamente el tuyo y el mío...

OHATSU:

¡Cómo! ¿Los nuestros? ¿Estamos, pues, ya muertos?

TOKUBEI:

Frente a un espíritu habrá de ordinario que hacer un nudo en el vestido y suplicarle se lo ciña, mas tenemos prisa de alcanzar el fina y esperamos que nuestros espíritus residan en el mismo lugar. No te extravíes en la ruta, no te equivoques de camino.

NARRADOR:

Se abrazan, sus rostros se tocan. Se tienen en la tierra, en lágrimas. Ambos corazones son de apiadarse. Sus lágrimas

mas forman un hilo que parece dar nacimiento a un pino y una palmera reunidos en un solo árbol, prenda de su fusión. Depositán sus frágiles cuerpos como el rocío.

TOKUBEI:

Vamos, decidámonos por este lugar...

NARRADOR:

Él se desabrocha el cinturón de la chaqueta. Ella se despoja de su traje, bañada en lágrimas. Los cuelgan en una rama de palmera que parece barrer el polvo del mundo flotante. Ohatsu saca la navaja de su traje.

OHATSU:

Proveía el caso en que, perseguida por mi patrón, yo sería separada a la fuerza de vos: por eso tenía preparada esta navaja. Estaba resuelta a morir antes que renunciar a lo que me une a vuestro amor. Estoy feliz de morir en el mismo lugar con vos como yo lo deseaba.

TOKUBEI:

¡Cuánto me tranquilizan esas palabras! No hay por qué temer a la muerte. Pero tengo miedo de que después de la agonía, la vista de nuestros cadáveres no sea penosa. Vamos a unirnos muy fuerte a ese árbol de nuestra «fusión» para morir valientemente. Nuestra muerte será un ejemplo sin precedentes.

OHATSU:

Me comprometo.

NARRADOR:

¡Valiente muchacha! Estira su cinturón de pálido índigo.
¿Lo llevaba con esa intención? Lo corta con la navaja.

OHATSU:

El cinturón se destroza, mas nosotros nunca seremos
destrozados, tú y yo.

NARRADOR:

Ella se sienta y se deja atar al árbol con dos o tres vuel-
tas ceñida de sogas.

TOKUBEI:

¿Está bien apretado?

OHATSU:

Sí, lo has hecho bien.

NARRADOR:

La mujer mira el rostro de su amado. Él mira el cuerpo
de su amada.

JUNTOS:

Era necesario pues. Para nuestros cuerpos, este fin mise-
rable, sin salvación posible.

NARRADOR:

Son uno y otra vez sacudidos por sollozos.

TOKUBEI:

No nos abandonemos al dolor.

NARRADOR:

Tokubei levanta la cabeza y junta las manos.

TOKUBEI:

Desde mi infancia, he estado separado de mis padres. He sido criado por mi tío que era también mi patrón. Lo he, pues, abandonado sin expresarle mi gratitud, y mi muerte lo sumirá en una gran confusión. Que mis faltas me sean perdonadas y yo me uniré pronto a mis padres allá... Esperen que ya voy a reunirme con ustedes.

NARRADOR:

Llueve. Ohatsu también junta las manos.

OHATSU:

Te envidio: puedes reencontrarte con tus padres en el paisaje de las tinieblas. Mis padres son aún fuertes y viven en este mundo. ¿Cuándo podré volver a verlos? He recibido sus nuevas en primavera, mas no es sino en otoño del año pasado que los he visto por última vez. Si el rumor de mi muerte le llega al país, ¿qué aflicción se abatirá sobre ellos! Les digo adiós a ellos y a mis hermanos; digo adiós a este mundo. Y si ellos tienen la misteriosa intuición, confío en que me acojan en sus sueños. ¡Oh! Madre querida... ¡Oh!, padre, cuántas penas me dejáis...

NARRADOR:

Solloza sin cuidarse de gritar. El hombre también gime ruidosamente. La evidencia de sus motivos es tanto más conmovedora.

OHATSU:

¿De qué sirve permanecer más tiempo así?...¡Mátame pronto! ¡Mátame!

NARRADOR:

Ella precipita el fin.

TOKUBEI:

He comprendido.

NARRADOR:

Saca su largo cuchillo.

TOKUBEI:

Ha llegado la hora. ¡Namu Amida butsu!

NARRADOR:

Pero es la suave piel que ha acariciado durante años. ¿Cómo podrá apuñalarla? Su vista se enturbia, le tiembla la mano. Cree devolver a su corazón debilitado un último vigor, pero recae presa de temblores. Hunde la hoja que resiste y quiere desviarse. La hoja destella en dos o tres movimientos vacilantes. En un instante, penetra en el cuerpo de Ohatsu. Ella la hunde repitiendo su plegaria, la hunde, la hunde. Su mano pierde toda su fuerza delante de Ohatsu que tiende los brazos en un último sobresalto de debilidad. Su agonía es atroz. La cosmovisión llega al colmo. Tokubei no quiere tardar. Debe apagar el aliento con un solo golpe. Se corta la garganta: el mango se quiebra, la hoja se rompe, sus ojos se revuelven y se empañan. Su aliento atormentado se agota en el momento

preciso de la aurora. Nadie se halla ahí para anunciarla, pero se escucha la nueva en el silbido del viento que pasa bajo las ramas de los árboles de Sonezaki: todo hombre de toda condición conocerá el despertar por este ejemplo de amor destinado a fundirse en Buda.

Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren

*EL PAJARERO EN
EL INFIERNO*

(kyogen)

Anónimo

Personajes

YAMA, Rey del Infierno

KIYOYORI, el pajarero

DEMONIOS

CORO

YAMA:

Yama, el Rey del Infierno, sale para estar presente en el Encuentro de las Vías.

(Dando voces.)

Yai, yai. ¿Dónde están mis criados?

DEMONIOS:

¡Hola! Aquí estamos.

YAMA:

Si llegan pecadores, acométanlos y arrójelos al fondo del infierno.

DEMONIOS:

Temblamos y obedecemos.

(Entra el pajarero Kiyoyori.)

KIYOYORI:

Todos los hombres son pecadores. ¿Por qué he de temer más que el resto? Me llamo Kiyoyori el pajarero. Fui bien conocido en el Planeta Terrestre. Pero el curso de mis años llegó a su término fijado: fui cogido por el Viento de la permanencia y aquí estoy, camino de la Tierra sin Sol. Sin aflicción dejo el mundo donde acostumbraba morar, el Mundo Temporal. ¿Adónde, oh, adónde me han llevado mis pies?

He llegado ya a las Seis Vías.

Porque estoy ya aquí en el Encuentro de las Seis Vías de la Existencia. Pienso en principio que iré al Cielo.

DEMONIO:

¡Ajá! Eso huele a hombre. Seguro que aquí llega un pecador. Debemos informarle.

(A Yama.)

¡Por favor, señor, acaba de llegar el primer pecador!

YAMA:

Entonces, al punto arrójesele al infierno.

DEMONIO:

Tiemblo y obedezco. ¡Escucha, pecador!
El Infierno está siempre a mano, que es más de lo que puede decirse del Cielo.

(Apoderándose de Kiyoyori.)

¡Ven, ven ya !

(Kiyoyori se resiste.)

¡Yai, yai!
Déjame decirte que estás mostrando mucho más espíritu que otros pecadores.
¿Cuál era tu ocupación cuando te hallabas en el Plano Terrestre?

KIYOYORI:

Era Kiyoyori, el famoso pajarero.

DEMONIO:

¿Pajarero? Esto está mal. Quitar la vida de la mañana a la noche. Eso es muy serio, sabes. Temo que tengas que ir al Infierno.

KIYOYORI:

Ciertamente, no me creo tan malo. Te estaría muy agradecido si me dejaras ir al Cielo.

DEMONIO:

Esto debo consultárselo al rey Yama.

(A Yama.)

¡Por favor, señor!

YAMA:

Bien, ¿De qué se trata?

DEMONIO:

De esto. El pecador dice que en el Plano Terrestre ha sido un conocido pajarero. Ahora, eso significa quitar la vida todo el tiempo; es un asunto serio y, ciertamente, debería ir al Infierno. Pero cuando se lo he dicho, respondió que lo hemos juzgado mal. ¿Qué es lo mejor que podemos hacer al respecto?

YAMA:

Lo mejor es que me lo envíes.

DEMONIO:

Muy bien.

(A Kiyoyori.)

Ven, el Rey Yama dice que quiere verte personalmente.

KIYOYORI:

Voy.

DEMONIO:

Aquí está ese pecador que mandó buscar.

YAMA:

Escúchame pecador. Tengo entendido que cuando te hablabas en el mundo te pasaste el tiempo atrapando pájaros. Eres un hombre muy malo y debes ir al punto al Infierno.

KIYOYORI:

Todo eso es cierto. Pero los pájaros que cogí fueron vendidos a los caballeros para que alimentasen sus halcones; en eso no hubo realmente daño.

YAMA:

«Halcón» es otra clase de pájaro, ¿verdad?

KIYOYORI:

Sí.

YAMA:

Entonces, no veo realmente que haya mucho daño en eso.

KIYOYORI:

Veo que comparte mi parecer. Sería a los halcones a los que habría que culpar, no a mí. Siendo así, le agradecería me permitiera irme directamente al Cielo.

YAMA:

(Recitando en el estilo del Noh)

Entonces el gran Rey del Infierno...
 Porque, si bien en la Colina de la Muerte muchos pájaros
 volaban, no había él probado ninguno.
 «Ven, toma tu pértiga».

(Gritó.)

y aquí y ahora danos una demostración de tu arte.
 Luego vete en paz.

KIYOYORI:

Nada podría ser más sencillo.
 Cogeré unos cuantos pájaros y se los regalaré a usted.

(Tomó entonces su pértiga, y gritando.)

CORO:

¡A cazar, a cazar! ¡A cazar pájaros.

*(Gritó y de pronto de los empinados senderos
 del Sur de la Colina de la Muerte, muchos pá-
 jaros llegaron volando. Entonces más rápido
 que la vista lanzó su pértiga entre ellos.)*

Los asaré.

(Gritó.)

Y cuando estuvieron cocidos, «Por favor, pruebe uno», y
 se lo ofreció al Rey.

YAMA:

(Golosamente.)

Déjame comérmelo. Déjame comérmelo.

(Se lo come, relamiéndose.)

¡Bien! ¡Debo decir que saben inmejorables!

KIYOYORI:

(A los demonios.)

¿Quizá quieran probar alguno?

DEMONIOS:

¡Oh, gracias!

(Comen golosamente y se arrebatan la comida.)

¡Quiero ese pedacito! ¡No, es mío! ¡Qué sabor!

YAMA:

Nunca probé nada tan agradable. Nos has dado tal placer a todos nosotros que voy a enviarte de vuelta al mundo para que pajarees tres años más.

KIYOYORI:

Le estoy muy agradecido, créamelo.

CORO:

Cogerás muchos pájaros: faisanes, pichones, garzas y cigüeñas. No te eludirán, sino que caerán rápidamente en la trampa fatal.

Así él, postergado, regresará al Mundo; pero Yama renuente a verlo marcharse, le regaló una enjoyada corona, que Kiyoyori borbó respetuosamente al Plano Terrestre, para comenzar su segundo tramo de vida.

Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren



Cuento

NOTAS

Para situar el cuento en el devenir histórico del Japón, hay que remontarse al siglo VII, época en que el Kojiki (Registro de Asuntos Antiguos) fue compilado. Junto a sus textos mitológicos y cosmogónicos, de sus crónicas y cronologías, ofrece algunas obras de ficción, tales como leyendas y relatos tradicionales, que constituyen los antecedentes más remotos de lo que después asumiría los caracteres propios del cuento. Pero es en el Taketori Monogatari (Cuento del cortador de bambúes), del siglo IX, que la narrativa breve —es decir, el cuento y la novela corta— tienen realmente su inicio. Son creaciones anónimas cuya incipiente elaboración artística, como es de esperar, se haya supeditada a la exposición de los hechos que relatan y en las que la poesía halla una suerte de explicación o comentario y, a su vez, los anima con su soplo vivificante.

Es ya a fines del siglo XI con el Konjaku Monogatari (Historias que ahora son del pasado), una rica colección de cuentos y leyendas que hacen de él una obra maestra, donde se encuentran narraciones capaces de interesar profundamente, como fuente de inspiración, a un escritor de la talla de Ryunosuke Akutagawa: uno de esos relatos del Konyaku, el titulado «En la espesura», fue reelaborado por él y dotado de una magnífica calidad literaria.

Siglos más tarde, en la segunda mitad del siglo XVII, Ihara Saikaku crea el ukiyo-zoshi, el cuento realista, dotando a la prosa popular de relevantes cualidades estéticas.

Saikaku se cuenta entre los tres más grandes narradores del Japón de todos los tiempos, junto a Murasaki Shikibu, la genial autora del Genji Monogatari (Cuento de Genji) y a Sei Shonagon, la seductora prosista del Makura no Soshi (Libro de cabecera), ambas damas de la Corte de Heian en Kioto.

Un paso más, en el siglo XVIII, surge uno de los más finos y magistrales cuentistas: Ueda Akinari cuyos Cuentos de lluvia y de luna revelan su sapiencia tanto en fuentes como en procedimientos, además de su impecable y fascinante factura.

Ya dentro de la sunción de la modernidad que caracteriza a la era Meiji, la obra de Ogai Mori es la más preciada. Con él y Natsume Soseki, la narrativa japonesa prosigue su brillante desenvolvimiento, el mismo que, en los términos del presente siglo, se centran en las magníficas creaciones de gran valía tales como Naoya Shiga, Junichiro Tanizaki, Ryunosuke Akutagawa, Yasunari Kawabata, Osamu Dazai y Yukio Mishima, con todos los cuales, sin embargo, no se agota tan espléndida floración.

Tal como Ki no Tsurayuki, en los albores de la literatura nipona, logró penetrar en la esencia de la poesía de su país, Murasaki Shikibu a través del Príncipe Genji, teorizó sobre la naturaleza de la novela (en verdad de toda la narrativa). Observa, entre otros aspectos, que «el escribir solo lo que es bueno y bello no es lo que concierne al arte del narrador» [...] «pero no es menos probable que le hayan impresionado numerosos casos de vicio y de insensatez del mundo que los rodea», pues «son importantes y hay que guardarlos en las trojes».

Los grandes novelistas contemporáneos que hemos enumerado, y que se hallan representados en esta antología, establecen logrados equilibrios entre la tradición vernácula, las

influencias foráneas y sus propios e intransferibles aportes. Todos ellos exploran el amor carnal en sus manifestaciones más oscuras y, en ciertos casos, aberrantes: las frustraciones, la crueldad.

Nada parece faltar a esa perturbadora temática, conforme, por lo demás, con la lúcida visión atribuida a Genji.

Digamos, finalmente, que los novelistas y cuentistas japoneses se inspiran siempre en los conflictos que asedian al corazón humano. Son el resultado de la observación —minuciosa, sutil, penetrante— de los sentimientos, pues estos son, al fin y al cabo, los que movilizan las aguas profundas de la existencia.

Javier Sologuren

EN LA ESPESURA

Anónimo (1120)

HABÍA UNA VEZ un hombre que vivía en la capital. Su mujer era de la provincia de Tamba. La acompañaba a su tierra. La mujer le precedía a caballo y él caminaba llevando en la mano un arco y en la espalda el carcaj con una decena de flechas.

Llegaron al pie del monte Oe, cuando hizo su aparición un joven robusto, armado con un solo sable; se proponía seguir camino con ellos. Trabaron amistad y mutuamente se dieron a conocer sus destinos («¿Adónde vais? ¿Y vos?»).

Al cabo de un momento, el hombre del sable dijo: «Este sable que veis en mi mano es una curiosidad proveniente del país del Mutsu. Observadlo bien».

Lo desenvainó y se lo mostró a su compañero de ruta. Era en efecto un sable espléndido. El marido no podía disimular su codicia. Advirtiendo su expresión, el hombre del sable dijo: «Si deseáis este sable os lo puedo cambiar por vuestro arco».

El hombre que llevaba el arco sabía bien que este no era de un gran valor. Como codiciaba este excelente sable, halló el asunto «bien provechoso» y aceptó el cambio sin la mayor vacilación.

Prosiguieron así su viaje.

Más tarde, el joven hizo otra petición: «Me siento ridículo al no poseer sino un arco. ¿No podréis, en tanto que atravesamos las montañas, prestarme un par de flechas? Estaré en condiciones de protegeros, ¿no lo creéis?».

El marido aprobó la propuesta y, siempre bajo la excitación de haber adquirido un buen sable a cambio de un arco sin valor, le dio las flechas solicitadas. El joven continuó su viaje con las flechas y el arco, y guardando cierta distancia detrás de la pareja.

El marido, que había llevado su carcaj a la espalda, tenía el sable a su costado.

Hacia mediodía, penetraron en una espesura para almorzar. El joven propuso: «cerca del camino, nos sentiremos incómodos al ser vistos por los viajeros. Entremos un poco más adentro».

Se adentraron en la espesura. El marido ayudó a su mujer a bajar del caballo.

De pronto, el joven puso una flecha en su arco y, tensándolo algo más, se volvió hacia el marido: «si hacéis el menor movimiento, os mataré», dijo.

El hombre, sorprendido por este brusco cambio, quedóse boquiabierto, sin encontrar explicación a tal gesto. El joven amenazó entonces: «¡Caminad en dirección a la montaña! ¡Caminad!».

Condujo a su mujer y caminó siete u ocho hacia el fondo de la montaña. «¡Arrojad el sable y el cuchillo!», ordenó el joven. El hombre obedeció. El joven recogió las armas y, con la brida del caballo, ató al marido a un árbol. Se acercó entonces a la mujer.

Tenía una veintena de años y, aunque de modesto origen, era encantadora y tenía la tez fresca.

El joven la contempló con embeleso y olvidándose de cualquier otra preocupación comenzó a desvestirla. No hallando cómo resistir, ella lo hizo por sí misma. A su vez, el joven se desnudó y se arrojó sobre ella.

Se echaron por tierra. La mujer tuvo que resignarse a lo que el joven deseaba. ¿Y qué pensaba el marido, atado al árbol, al

verlos? Al cabo de un momento, el joven se puso de pie, se vistió, cogió su carcarj, puso el sable a su costado, tomó el arco y montó a caballo. «Me inspiráis compasión», le dijo a la mujer, «pero no puedo hacer otra cosa que irme. En cuanto a este hombre, es por vos que le hago el favor: no lo mataré. ¡Me llevo el caballo para huir a toda prisa!». Desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Jamás se le pudo encontrar.

Entonces, la mujer se acercó a su marido y lo desató. Parecía aún todo atontado por lo que acababa de suceder. Dijo la mujer: «¡Qué cobardía! ¿Cómo podréis de aquí en adelante merecer mi estima si así continuáis conduciéndoos?».

El hombre no tuvo respuesta que dar y reanudaron su camino hacia Tamba.

El joven tenía un corazón noble: no se había apoderado de los vestidos de la mujer. Pero el marido tenía muy poca firmeza: pues es de tontos ofrecer su arco y sus flechas a un desconocido de la montaña.

Del joven no se tuvo noticias.

Este es el relato tal como fue hecho.

Traducido del francés por Javier Sologuren

*LA PRINCESA QUE AMABA
A LAS ORUGAS*

Anónimo (s. XII)

CONTIGUA A LA MORADA de la Princesa que amaba las mariposas se hallaba la de la hija del Gran Consejero e Inspector de la Administración Provincial. De una sensibilidad y de una belleza poco comunes, era objeto de los cuidados diligentes de sus padres. Se complacía en decir: «ese gusto que veo generalizado por las flores y las mariposas es el signo de un espíritu superficial y vulgar. Pues es necesario, en todo, buscar la esencia y la profundidad: si el corazón posee una belleza, es de ese modo que se la alcanza».

Así, pues, había escogido, de la muchedumbre de insectos, los que inspiran el mayor asco, y los conservaba en diversos cofrecillos. Explicaba: «De todos. El más interesante es la oruga. Contiene misterios que me conmueven el corazón».

Clavaba su ardiente mirada en las orugas que hacía rodar en sus cajas, mañana y tarde, revolviendo, con gesto repetido, sus cabellos detrás de la oreja.

Como el espanto hacía huir a sus doncellas, tuvo que valerse de muchachitos de baja extracción, pero de corazón valiente, para enriquecer sus colecciones y partir a la caza de nuevos insectos. Hasta tenía el placer de inventar clasificaciones. «Los aires postizos son la fuente primera de todo mal», afirmaba. Por ello, jamás aceptó la costumbre de depilarse las cejas y contra quienes se aplicaban un esmalte negro sobre los dientes experimentaba la más feroz hostilidad: moda —decía— «tan incómoda como repulsiva».

Luciendo una sonrisa de blancura resplandeciente, mostraba por sus queridos insectos una afección constante. Reprobaba, con su sombría voz, a sus doncellas amedrentadas sus huidas timoratas. «¡Las impertinentes! ¡Las necias!» —decía— y las fulminaba con sus miradas tanto más glaciales cuanto que sus ojos estaban guarnecidos con espesas cejas carbonosas que aterraban a las cuitadas.

Tales extravagancias afligían a sus padres, que decían: «Aunque sea probable que obedezca a motivos secretos, eso no es normal».

A sus intentos de disuasión, la princesa respondía con inteligencia.

Acabaron por renunciar ante una habilidad que los desarbaba. Toda tentativa era vana: «Pensad en los rumores que van a correr. Solo la belleza cuenta a los ojos de la gente. Si alguna vez oyeran decir: ama esas horribles orugas...».

«Poco me importa», contestó. «No hay en el mundo real nada que no revele su verdad, una vez sometida a la búsqueda de su origen y a la verificación de su fin. El odio contra las orugas me parece proceder del infantilismo, pues estas se convierten en mariposas».

Y les mostró precisamente una oruga en mutación. «La seda con la que nos gusta vestirnos se produce —explicó— por un gusano incapaz de hilar la seda y no tiene razón de ser».

A fuerza de argumentos, sus padres quedaron boquiabiertos. Desde entonces, rehusó ver a sus padres, dando como motivo: «Las mujeres y los monstruos prefieren permanecer invisibles».

Sumergida en sus meditaciones, se enclaustraba en su aposento, las persianas ligeramente levantadas, las doncellas escuchaban sus murmullos solitarios y los comentaban de esta suerte: «No se puede negar su arte en la crianza de las orugas... ¡pero qué asco!».

«¡Curioso juguete!».

«¡Bien quisiéramos conocer a las muchachas que tienen el honor de servir en casa de la princesa que ama las mariposas!».

Una de ellas, de nombre Hyoe, dijo entonces:

*«Dadme razón de ese oficio fatal
en el que veo cada día a la Señora Oruga».*

Otra, llamada Kodaifu, exclamó muriéndose de risa:

«Feliz quien puede hablar de flores, de mariposas...
Mi espectáculo es un mundo donde apestan las orugas!»
Cotorreaban aún:

«¡Ah, la malvada!».

«Tiene orugas por cejas...».

«¡Y sus encías...

...deshidratadas!».

Una tercera, de nombre Sakan, dijo:

«Ninguna necesidad de abrigo cuando llegue el invierno:

¡Pues tengo contra él un batallón de gusanos de seda!».

Pero una vieja maliciosa intervino: «¡Acabad con vuestros chillidos, tontuelas! La princesa que ama las mariposas carece de encantos. Os falta cordura. Por otra parte, cuando se tiene orugas, ¿por qué hablar de mariposas, que son, de veras, simples orugas despojadas? Nuestra princesa emprende precisamente una investigación sobre este asunto. Es un vasto objetivo. Atrapad una mariposa y mirad vuestras manos maculadas de polvo: ¿halláis en esto placer? Sin hablar de costras que aparecen de pronto en vuestra piel. ¡Qué horror! ¡Es inconcebible!».

Pero estos discursos tuvieron el don de exasperar a las doncellas, que redoblaron sus sarcasmos.

La princesa hallaba para los muchachitos que la proveían de orugas recompensas que satisfacían sus gustos particulares: eso los decidió a buscarle insectos aun más repugnantes.

«¡Adoro los pelos de las orugas! ¡Qué irritación el ver que no son más numerosas!

Reclamó mantas y caracoles, entonando, con voz desagradable, cantos en su honor:

*«Caracol, saca tus cuernos
Caracol, márchate a la guerra
¡Zig y zag! ¡Zig y zag!».*

Motejaba a los muchachitos con nombres de animales.

«Los nombres habituales me cansan», se quejaba. Los llamaba topo, grillo, sapo, víbora, saltamontes, ciempiés. Tamaña novedad no pasó inadvertida. El asunto llegó a oídos malévolos, pero también más acogedores: a los de un noble del que se decía ser inescrupuloso y encantador. «He aquí algo a lo que ella no se resistirá» —se dijo y confeccionó, con un suntuoso ceñidor, un simulacro de serpiente. Movido por un artificio, lo recubrió íntegramente con un forro escamoso al cual le sujetó un poema:

*«Quiero arrastrarme a vuestros pies silbando
son infinitos los nudos de mi alma y mi cuerpo».*

La sirvienta que lo recibió remitió el saco a la princesa, diciéndole: «Extraño: ¡para ser un saco es muy pesado!».

No bien la princesa lo hubo abierto, vio aparecer la cabeza de la serpiente.

Contrastando con los gritos de espanto de las mujeres, la princesa repetía impasible: «*Namu Amida Butsu Namu Amida Butsu...*».

Pero mientras ella volvía la cabeza, se percibió un temblor en su voz: «En una vida anterior, estaba emparentado ciertamente conmigo. Conservad vuestra calma».

Añadió con un soplo: «Bien quisiera un pariente tan joven y tan bello. ¡Qué vil espíritu anima esa cabeza de chorlito!».

Quiso que se acercaran y sus ademanes inquietos recordaban la ávida movilidad de la mariposa en la flor. Las sirvientas notaron en su voz un rechinar de cigarra, tan chistoso que ellas se expandieron en un tumulto de risas.

Puesto al corriente del asunto, el padre de la princesa exclamó:

«¡Qué nueva inconveniencia me refieren! Y vosotras, pequeñas atolondradas, ¿cómo osáis abandonar a mi hija?».

Apareció con el sable desenvainado. Miró la serpiente y, sin tardar en comprender el subterfugio, la cogió. «¡Qué trabajo admirable!», exclamó. «Este hombre ha debido escuchar estos razonamientos: «He aquí una damita que se las da de sabia y le tiene afecto a las orugas». «¡Vaya, pequeñas parlanchinas, llevadle la respuesta! ¡Que esto acabe pronto!».

Habiendo comprendido al fin de qué se trataba, las mujeres se mostraron indignadas de la audacia del bromista. Le insinuaron a la princesa: «¡Si vos respondéis, vos lo exponéis a una gran decepción!».

La princesa se procuró una hoja sencilla, sin ornamento alguno y escribió en *katakana*:

*«Un linaje secreto une nuestras dos vidas,
Más allá de la muerte perderéis esta forma».*

Esperadme en el jardín de la tierra bendita.

El Jefe de las Caballerías Imperiales, el noble, recibió la respuesta y dijo: «¡Qué carta extraordinariamente escrita!».

Quiso a toda costa ver a su autor. Tomando como cómplice a su amigo, general, se vistió con él de mujer y se dirigieron hacia el Gran Consejero, padre de la princesa, en su ausencia.

Se ocultaron en el lado norte, donde vivía la princesa, detrás de un murete.

Pero un muchachito, que se deslizaba entre las plantas, le dijo a la princesa:

«Allá, debajo de ese árbol, hay muchos gusanos. Está muy bien. ¡Id a verlo!».

Y levantando las persianas, le dijo a la princesa: «Hay muchas hermosas orugas como esta».

Ella respondió con voz grave: «Perfecto. Traédme las».

«Hay tal masa de orugas que no puedo distinguirlas. Venid, pues, a echarles un vistazo».

La princesa se levantó vivamente.

Miró por el lado de las ramas, levantando las persianas. El cuello de su vestido se alzaba casi enteramente sobre su cabeza. Sus sedosos cabellos caían con naturalidad sobre sus hombros, pero no estaban peinados con el cuidado necesario como para aparecer resplandecientes. Sus cejas, de un negro azabache, que brillaban como una flor, le daban frescura a su mirada. Su boca, encantadora y pueril, estaba limpia de esos aderezos tan corrientes entre las mujeres.

Pero: «¡Cómo realzarían los afeites su hermosura!» «¡Qué lástima!», se dolía el hombre.

Pero al desorden de su apariencia, la mujer no tenía nada feo: se advertía en sus rasgos un aire sorprendentemente determinado, insuperable y como enriquecido de ornamentos naturales que, sin embargo, reclamaban otras galas. Su vestido de seda era beige sobre fondo blanco y la chaqueta estaba adornada con dibujos de saltamontes y llevaba un pantalón blanco.

Había salido para observar mejor el insecto. «¡Oh maravilla! ¡Miradlas avanzar huyendo adoloridas de las quemaduras de un sol demasiado luminoso. Chiquillo, haced que caigan una tras otra, hasta la última!».

Las orugas fueron así completamente precipitadas.

Y, presentándose con un abanico blanco donde se ejercitaba en la caligrafía, le dijo al niño: «Ayúdame con alguien para recogerlas».

Él obedeció.

«Cada vez más extravagante» murmuraron los dos jóvenes, «pese a que su belleza supera toda descripción». Avistaron al muchachito: «ciertamente es demasiado...».

El muchachito reparó en estas dos pretendidas mujeres y dijo: «Detrás del murete un hombre muy hermoso (¡pero muy sorprendente!) está al acecho».

Una sirvienta apareció entonces y dijo: «Está visto que esto empeora».

«Le informaré al amo que vos jugáis todavía con insectos. Y que no teméis hacer alarde de ello. No dejaré de decírselo».

La princesa prosiguió dando órdenes desde la persiana y el chiquillo obedeció. Asustada, la sirvienta no osaba acercarse. Decía: ¡Volved a casa, os lo suplico, carecéis de discreción!».

La princesa no veía en estas conminaciones sino el pretexto de interrumpir sus búsquedas. «¡No cambiaré mis proyectos! ¡Qué encontráis para criticarme? Sed razonable. ¿Creéis que miento? Detrás del murete hay un curioso cuya apariencia me hace ruborizar. Si persistís en continuar vuestras observaciones, hacedlo en lo sombrío de la casa».

—¡Sapoj, añadió la princesa. «Id a ver si lo que dice es cierto». El chico se dirigió allá corriendo y de vuelta dijo: «Tiene razón. Hay alguien».

La princesa recogió enseguida todas las orugas que escondió en su manga y se precipitó a su casa.

Era de talla mediana. Sus cabellos caían en abundancia sobre sus hombros. Como no estaban cortados netamente, no parecían espesos, pero su aspecto uniforme daba la mejor impresión.

Una joven trivial, menos notable que la princesa, puede lograr su belleza sabiéndose arreglar. La princesa, altiva, tenía una frescura, un encanto, un misterio que la distinguía de todas las mujeres del mundo.

«¡Qué pena que tenga un corazón tan monstruoso, tan enigmático... y los aires que se da...». El hombre añadió: «No sabría volver con las manos vacías. ¡Que pueda verla al menos!».

Tomó un pañuelo en el cual escribió con zumo de hierba:

*«¡Quisiera poseer estas orugas de piel
Rica como tu corazón y como tus cejas!».*

Se dio un golpe en la mano con el abanico. El chico acudió. «Dadle esto a la princesa», ordenó. El pequeño obedeció y le repitió a la sirvienta la orden del príncipe.

La sirvienta cogió el pañuelo: «Cada vez más sospechoso —dijo—. Es con seguridad del jefe de las Caballerizas que procede este mensaje. ¡Debe ser sensible a este rostro radiante en medio de los repugnantes insectos!».

Reconvino a la princesa, la que respondió: «Cuando el espíritu arriba a sus propios límites, ya no se tiene vergüenza. En este mundo efímero como un sueño, ¿quién puede distinguir el bien del mal?».

La sirvienta no sabía qué responder a este razonamiento y se inquietaba por el giro de los acontecimientos.

Todas las mujeres compartían la misma perplejidad, dejando a los jóvenes en espera.

Una sirvienta, movida por la compasión hacia el joven, contestó por la princesa:

*«Mi corazón no es semejante al de las demás mujeres:
Le digo a la oruga también: decidme vuestro nombre».*

A lo que él contestó:

*«Vuestras cejas son tan peludas como las orugas,
Vuestro pensamiento inimitable e igualmente denso».*

Y partió riéndose a carcajadas.

Traducido del francés por Javier Sologuren

LA LADRONA
MISTERIOSA

Anónimo (s. XIII)

ÉRASE UNA VEZ (esos tiempos han caído en el olvido) un hombre de treinta años: gastaba barba de reflejos pelirrojos, lucía esbelto. Era un sirviente.

Se paseaba por el crepúsculo en las inmediaciones de... cuando avistó, a la sombra de una persiana, una mano que lo llamaba. Se acercó: «¿Qué deseáis?».

Una voz femenina contestó: «Tengo algo que deciros. La puerta parece cerrada con cerrojo; pero empujadla, se abrirá. Pasad, pues».

El hombre, bien alerta, obedeció. La voz ordenó: «¡Corred el pestillo!».

El hombre lo hizo. «Entrad», continuó la voz. El hombre entró. Invitado a pasar detrás de la persiana, sus ojos se dieron con un aposento agradablemente decorado, al fondo del cual una mujer joven se hallaba sentada. Su juventud resplandecía y sus maneras eran afables. Parecía frisar los veinte años. Hizo una señal, sonriendo. El hombre se acercó. La inmediatez de esos gestos lo comprometía a acatar la imperiosa voluntad de la joven. Ambos se echaron lado a lado.

Como no veía a nadie más en la casa, el hombre se preguntó dónde se encontraba. Pero se hallaba hechizado por la mujer. Y el deseo se apoderaba cada vez más de ellos. Permanecieron acostados insensibles al ciclo del día.

Por la noche, alguien tocó la puerta. Al no ver a ningún sirviente, el hombre fue a abrir. Dos hombres aparecieron vestidos de sirvientes y una mujer con maneras de criada, acompañados de otras de baja condición.

Bajaron los postigos, encendieron fuego, le sirvieron a la pareja, en fuentes de plata, manjares muy apetitosos.

Una duda hizo presa del hombre: «Al entrar, cerré la puerta. Después esta mujer no ha hablado con nadie. Entonces, ¿cómo a estos sirvientes se les ha ocurrido traerme a mí también una comida? ¿No tiene ella otro hombre sino yo?».

Pero bien que estando presa de estas conjeturas, tenía tal hambre que se lanzó a comer. A la mujer no la retenían ni las preocupaciones ni la decencia y comió al parecer hasta hartarse. Terminada la comida, una mujer que fungía de doncella levantó las mesas. Y la mujer ordenó al hombre que corriera el pestillo. Ellos volvieron a acostarse.

Al rayar el día, alguien llamó a la puerta. El hombre abrió. Unos desconocidos, diferentes de los de la víspera, entraron, abrieron los postigos, limpiaron el aposento. Más tarde, trajeron la sopa y el arroz que luego sirvieron. Lo mismo hicieron a mediodía. Y desaparecieron.

Así transcurrieron dos o tres días. La mujer entonces le preguntó al hombre: «¿Hay un lugar a donde debéis dirigiros?».

El hombre contestó: «Debería ir a ver a unos amigos míos...».

Contestó ella: «Bien, hacedlo pronto, por favor».

En un instante, tres domésticos de librea trajeron un caballo provisto de sus respectiva silla y su palafrenero. Sacaron de un cuarto pequeño un suntuoso vestido. El hombre se lo puso y montó a caballo. Salió escoltado por esos hombres dóciles y fieles.

Cuando volvieron, caballo y hombres desaparecieron sin que la mujer hiciera observación alguna. La comida fue servida sin que ninguna orden previa hubiera sido dada, y los tres sirvientes partieron con el mismo discreto misterio.

La vida prosiguió así, sin que faltara una sola comodidad, durante una veintena de días. La mujer le dijo entonces al hombre: «No estamos uno y otro unidos por los azares de este mundo. La necesidad, me parece, es la ley que nos gobier-

na. No pienso pues que me contradigáis si os afirmo que de mí depende que viváis o muráis».

«En verdad —respondió el hombre—, que vos me déis la vida o la muerte, es asunto de vuestro corazón».

«Vedme regocijada por ello», le contestó.

Siguieron comiendo. Como de costumbre, durante la siesta nadie acudió. Dijo la mujer: «Venid por acá» y lo condujo a un edificio retirado. Le ciñó el cuello con una soga y la enganchó a un mecanismo llamado «torno». Le desnudó brutalmente la espalda. Le ató las piernas entre sí haciéndole doblar las rodillas. Se puso un sombrero de hombre y un hakama «de caza». Se descubrió un hombro y cogió un látigo. Flageló la espalda del hombre con ochenta latigazos.

«¿Cómo os sentís?», le preguntó.

«No siento nada», le contestó.

«Es la respuesta que me agrada», dijo y le hizo beber una infusión de arcilla y vinagre. Hizo que se echara al suelo que había limpiado de la sangre derramada.

Al cabo de un instante, despertó al hombre que había recobrado fuerzas y le trajo algo de comer. Lo cuidó. Tres días más tarde, las heridas parecían estar curadas. Entonces, lo volvió a llevar al mismo sitio, lo ató al torno y le azotó las cicatrices. La sangre chorreó en los surcos abiertos, en carne viva, pero ella continuó asestándole ochenta latigazos.

«¿Podéis soportarlo?», le preguntó. El hombre no pestañeó.

«Mi humor es el mismo», contestó.

Conmovida más hondamente que la primera vez, lo felicitó y lo cuidó con esmero.

Cuatro o cinco días más tarde, volvió a coger el látigo, pero a sus golpes el hombre respondía: «No es nada».

Impresionada en extremo, lo felicitó de nuevo y lo cuidó los días siguientes. No bien sus cicatrices se cerraron, la mujer lo vistió por la noche con un hakama «de caza» negro y le prepa-

ró una aljaba, medias y calzados. Y le dio órdenes y los detalles siguientes:

«Ahora os debéis dirigir a la puerta de Tadenaka. Pellizcaréis la cuerda del arco. Se os contestará con el mismo gesto. Silbaréis y harán lo mismo. Os acercaréis y se os preguntará: ¡Alto quién vive! Contestaréis: He llegado. Se os conducirá a un lugar y obedeceréis. Permaneced en el lugar donde se os ordenará manteneros. Si pretendieran agrediros, sabed defenderos. Y os dirigiréis al pie del monte Funaoka, donde las cosas se arreglarán, pero jamás aceptéis la parte que os será concedida».

Habiéndose asegurado que el hombre había comprendido, marchóse.

El hombre, como se le había dicho, llegó al lugar indicado. Fue acogido tal como se esperaba. Una veintena de sujetos, vestidos al igual que él, lo aguardaban. Algo apartado, percibió a un hombre de baja estatura, de rostro pálido: los demás hombres parecían estarle sometidos. Había además una treintena de hombres de armas tomar. Se decidió, allí mismo, la posición de cada uno y entraron en banda a la capital. El objetivo por alcanzar era una gran casa. Se agruparon de dos en dos, a una veintena de hombres para destinarlos a la casa que rodeaban, mientras que el resto penetraba en la mansión. A guisa de prueba, nuestro hombre fue situado frente a la parte más peligrosa de casa y, en efecto, apareció de pronto un hombre quien tensó su arco. Pero nuestro hombre se defendió de maravilla y mató al enemigo. Entonces se volvió hacia sus compañeros cuyos combates dispersos contempló. Acabada la rapiña, se dirigieron hacia el monte Funaoka donde procedieron a repartirse el botín y ofrecieron al hombre su parte. Pero el hombre respondió: «No quiero nada. No he venido sino para aprender el oficio».

El hombre que se mantenía apartado y parecía ser el jefe manifestó entonces su satisfacción. Se ordenó la dispersión.

Cuando el hombre volvió a casa, el baño estaba preparado, la comida lo esperaba. Una vez que baño y comida acabaron, se acostó con la mujer. No le podía ocurrir separarse de ella y su amor le invadía de tal modo el corazón que no hallaba en su trabajo ninguna desventaja. La aventura se repitió siete u ocho veces.

Estaba armado ya con un sable de atracador, ya de un arco para vigilar las puertas. Había asumido con tal destreza el rol que se esperaba de él que su vida se mantenía sin cambio alguno.

Un día, la mujer sacó una llave, diciéndole: «Llevádlle al norte de la sexta avenida, cerca de... . En esos parajes hay varios almacenes. Abrid aquel que convenga y escoged lo que os parezca bien. Haced un paquete con ello. Numerosos cargadores viven en los alrededores. Pedidle a uno de ellos que os ayude a transportar el objeto hasta aquí».

Se dirigió al lugar que le había señalado donde encontró, en efecto, muchos depósitos. Abrió aquel que ella le había recomendado y halló todo lo que deseaba.

Quedó maravillado: «¡Qué cosa más singular!».

Tomó un coche con el que transportó, tal como había sido previsto, el objeto deseado.

De esta manera, dos o tres años transcurrieron.

Un día, sin embargo, halló a la mujer sollozando y con aire alarmante que lo sorprendió a él que desconocía esas manifestaciones. Le preguntó: «¿Qué os sucede?».

Respondió: «La idea de tener que separarme un día de vos, me deja desamparada».

—Pero ¿por qué pensarlo ahora?

—Son cosas que advienen en este mundo efímero...

El hombre no tomó en serio esas palabras. Ella dijo que saldría de viaje. Asunto de dos o tres días. Y durante la noche, hi-

zo que el caballo y la escolta no se movieran del lugar, confiando obtener de esta los servicios acostumbrados. Pero a partir de la noche del siguiente día en que los vio salir para el paseo, estos no volvieron más. «Debió retornar en la mañana. ¿Qué ha pasado?».

Los buscó por doquier inútilmente. Atónito, tomó un caballo y regresó rápidamente. No quedaba huella alguna de la casa. Se dirigió al emplazamiento del almacén. Pero allí tampoco encontró nada. Como nadie estaba allí para informarle y no sabiendo qué hacer, al fin comprendió lo que le había dicho la mujer. No teniendo otra solución, se hizo acoger por un viejo amigo y reanudó sus costumbres: robó para él mismo y repitió el hecho varias veces. Pero entre tanto, se hizo arrestar. Fue interrogado y confesó toda su aventura sin omitir nada.

A decir verdad, es una historia extraordinaria. ¿Esa mujer era el avatar de algún demonio? ¿Cómo es que, un día, una casa y su cochera podían volatilizarse? Es curioso y tanto más enigmáticos son el número de sirvientes y la fortuna arrebatados, desaparecidos. Igualmente irreal es el poder de una mujer que, sin dejar la casa, sin mediar órdenes, hacía trabajar a aquellos hombres en determinados momentos.

El hombre había pasado dos o tres años en la casa sin comprender de dónde volvía. Jamás pudo saber, aunque fuera capaz de reconocerlos, quiénes eran esos hombres que integraban esas bandas de saqueadores. En su espíritu solo había esa figura débil, pálida y solemne a la luz de las antorchas: ningún signo de virilidad de esta imagen.

El hombre dijo que tal visión recordaba a su amante. Pero por falta de pruebas, no ahondó en la suposición.

Es el relato del extraño acontecimiento, tal como fue.

Traducido del francés por Javier Sologuren

LA NARIZ

Anónimo (comienzos del s. XIII)

HABÍA UNA VEZ en Ikeno un monje llamado Zenchin Naigu que conocía a la perfección el esoterismo de Shingon: sus largos años de práctica le habían granjeado la estima general. Sus plegarias satisfacían los votos de cada cual: esto le había permitido hacerse de una fortuna. Ni la sala del templo ni el monasterio se hallaban en absoluto deteriorados. Los faroles estaban constantemente encendidos. Las ceremonias y los sermones eran tan frecuentes que en el recinto del templo se veía un vaivén incesante de monjes. El agua para el baño se calentaba, sin excepción, diariamente. Se disponía de ella en abundancia. En torno del templo, se construyeron casas, las mismas que integraron un burgo lleno de vida.

Ahora bien, Naigu tenía una larga nariz, la que alcanzaba más de cinco pulgadas, sobrepasándole el mentón. De color escarlata, su superficie tenía granos como la cáscara de la naranja. La comezón era insoportable.

Tenía por costumbre valerse de agua caliente en un cubo y de una bandeja donde se había abierto un agujero del grosor de su nariz. Introducía allí la nariz, de tal suerte que el vapor no le quemara el rostro y la remojaba en el agua caliente. Hervida en su punto, la nariz tomaba un color púrpura bien acentuado. Naigu enseguida se echaba al suelo y, colocando bajo su nariz algo con que sostenerla, hacía que se la pisotearan. Entonces se escapaban de los poros en cáscara de naranja una

especie de humo. Al aplastarse con mayor fuerza, aparecían unos gusanos blancos que extraían con una pinza pequeña. En cada poro había un gusano blanco de cuatro pulgadas de largo.

Después de esta operación, la nariz parecía un colador, la volvía a sumergir en el agua caliente como para enjuagarla: al cocerse se encogía retomando su talla normal.

Pero solo bastaban dos o tres días para que la nariz se estirara enormemente.

Los días en los que su nariz estaba larga, que eran los más frecuentes, le pedía, para sus comidas, a un novicio que sostuviera una plancha de un pie por una pulgada debajo de su nariz: el novicio se situaba delante de su amo y mantenía la nariz levantada durante toda la comida. A Naigu le había sucedido tener que pedir a otros monjes que lo hicieran, pero la plancha estaba entonces en equilibrio inestable. Se apoderaba de él una cólera violenta y terminaba por no comer nada. Es así pues que llamaba al novicio para cada comida.

Un día, el novicio, que se hallaba indispuerto, no pudo presentarse. No encontrando a nadie que le sostuviera la nariz durante el desayuno, Naigu se sintió perdido. Un niño, que hacía de recadero, vio al novicio enfermo y le dijo: «Le puedo sostener la nariz. Me las arreglaré mejor que vos».

El novicio presentó al chico a su amo: «Este chico está pronto a tomar mi lugar».

El amo, al ver a este niño limpio y dotado de gracia, lo dejó entrar.

El niño tomó la plancha, se sentó convenientemente de cara al monje y levantó la nariz a la altura deseada, sin forzar. El amo comenzó a tomar su sopa de arroz.

«Lo haces muy bien», le dijo, «mucho mejor que el novicio».

Prosiguió tomando tranquilamente su sopa. De pronto, el chico resopló como si le picara la nariz y estornudó precisa-

mente contra el rostro del monje. Le temblaron las manos, la plancha perdió su equilibrio, la nariz cayó sumergiéndose en la sopa y salpicando la cara del monje.

La cara del chico estaba cubierta de granos de arroz. El monje montó en terrible cólera y, enjugándose, gritó: «¡So pedazo de granuja», ¡estúpido y torpe! ¡Estos son los epítetos que te convienen! ¡Cuándo sostengas la nariz de otras personas refinadas, recomenzarás con tus sandeces! ¡Insoportable cretino! ¡Largo de aquí!».

Lo echó a la calle.

Al salir, el niño dijo: «Si se hallara en el mundo una nariz semejante a la vuestra iría de buen grado a sostenerla. ¡Qué majaderías tiene uno que escuchar!».

Al oír esos gritos, los novicios reventaban de risa, agazapados al fondo de la sala.

Traducido del francés por Javier Sologuren

*EL TÚMULO DE LA
JOVEN DE UNAI*

Anónimo (fines del s. XI)

ÉRASE UNA VEZ, mucho tiempo ya, una joven que moraba en el país de Tsu. Esa joven era requerida por dos pretendientes. Uno de ellos, que vivía en la misma comarca, llamábase Mubara; el otro, era de la provincia de Izumi, llamábase Chinu. Ambos jóvenes se parecían en edad, belleza, presancia y rango. La joven aceptaría a quien le mostrara más amor; pero, así mismo, el amor de ambos era semejante.

Al caer la noche, llegaban ambos. Cuando le daban sus regalos estos eran de la misma especie y valor. No se podía decir que uno de ellos superarse al otro. Y el corazón de la doncella era presa de gran tribulación.

Si el ardor de los mozos no fuera intenso, la joven no habría aceptado las promesas de ninguno de ellos; mas como, día tras día y mes tras mes, uno y otro acudía siempre a su puerta para expresarle su amor de mil modos, no sabía por quién decidirse. Bien que no desease aceptar sus presentes, proseguían con ellos sin cesar. Sus padres le decían:

—Es lástima que los meses y los años se pasen así, sin hacer caso de las quejas de los otros. Si desposáis a uno de ellos, el amor del otro se extinguiría.

Pero la joven replicaba:

—Así también lo pienso. Pero como el amor de los dos es igual, ¿no sé qué consejo seguir!

Ahora bien, en aquel tiempo existían parapetos sobre el río Ikuta. Entonces los padres de la doncella le pidieron a los pretendientes que vinieran, y les dijeron:

—Como vuestro amor por nuestra hija es igual, ella se encuentra en una terrible confusión, pero hemos resuelto decidir hoy este asunto, al precio que fuere. Uno de vosotros viene de una tierra lejana y otro habita aquí, pero habéis dado pruebas de inmenso amor. Ambos despertáis en nosotros gran piedad.

Los jóvenes se alegraron mucho. Entonces los padres continuaron:

—Tirad vuestras saetas contra el ave acuática que se recrea sobre las aguas del río. Ofrecemos nuestra hija a quien logre alcanzarla.

Ambos exclamaron:

—¡Excelente idea!

Y dispararon sus flechas. Pero una de ellas atravesó la cabeza del ave; la otra, la cola, de modo que no se pudo saber quién resultó vencedor. Dijo entonces la joven, desalentada:

*¡Cansada de la vida,
arrojaré mi cuerpo
como un fardo, en el país de Tsu,
en las aguas de Campo de Vida (Ikuta)
que es para mí un nombre apenas!*

Y, con tales palabras, del parapeto sobre el río, se precipitó en sus aguas. No bien oyeron los gritos de los aterrorizados padres de la joven, los enamorados se sumergieron en el mismo sitio; uno la asió por los cabellos y el otro por la mano. Ambos murieron con ella.

Los padres se lamentaron ruidosamente. Recogieron el cuerpo de la hija y llorosos la sepultaron. Llegaron los padres de los jóvenes. Pero cuando quisieron enterrarlos al lado de la sepultura de ella, los padres de la joven del país de Tsu dijeron:

—Es natural que un hombre de este país sea enterrado aquí. Mas el hijo de un país extranjero no debería reposar en esta tierra.

Entonces, los padres del joven del país de Izumi trajeron, en un barco, tierra de allá, y pudieron, al fin, darle sepultura al cuerpo del hijo. Y es así como aún existen los túmulos de ambos jóvenes, a la derecha e izquierda del túmulo de la doncella.

Traducido del francés por Javier Sologuren

EL CALDERO DE KIBITSU

Ueda Akinari (1734–1809)

«**C**ON UNA MUJER CELOSA es difícil convivir, pero una vez llegada la vejez, se reconocen sus méritos». ¡Ah! ¿De quién son estas palabras?

Aun cuando el daño no sea excesivo, es un obstáculo a los asuntos del marido, es la ruina de todos sus bienes y es molesto evitar la maledicencia de los vecinos más cercanos; pero, cuando el daño alcanza grandes proporciones, es la pérdida de una familia, la ruina de un país y, con el tiempo, la irrisión de todo el Imperio. Quienes, desde los orígenes, fueron víctimas de este veneno, se ignora cuántas fueron. En lo concerniente a las que, después de muertas, se tornan serpientes monstruosas, o que, blandiendo el rayo sacian su venganza, ¡aunque se ponga en salmuera su carne lacerada, aún sería insuficiente! Tales casos son raros. Si el marido predica con el ejemplo, arreglando convenientemente su propia conducta, por ese mismo hecho, habrá espantado sus cuitas, mientras que, con una conducta frívola, aun pasajera, no hará sino estimular la índole perversa de su mujer y es él mismo quien había suscitado su propia aflicción. «El control sobre el ave reside en la fuerza de carácter; el control de la esposa reside en la firmeza viril del marido», se dice, y, en verdad, así sucede manifiestamente. En la provincia de Kibi, distrito de Kaya en la aldea de Niise, había un hombre llamado Izawa Shodayu. Su abuelo había estado al servicio de los Akamatsu de Harima, pero durante los disturbios del año 1 de Kakitzu, que vio su desa-

parición en 1441, había dejado su residencia y llegado a este lugar. Durante tres generaciones, hasta Shodayu, labrando en primavera, cosechando en otoño, la familia había vivido allí en la abundancia. Ahora bien, su hijo único, Shotaro, manifestaba extrema repugnancia por los trabajos del campo y además se daba a la bebida, se libraba al libertinaje y no respetaba las órdenes de su progenitor. Sus padres se afligieron por ello, y de aquí lo que concertaron en secreto: «¡Ah! Si lo hiciéramos desposarse con una joven bonita y de buena familia, cederá por sí mismo a la razón!». Como, según tal designio, buscaban a través de toda la provincia, hallaron, muy a propósito, un casamentero que les dijo: «La hija de Kasada Miki, el sacerdote de Kibitsu, es de carácter agradable, sirve bien a sus padres; además sabe componer un poema y es diestra en el koto. Proveniente, en su origen, de Kibi no Kamowake, su familia es de excelente extracción, una alianza con vuestra casa se presentaría, pues, bajo felices auspicios. Por mi parte, lo que deseo es que este asunto llegue a su término. Y vos, señor, ¿cuál es vuestra opinión?». Shodayu se alegró mucho y dijo: «¡Me proponéis algo bueno! Puede decirse que es, para mi casa, el medio de consolidarla por mil años, ¡sin embargo, los Kasada pertenecen a la nobleza de esta provincia, mientras que nosotros somos campesinos sin nombre! Como ellos no querrán un matrimonio desigual, es de temer que no acepten». El viejo casamentero esbozó una sonrisa: «Vuestra modestia es extrema. Por lo que me toca, estoy seguro de que vamos a cantar los diez mil años. Con estas palabras, se retiró y se fue a exponer el asunto a Kasada; este igualmente se alegró y cuando le habló de ello a su mujer, esta declaró con tono decidido: «Nuestra hija ya tiene diecisiete años, así desde la mañana hasta la noche, me inquieto por casarla con un hombre decente. ¡Pronto, escoged el día y enviad los presentes de esponsales!» Al verse así apurado, la promesa se hizo enseguida, y su respuesta comunicada a los Izawa.

Sin tardanza, se prepararon cuidadosamente los presentes y se los envió; escogieron un día fasto y se dispusieron a celebrar la ceremonia de bodas.

Por otra parte, con la intención de invocar al dios por la felicidad de esta unión se convocaron sacerdotisas y capellanes y procedieron a la consagración del agua caliente. El uso es, en efecto, para los que vienen a hacer sus devociones en este templo, luego de presentar ofrendas de todo género, consagrar el aguacaliente, a fin de consultar los oráculos, buenos o malos. Una sacerdotisa recita la oración ritual y cuando el agua comienza a hervir, si el augurio es favorable, el ruido emitido por el caldero es semejante al mugido de un buey; si es malo, ningún ruido en el caldero. Es lo que se llama la conjuración por el caldero sagrado de Kibitsu. Siendo así, ¿habría el dios desaprobado el asunto de la familia Kasada? El caso es que no se produjo ni siquiera el ruido que hacen los insectos en otoño zumbando por entre las yerbas. Kasada no se inquietó en absoluto: «Si el caldero no ha hecho ruido, es sin duda porque los capellanes no se han purificado el cuerpo convenientemente. ¡He oído decir que una vez enviados los presentes, los compromisos no pueden ser modificados, aun cuando fuera ante una familia enemiga y hasta con gente establecida en país extranjero! Tanto menos es el caso de los Izawa de quienes sabemos que, descendientes de un linaje de guerreros, es una familia de principios, por más que nos recusáramos ahora, ellos no aceptarían. Tanto menos aún que sospechando, por lo que ella ha oído decir, de que su futuro esposo era buen mozo, nuestra misma hija cuenta los días y ya no puede esperar más: si llegara a conocer esta mala noticia, ¡quién sabe si no cometería un acto irreflexivo, por más que entonces nos arrepintamos, nada de ello cambiará!». ¡Hablar de abundancia para recobrar a su marido, he aquí que es, en verdad, algo muy del carácter femenino!

Kazada, por otra parte, como se trataba de una alianza que él desde su comienzo había deseado, no estaba demasiado inquieto; de modo que adoptó la opinión de su mujer; se prepararon para la ceremonia, parientes y aliados de ambas familias celebraron el acontecimiento cantando los mil años de la grulla y las diez mil generaciones de la tortuga.

Isora, la hija de Kasada, desde el día que entró en el seno de su nueva familia, de pie desde temprano y tarde en el lecho, no se separaba, de ordinario, del lado de sus suegros; había apreciado el carácter de su marido y se aplicaba con toda su alma a servirlo; también los esposos Izawa, conmovidos por su apego a sus deberes filiales, estaban locos de alegría; Shotaro, por su parte, apreciaba su buena voluntad y vivía con ella en buen entendimiento. Sin embargo, ¿qué hacer contra las malas inclinaciones de un egoísta? A partir de cierto momento, se encaprichó a fondo de una cortesana, una tal Sode de Tomo-no-tsu; acabó por rescatarla, la instaló en una casa de una aldea vecina y pasó día tras día sin volver a su hogar. Isora fue ganada por el rencor; ya lo reprendía so pretexto de la cólera de sus suegros, ya en otras ocasiones le reprochaba amargamente la ligereza de su corazón; pero él casi no le prestaba oídos; de resultas, pasaron meses sin que volviera. El padre, al ver la conducta sacrificada de Isora, no pudo soportarlo; amonestó a Shotaro y lo recluyó.

Isora se apenó y en todo se mostraba particularmente atenta a su servicio; aún más envió en secreto provisiones a Sode, llevando así la sinceridad a sus límites extremos.

Un día, cuando su padre no se hallaba en casa, Shotaro se dirigió a Isora diciéndole: «Ante vuestra sincera virtud, no puedo, ahora, sino arrepentirme de mis faltas. Voy a devolver a esa mujer a su pueblo natal y, luego, me daré a apaciguar la cólera de mi padre. Es una persona de Inamino, en Harima, no tiene padres y se encuentra en una situación miserable; he

estado muy afligido por eso y le he tenido compasión. Abandonada por mí, de fijo, acabará de prostituta en un puerto. De ejercer esta misma profesión en la capital, la gente de allí, se dice, es más compasiva; sueño, pues, con enviarla a la capital y hacer que entre al servicio de gente de calidad. Habida cuenta de mi actual situación debe hallarse desprovista de todo; ¿quién pues, le dará el medio de procurarse dinero para el viaje y para vestirse? ¡Arreglad este asunto y compadeceos de ella!» De esta demanda, hecha con tono sincero, Isora se regocijó mucho: «¡No os inquietéis por este asunto!», dijo y en secreto convirtió en dinero vestidos y objetos de su pertenencia; aún más, le pidió dinero a su madre, bajo un falso pretexto, y todo se lo envió a Shotaro.

En posesión de la suma, este abandonó sigilosamente la casa y, en compañía de esa Sode, huyó a la capital. Esta vez, Isora, profundamente herida por haber sido burlada hasta ese punto, se afligió tanto que cayó gravemente enferma. Los Iza-wa y los Kasada, maldiciendo a aquella y compadeciéndose de esta, se esforzaron en obtener su curación mediante remedios, pero ella, día tras día rehusaba comer y pareció que ya no había esperanza alguna.

En la aldea de Arai, distrito de Inami, provincia de Harima, había un hombre llamado Hikoroku, pariente cercano a Sode. Fue a su casa adonde los fugitivos se dirigieron primero y allí descansaron algún tiempo. Hikoroku le dijo a Shotaro: «¡La capital, decís!, ¡no será de ninguna ayuda! Quedáos, pues, aquí, compartiremos mi escudilla de arroz y, juntos, hallaremos cómo vivir». Rindiéndose a esas corteses palabras, decidieron instalarse en ese lugar. Hikoroku alquiló una casa en ruinas contigua a su vivienda, los alojó allí y se alegró de haber hallado un compañero. Mientras tanto, Sode —que decía haberse resfriado— comenzó, sin razón aparente, a sufrir; era como si un espíritu demoníaco la hiciera delirar; hacía apenas unos días que

llegaron a ese lugar y he aquí que esa desgracia los golpeaba: Shotaro, en su desesperación, se olvidaba él mismo de comer y la sostenía tomándola en sus brazos, pero ella no hacía sino lanzar gritos y parecía tener el pecho oprimido de modo insoponible; con todo, cuando recobraba la conciencia, parecía perfectamente normal. Él se atormentaba con la idea de que pudiera ser la obra de lo que se llama un espíritu de venganza y quién sabe, tal vez de la que había abandonado en su aldea.

Hikoroku lo reprendía: «¿Cómo sería posible tal cosa? A menudo he comprobado los sufrimientos que provocan las fiebres malignas; cuando la sensación de fiebre se haya calmado un poco, ¡será como un sueño que habrá olvidado!». Decía esto con un aire tranquilo que infundía confianza.

Pero, a ojos vistas, se hacía manifiesto que los cuidados no producían el menor efecto y al cabo de siete días dejó de existir. Shotaro, alzando los ojos al cielo, golpeando el piso, lloraba de dolor, se debatía como un poseso diciendo que la seguiría. Hikoroku lo consolaba con toda suerte de palabras. A lo hecho, pecho; y para concluir, ella se hizo humo en la landa desierta. Reunieron los huesos, levantaron un montoncito y allí dispusieron un stupa, hicieron venir a un monje y rogaron ardientemente por su salvación. Shotaro, en adelante, si bajaba la vista, se ponía a suspirar tras el reino de las tinieblas. Hubiera sido vano recurrir al rito del llamado del alma; alzaba los ojos, entonces pensaba en su país natal y este le parecía más lejano aún que las regiones subterráneas; delante de él, ningún pasaje, detrás de él, una vía perdida; el día entero estaba postrado; noche tras noche, iba a la tumba y notaba que las yerbas, tan pronto, habían crecido abundantemente; los gritos de los insectos eran de una tristeza indefinible. Había creído que la desolación del otoño solo era para él; ahora bien, también para otros, existía un dolor semejante: una tumba nueva se hallaba al lado de la de Sode. Avistando a una mujer que es-

taba allí y que, con el aire más afligido del mundo, ofrecía flores y derramaba agua, él le dijo: «¡Ay, qué lástima! ¡Tan joven erráis así por la llanura sombría y desierta!». A estas palabras, la mujer volteó: «Noche tras noche, al venir aquí jamás dejo de encontraros, señor, llegado ya antes que yo. ¿Habréis sido separado de una persona querida? ¡Comprendo vuestro sentimiento y me aflijo por ello!», dijo y lloró a lágrima viva.

Shotaro dijo: «¡Así es ciertamente! ¡Para mí, que he perdido, apenas hace diez días, una esposa extrañada, como estoy solo en el mundo, sin ningún apoyo, venir acá ha sido mi único consuelo! ¡Seguramente lo mismo acontece con vos, señora!». La mujer dijo: «Si acudo aquí es por los restos del maestro que fue nuestro sostén: fue enterrado aquí tal y tal día. Mi ama, que se ha quedado sola en la casa, está terriblemente apenada y últimamente ha sido presa de una grave enfermedad; por esto vengo en su lugar, trayendo el incienso y las flores». Shotaro le dijo: «¡Qué bien comprendo la enfermedad de la dama, vuestra ama! Bien considerado, ¿quién era, pues, el difunto? La casa que habitaba, de qué lado se halla». Dijo la mujer: «El amo que fue nuestro sostén, personaje de importancia en esta provincia, ha sido pasto de calumnias y ha perdido sus dominios; en estos últimos tiempos vivía en soledad, en un rincón de estas landas. En cuanto a mi ama, es de una belleza de la que se habla hasta en el vecindario de esta provincia, y es a causa de ella que él ha perdido casa y dominio. «Este relato no había escapado a la atención de Shotaro: «¡Pero, a propósito! El lugar donde esta dama lleva una existencia sin meta, ¡está cerca de aquí? La visitaré y la consolaré contándole acerca de una desgracia semejante a la suya. ¡Hacedme el favor de llevarme allá!» Dijo. «La casa está algo apartada del camino por el que habéis venido. Como ella no tiene a nadie que la ayude, venid pues a verla de vez en cuando. ¡Pero debe estar inquieta aguardándome!», dijo y se puso en marcha, caminando delante de él.

Recorrieron un poco más de dos y hallaron un estrecho camino transversal. De allí, caminaron aproximadamente un cho aún; en la penumbra de un bosque, había una casita con techos de cañas. Sobre una miserable puerta de bambú, la luna que había pasado su séptimo día prodigaba su claridad y hasta se llegaba a ver un estrecho jardín abandonado. La débil luz de una lámpara se filtraba por el papel de la ventana, ¡desolador espectáculo! «¡Tened a bien esperar aquí!», dijo la sirvienta y entró. De pie, cerca de un viejo pozo cubierto de musgo, echó un vistazo hacia el interior: a través de una delgada hendidura abierta en el papel, a la luz de la llama vacilante, los lucientes reflejos de un estante negro asombraban por su lujo insólito.

La mujer salió: «Al anuncio de vuestra visita, la señora me ha dicho que os haga pasar; ella vendrá a conversar con vos a través de una pantalla; avanzando de rodillas hasta el reborde exterior; entrad por allí», dijo y, contorneando las plantaciones del jardín, lo acompañó al interior. Entreabrió, lo justo para dar paso a una persona, el tabique de una pieza de recepción de una doble toesa y allí colocó una pantalla baja; la extremidad de una vieja cama se dejaba ver: allí, al parecer, se hallaba el ama.

Shotaro se volvió a ese lado: «Me he enterado de vuestra aflicción y de que, además la enfermedad os ha hecho su víctima. Habiendo, de mi parte, perdido una esposa muy querida, me he tomado la libertad de venir, pensando en que ambos conversaremos recíprocamente de nuestras cuitas semejantes». La dama separó ligeramente la pantalla: «¡Qué sorpresa, a fe mía volveros a ver! ¡Voy a haceros conocer la justa retribución de vuestra crueldad!». Estupefacto, la miró atentamente: era Isora, a quien había abandonado en el pueblo natal. El rostro estaba pálido, inquietaban las apagadas pupilas; ante el horror de la mano pálida y descarnada que se tendía hacia él,

lanzó un grito agudo y cayó como muerto. Transcurrió un prolongado lapso, luego volvió a la vida. Entreabriendo los ojos, comprobó que lo que había tomado por una casa era la capilla que, desde siempre, se elevaba en landa desolada; allí solo se encontraba un buda ennegrecido. Tomando fuerzas de los ladridos lejanos de los perros de la aldea, volvió a su casa a la carrera; cuando le hubo contado toda la historia a Hikoroku, este le dijo: «¡Qué me decís? Debéis haber sido víctima de los maleficios de un zorro. En tanto se está abrumado de espanto, se está forzosamente expuesto a los asaltos de los espíritus engañosos. Al hombre que, deprimido como estáis, naufraga en la penuria, le es preciso, implorando a dioses y budas, volver a hallar la paz del corazón. En la aldea de Toda vive un adivino venerado. Purificaos, después obtened de él algún talismán protector».

Animado por estas palabras, Shotaro fue a buscar al mago, le contó todos los pormenores del asunto desde su inicio, luego le pidió que consultase la suerte. El adivino sopesó el resultado de sus operaciones adivinatorias y dijo: «El desastre es inminente, no será fácil evitarlo. Este demonio anteriormente le ha arrebatado la vida a una mujer, sin que con eso su odio se haya todavía satisfecho, y vuestra vida está amenazada asimismo mañana y tarde. Ha dejado este mundo hace siete días; será necesario, pues, a partir de hoy, y durante cuarenta y dos días, observar, con todas las puertas cerradas, severa abstinencia. Si os conformáis a mis interdicciones podría ser que lleguéis a salir indemne de esta peligrosa situación. ¡Si la transgredís un solo instante, no podréis escapar de ella!». Habiéndole hecho estas severas recomendaciones tomó un pincel y escribió caracteres de forma antigua en la espalda de Shotaro y, de allí, hasta sus brazos y piernas; además trazó en papeles, con tinta roja, un buen número de fórmulas cabalísticas y se las entregó con esta recomendación: «Estas fórmulas

de conjuro, será preciso pegarlas en cada una de las salidas de vuestra casa e invocar a dioses y budas. ¡Evitad perder la vida por un error!» Espantado y contento a la vez, Shotaro volvió a su casa, pegó los talismanes rojos en la puerta de entrada, los colgó en las ventanas y se mantuvo confinado practicando severas abstinencias.

Aquella noche, a eso de la tercera vigilia, una voz horrible se elevó: «¡El perverso ha dispuesto aquí un santo talismán!», y la voz no se dejó oír más. Shotaro, en el colmo del terror, reprochaba a la noche su prolongada duración. Poco después, al palidecer la noche, recobró el ánimo; pronto, golpeó el tabique del lado de Hikoroku y le contó los acontecimientos de la noche; Hikoroku comenzó a inquietarse por las palabras del adivino; veló esa noche, también él, y esperó el instante de la tercera vigilia. El viento soplaba en los pinos, como si fuera a derribarlo todo y, además, caía la lluvia; en esta noche insólita, separados por el tabique, se interpelaban sin cesar. Se llegaba ya a la cuarta vigilia. Una luz roja atravesó súbitamente el papel de la ventana de la pequeña pieza: «¡El perverso! Aquí también los ha pegado», dijo la voz en la noche profunda. Fue terrorífico: sus cabellos y todos los pelos de sus cuerpos se erizaron y, durante un momento, quedaron como muertos.

Al amanecer, conversaron de lo que había sucedido en la noche; al caer el día, llamaba con sus votos al alba; tales meses y días les fueron más largos que mil años. El demonio, noche tras noche, ya merodeaba en torno a la casa, ya aullaba sobre el techo y la furiosa voz se hacía cada vez más horripilante. Así llegaron a la noche del cuadragésimo segundo día. Nada más que un solo día, ahora, y todo habría acabado: Shotaro se mantuvo, pues, muy especialmente alerta. Ya el cielo de la quinta vigilia estaba atravesado por los destellos del alba. Fue como si se despertase de un largo sueño; se apresu-

ró a llamar a Hikoroku; este se acercó al tabique: «¿Qué hay?», respondió. Shotaro le dijo: «He aquí al fin concluidas todas esas severas abstinencias. En todo este tiempo, no he visto vuestro rostro. Ardo en deseo de veros y luego quisiera reponerme de las penas y de los terrores de este mes conversando con vos con el corazón en la mano. ¡Despertáos, os lo ruego! ¡Voy a reunirme con voz afuera!» Hikoroku, hombre imprudente, dijo: «¿Qué podría sucederos ahora? ¡Vamos, pasad a mi lado!» No bien había abierto su puerta a medias, cuando una voz, en el tejadillo próximo, gritando de desesperación, le atravesó los oídos y, sin que tuviera conciencia de ello, se halló sentado en su cama.

«Aquí está en juego la vida de Shotaro», se dijo, y con un hacha en la mano, salió al camino; la noche, que creyeron ver aclararse, estaba aún negra; la luna, en plena mitad del cielo, esparcía una claridad difusa, el viento era glacial; con esto, la puerta de Shotaro estaba abierta de par en par, y el hombre era invisible. ¿Tal vez se había refugiado en el interior? Hikoroku se precipitó allí y miró, pero no existía ningún sitio donde podría haberse ocultado... ¿Habría caído en el camino? Por más que buscó, de ese lado, tampoco había nada. ¿Qué le habrá sucedido?

Paralizado de horror, levantó su lámpara y miró alrededor, aquí y allá: entonces percibió en el muro, al lado de la gran puerta abierta, sangre de acre olor que goteaba hasta el suelo. Sin embargo, no se veía ni cadáver ni osamenta. Al claro de luna, avistó un objeto en el reborde del alero. Alzó su lámpara y alumbró: vio que solo el mechón de una cabellera masculina se hallaba suspendido ahí. Fuera de eso, no había absolutamente nada. Lo que esta escena tenía de nauseabunda y de horrible no podría expresarse con el pincel. Al amanecer, prosiguió sus búsquedas en los alrededores, por montes y valles, pero no pudo finalmente descubrir la menor huella.

Hizo anunciar estos sucesos a la familia Izawa y esta, con lágrimas, informó a su vez a los Kasada. Así, el oráculo del adivino se había cumplido, y el mal presagio del caldero se había revelado exacto: he aquí que era muy digno de respeto, se decía al contarse esta historia.

Traducido del francés por Javier Sologuren

EN RECONSTRUCCIÓN

Ogai Mori (1862-1922)

ESCAMPABA, CUANDO EL CONSEJERO Watanabe bajó del tranvía frente al teatro Kabuki. Evitando con cuidado los charcos, caminó apresuradamente por el distrito Kōliki, en dirección al Departamento de Comunicaciones. Por cierto, ese restaurante estaba por los alrededores, pensó mientras caminaba por el canal; recordó haber notado el letrero en una de esas esquinas.

Las calles estaban bastante vacías. Pasó junto a un grupo de jóvenes vestidos a la occidental. Hablaban ruidosamente y parecía que acababan de salir de la oficina. Entonces, una muchacha vestida con un kimono y un cinturón de colores alegres pasó a su lado aprisa, casi tropezando con él. Es probable que fuera una mesera de alguna casa de té de la vecindad, pensó. Un ricksha con la capota cubierta pasó por detrás de él.

Por fin, avistó un pequeño letrero que decía «Hotel Seiyo-ken» escrito horizontalmente en el estilo occidental. La fachada del edificio que daba al canal estaba cubierta por un andamaje. La entrada lateral era por una callejuela. Para ingresar al restaurante, había dos tramos oblicuos de escaleras que formaban una especie de triángulo trunco. Al final de cada escalera había una puerta de vidrio; después de dar un momento, Watanabe ingresó por la puerta de la izquierda donde aparecía escrita la palabra «Entrada».

Dentro encontró un amplio pasadizo. En la puerta había una pila de trapitos para limpiarse los zapatos y, junto a ellos,

un felpudo grande, occidental. Los zapatos de Watanabe estaban embarrados debido a la lluvia y los limpió con cuidado usando ambos implementos. Aparentemente, en este restaurante se suponía que uno debía observar la costumbre occidental y permanecer con los zapatos puestos una vez adentro.

No había señal de vida en el pasadizo, pero, a la distancia, se oía un sonido fuerte como si estuvieran martillando y serruchando. El lugar se encontraba en reconstrucción, pensó Watanabe.

Esperó un momento, mas como nadie fue a recibirlo, caminó hasta el final del pasadizo. Aquí se paró no sabiendo qué rumbo tomar. De súbito, notó que había un hombre con una servilleta bajo el brazo apoyado contra la pared, unos metros más allá. Se acercó a él y dijo: «Telefoné ayer para hacer una reservación».

El hombre dio un salto, atento. «Oh sí, señor. Una mesa para dos, ¿no es así? Está en el segundo piso. ¿Se sirve acompañarme señor?».

El camarero lo siguió por el otro tramo de escaleras. Lo había reconocido de inmediato, pensó Watanabe. Los clientes deben ser escasos y no suelen venir muy a menudo debido a las reparaciones que se llevan a cabo. A medida que subía las escaleras, el estruendo del golpeteo de los trabajos era casi ensordecedor.

«Un lugar verdaderamente animado», dijo Watanabe dirigiéndose al camarero.

«¡Oh, no señor! Los hombres se van a las cinco en punto. No será molestado mientras esté comiendo, señor».

Cuando llegaron al final de la escalera, el camarero se apresuró a adelantarse a Watanabe, y abrió una puerta situada a la izquierda. Era una habitación amplia con vista al canal. Parecía demasiado grande para dos personas. Alrededor de las tres mesitas ubicadas en el cuarto, había muchas sillas apre-

tujadas. Debajo de la ventana, se hallaba un enorme sofá y, al lado, una enredadera de casi tres pies de altura y otra enana con enormes uvas de invernadero.

Un camarero cruzó la habitación y abrió otra puerta. «Esta es su habitación, señor». Watanabe lo siguió. El cuarto era pequeño, en realidad, justamente lo necesario para una pareja. Al medio había una mesa esmeradamente puesta con dos cubiertos y una gran canasta de azaleas y rododendros.

Con cierto aire de satisfacción, Watanabe regresó a la habitación grande.

El camarero se retiró y Watanabe se encontró nuevamente solo. De pronto, el ruido de martilleo cesó. Echó una mirada a su reloj: sí, eran las cinco en punto. Todavía quedaba una media hora para la cita. Watanabe sacó un cigarro de una caja abierta sobre la mesa, cortó el extremo y lo encendió.

Aunque parezca extraño, no sentía la menor expectativa. Tenía la sensación de que no le importaba quién iba a unírsele en esta habitación, como si no le preocupara en lo menor qué rostro iba a ver pronto por encima de la canasta de flores. Le sorprendió su propia frialdad.

Fumando tranquilamente su cigarro, caminó hacia la ventana y la abrió.

Directamente debajo de ella estaban arrumadas grandes pilas de madera. Esa era la entrada principal. El agua del canal parecía completamente inmóvil. Al otro lado era posible ver una fila de edificios de madera.

Parecían casas de cita. Salvo una mujer con un niño a la espalda, que caminaba de arriba abajo delante de una de las casas, no se veía a nadie más. Al extremo derecho, la estructura de ladrillos rojos del Museo Naval bloqueaba su vista con su masa imponente. Watanabe se sentó en el sofá y examinó el cuarto. Las paredes estaban decoradas con una colección heterogénea de cuadros: ruiseñores en un ciruelo, una ilustración de un cuento de hadas, un halcón. Los rollos eran pe-

queños y angostos y, en las paredes altas, se veían extrañamente pequeños como si los bordes inferiores se hubieran doblado y escondido. Sobre la puerta estaba enmarcado un enorme texto budista. Y esta se supone que es la tierra del arte, pensó Watanabe.

Durante un rato, se sentó a fumar su cigarro y a gozar simplemente de la sensación de bienestar. Entonces sintió ruidos de voces en el pasadizo y la puerta se abrió. Era ella.

Llevaba un sombrero grande de paja tipo Anne Marie, decorado con cuentas.

Bajo su largo abrigo gris, vio una blusa blanca, bordada, de batista. Su falda también era gris. Llevaba un pequeño paraguas con una borla.

Watanabe fingió una sonrisa. Después de arrojar su cigarro a un cenicero, se levantó del sofá.

La alemana se quitó el velo y lanzó una mirada al camarero que le había seguido hasta el cuarto y que estaba parado en la puerta. Luego volteó a mirar a Watanabe. Eran los grandes ojos pardos de una morena. Los ojos que había contemplado tan a menudo en el pasado. No obstante, no recordaba esas sombras malva de sus días juntos en Berlín.

«Siento haberte hecho esperar», dijo abruptamente en alemán. Cambió el paraguas a su mano izquierda y extendió rígidamente los dedos enguantados de su mano derecha. Sin duda hacía esto para despistar al camarero, pensó Watanabe, mientras le estrechaba la mano cortésmente.

—«Avíseme cuando esté lista la comida», dijo mirando hacia la puerta. El camarero hizo una venia y se retiró.

—«Qué agradable verte», dijo Watanabe en alemán.

La mujer, imperturbable, tiró el paraguas en una silla y se sentó en el sofá con un ligero suspiro de cansancio. Poniendo los codos en la mesa, contempló en silencio a Watanabe. Este acercó una silla a la mesa y se sentó.

—Este sitio es bastante tranquilo, ¿no es verdad?— dijo la mujer después de un rato.

—Esta en reconstrucción. —replicó Watanabe—. Hacían un ruido atroz cuando llegué.

—¡Oh, se explica! El lugar produce una sensación de inestabilidad. No es que yo sea como esas personas particularmente tranquilas, en el mejor de los casos.

—¿Cuándo llegaste al Japón?

—Anteayer. Y luego te vi ayer de casualidad en la calle.

—¿Y por qué has venido?

—Pues verás, he estado en Vladivostok desde fines del año pasado.

—Supongo que has estado cantando allí en ese hotel, no sé cuántos.

—Sí.

—Obviamente no estabas sola. ¿Tenías compañía?

—No, no tenía compañía. Pero no estaba tampoco sola...

Estaba con un hombre. En realidad, lo conoces. —Dudó un momento— He estado con Kosinsky.

—Oh, ese polaco. Entonces, supongo que ahora te dicen Kosinskaya.

—¡No seas tonto! Simplemente canto y Kosinsky me acompaña.

—¿Estás segura de que eso es todo?

—¿Quieres decir si nos divertimos juntos? Bueno, no se puede decir que nunca suceda tal cosa.

—Eso apenas me sorprende. ¿Supongo que está en Tokio contigo?

—Sí, nos alojamos en el hotel Aikokusan.

—Pero te deja venir sola.

—Mi querido amigo, solo le dejo que me acompañe al piano, ¿sabes?

Utilizó la palabra *begleiten*. Si él la acompañaba al piano, pensó Watanabe, también lo hacía en otras formas.

—Le dije que te iba a ver en Ginza —continuó— y está ansioso por verte.

—Permíteme privarme de ese placer.

—No te preocupes. No necesita dinero ni nada.

—No, probablemente lo necesitará pronto si se queda, —dijo Watanabe con una sonrisa— y ¿adónde piensas ir a continuación?

—Me voy a América. Todos me dicen que el Japón es un caso perdido. Así es que no cuento con encontrar trabajo aquí.

—Tienes toda la razón. América es un buen lugar para ir, después de Rusia. El Japón está todavía atrasado... Se encuentra aún en reconstrucción, como ves.

—¡Por dios! Si no tienes cuidado, diré en América que un caballero japonés admite que su país está atrasado. En realidad, diré que es un funcionario del gobierno japonés. Es lo que tú quieres, ¿no es cierto?

—Sí, trabajo para el gobierno.

—Y comportándote con mucha corrección, sin lugar a dudas.

—¡Sí!, ¡qué miedo tengo! Me he convertido en un verdadero Fürst, ¿sabes? Esta noche es la única excepción.

—¡Me siento muy honrada!

Con mucha calma desató los botones de sus largos guantes, se los sacó y dio la mano derecha a Watanabe. Era una bella y blanca mano deslumbrante. La estrechó con energía, asombrado de su frialdad. Sin retirar la mano de la de Watanabe, lo miró insistentemente. Sus enormes ojos pardos parecían, con sus sombras oscuras, haber aumentado al doble de su tamaño original.

—¿Te gustaría que te besara?— dijo.

Watanabe puso una cara burlona.

—Estamos en el Japón— contestó.

Sorpresivamente, se abrió la puerta de par en par y apareció el camarero.

—Está lista la cena, señor.

—Estamos en el Japón repitió Watanabe.

Se paró y la condujo al pequeño comedor. El camarero prendió de pronto las intensas luces indirectas. La mujer se sentó frente a él y echó una mirada por la habitación.

—Nos han dado una chambre séparée —dijo riendo—. ¡Qué incitante!

Enderezó la espalda y miró directamente a Watanabe, como para ver en qué forma reaccionaba.

—Estoy seguro de que es pura casualidad —dijo con toda calma.

Tres camareros les atendían constantemente. Uno vertía el jerez y el otro servía tajadas de melón y el tercero se movía sin ton ni son.

—El lugar hierve de camareros —dijo Watanabe.

—Sí, y son una tira de inútiles —contestó la mujer, irguiendo los hombros al comenzar a comer el melón—. Son tan malos como los de mi hotel.

—Supongo que tú y Kosinsky sienten que los camareros los incomodan.

Siempre entrando intempestivamente sin tocar la puerta...

—Te equivocas por completo, ¿sabes? Bien, el melón está bueno de todos modos.

—En América, tendrás montones de comida cada mañana en cuanto te levantes.

La conversación se había deslizado insustancialmente. Al cabo, los camareros trajeron una ensalada de frutas y sirvieron champaña.

—¿No estás celoso, aunque sea un poquito?— le preguntó de improviso.

Todo el tiempo habían estado comiendo y conversando. Ella había recordado cómo acostumbraban sentarse uno frente al otro, como ahora, después de ir al teatro, en un pequeño restaurante en lo alto de las Gradass Blür. A veces se peleaban, pero siempre terminaban amistándose. Ella tenía la intención de aparentar que bromeaba, pero, a pesar de ellos, su voz era seria y se sintió avergonzada.

Watanabe levantó su copa de champaña por encima de las flores y con voz clara dijo: «*¡Kosinsky Soll leven!*».

La mujer levantó su copa en silencio y con una sonrisa glacial. Bajo la mesa, la mano le temblaba fuera de control.

Aún eran solo las ocho y media cuando un solitario auto negro pasó lentamente por Ginza, a través de un océano de luces parpadeantes. En el asiento de atrás, estaba una mujer con el rostro cubierto por un velo.

Traducido del inglés por Ilia Sologuren

EL CRIMEN DE HAN

Naoya Shiga (1883-1971)

ALGO COMPLETAMENTE INESPERADO se produjo durante el número de Han, el malabarista chino: un cuchillo le había cortado la carótida a su joven mujer. Esta murió en el acto. En cuanto a él, fue arrestado inmediatamente.

Habían sido testigos del suceso: el director de la compañía, el ayudante chino del malabarista, el presentador y más de trescientas personas, así como el policía sentado en una silla de mayor altura. Y, sin embargo, pese a toda esa gente, pese a todas esas miradas fijas en el mismo sitio, era imposible saber si había premeditación o simple accidente.

El número de Han consistía en lo siguiente: hacía que su mujer se colocara delante de una plancha gruesa, del tamaño de una puerta; él mismo se situaba a unos cuatro metros y subrayando con un grito cada lanzamiento clavaba una serie de cuchillos en torno de su mujer, a cuatro o cinco centímetros del cuerpo, en una especie de punteado que dibujaba los contornos.

El juez, interrogó al director de la compañía.

—¿Es difícil este ejercicio?

—Para alguien bien entrenado, no, no tanto. Solo es necesario, para ejecutarlo en público, un perfecto dominio de sí mismo.

—¿De manera que la hipótesis del accidente no podría ser tomada en cuenta?

—Es evidente que sin la casi total certeza de que los riesgos de accidente son poco más o menos nulos, jamás se autorizaría un número como este.

—¿Se inclinaría usted, pues, a pensar que ha habido, esta vez, premeditación?

—No. Absolutamente. Ya que, para ejecutarlo así, a una distancia de cuatro metros, este ejercicio es asunto ante todo de virtuosismo y de reacción, de algún modo, intuitivo; sería locura pretender que eso se haga por sí solo, con la seguridad infalible de un mecanismo. No, de veras, hasta este desgraciado accidente, jamás podríamos haber pensado que semejante cosa se produjera. Pero los hechos son los hechos; y para juzgarlos debemos hacer abstracción de nuestras pequeñas ideas personales.

—¿Cómo entonces, según usted, se ha producido el drama?

—A decir verdad, eso es lo que no veo.

El magistrado estaba muy confuso. La materialidad del crimen no era contestable; pero ¿había habido la intención de dar muerte o se trataba de homicidio por imprudencia? No se poseía ningún indicio seguro. «Y en la hipótesis del asesinato premeditado», se decía, era necesario suponer que su autor contaba con una destreza de la que no existía ejemplo.

Mandó llamar al chino que asistía a Han en su trabajo ya antes de que ambos se unieran a la actual compañía, y empezó sus preguntas.

—Hábleme de la conducta habitual de Han.

—Al respecto, es un hombre irreprochable que no corre tras los garitos, las mujeres, los cafetines. El año pasado se convirtió a la religión cristiana. Conoce el inglés a fondo. Cuando disponía de tiempo, se ponía a leer, me parece, libros de sermones u otros de la misma laya.

—Ella también era irreprochable. Como usted sabe, los itinerantes no son siempre de una moralidad a toda prueba. Se hallan quienes, dada la ocasión no tienen empacho en largarse con la mujer del vecino. La de Han era pequeña, pero boni-

ta y es probable que le haya sucedido recibir propuestas de ese género. Nunca respondió a estas.

—¿Su carácter?

—Ambos estaban, según otros, llenos de solicitud y gentileza, de una paciencia a toda prueba. ¡Y jamás una palabra fuera de tono!

—Sin embargo...

Aquí el chino calló, reflexionó un instante, luego reanudó:

—Lo que voy a decir bien podría ser interpretado, lo temo, en sentido desfavorable a Han. Pero debo, en conciencia, contar un hecho extraño...

Sí, con respecto a los demás, ambos no eran, como lo he dicho, sino solicitud, gentileza y modelos de paciencia, apenas se hallaban solos y juntos llegaban a ser el uno para el otro de una crueldad estupefaciente.

— ¿Y eso por qué?

— No sé nada sobre ello.

—¿Es así desde que tú lo conoces?

—No. Hace aproximadamente dos años, su mujer dio a luz prematuramente; el bebé murió a los tres días. Desde entonces, sus relaciones se han hecho cada vez más tirantes: todo el mundo pudo darse cuenta. Les ocurría, por un sí o por un no, trabarse en disputas terribles. En aquellos momentos, Han enseguida se ponía pálido como muerto. Pero es un hombre que, en todo momento sabe contenerse y frenar la lengua; jamás ha ejercido contra su mujer la menor brutalidad. Sin duda, su religión se lo impedía.

No había, sin embargo, más que mirarle la cabeza: por más que se esforzaba, su furor estallaba, a pesar de él, hasta un punto fantástico.

Entonces un día le dije: «si disputan así todo el tiempo, más vale separarse». Pero él me contestó: «Si mi mujer tiene motivos para solicitar el divorcio, yo no los tengo». ¡Y cuando a

Han se le metía algo en la cabeza... Le era absolutamente imposible amar a su mujer; ella sabía bien que no era amada y había cesado poco a poco de amarlo a su vez: es del todo natural. Eso también Han me lo ha dicho... He aquí sin duda lo que lo ha empujado a leer la Biblia y los sermones; buscaba la paz del corazón, curarse de ese odio feroz por una mujer a la que no tenía ningún motivo para odiar. También ella era digna de compasión. Desde que estaba con Han —cerca de tres años, llevaba la vida errante de todos los artistas ambulantes. Había dejado en su pueblo a un granuja de hermano mayor que había arruinado a sus familiares. De suponer que hubiera dejado a Han y hubiera vuelto allá, no habría encontrado un hombre —es probable— que confiara en una mujer que había corrido mundo, un poco por todas partes, durante cuatro años. He aquí por qué, a mi parecer, para ella no había otra solución que permanecer con Han, pase a su desacuerdo.

—Bueno. ¿Pero qué piensas, en líneas generales, de lo que ha ocurrido?

—Usted quiere decir: ¿si es un accidente o si él lo ha hecho expresamente?

—Sí.

—También yo, a decir verdad, desde el suceso, he probado darle vueltas al asunto en todos los sentidos. Pero cuanto más he buscado, tanto más este se ha embrollado.

—¿Por qué?

—No sé. Sin embargo, es la verdad. Y creo que cualquiera haría la misma constatación. Le he preguntado al presentador; también él me ha contestado que no entiende nada de todo ello.

—Pero en el mismo segundo en que esto ha sucedido, ¿qué has pensado?

—He pensado... He pensado: «¡Ya está! ¡La ha matado!».

—¿Ah, sí?

—Mas el presentador dijo que había pensado: «¡Le falló el golpe!».

—¿Cierto?...¿Pero esa idea no se le ha ocurrido, simplemente, porque nada sabía de la vida cotidiana de la pareja?

—Es posible. Mas, luego, he reflexionado que, de mi parte, si he pensado:

«¡Ya está! ¡La ha matado!». Eso podía ser después de todo porque yo estaba muy al corriente de su vida de siempre.

—Al principio, ¿cómo se ha comportado Han?

—Gritó: «¡Ah!». Esto despertó mi atención y entonces he visto la sangre que surgía a borbotones del cuello de su mujer. No obstante, se mantuvo de pie un brevísimo instante; luego dobló las rodillas, el cuerpo un momento sostenido y como suspendido del cuchillo que acaba de clavársele en la garganta. Y cuando el cuchillo ha caído de la herida, la mujer se ha desplomado como una masa de frente. En ese instante, nadie ha sido capaz de intervenir de algún modo, solo se podía mirar; estaban petrificados. Seguramente, nada puedo garantizar porque carecía yo de suficiente sangre fría para estudiar la actitud de Han. Con todo, él también ha debido, es probable, durante esos segundos, reaccionar de la misma manera que todos nosotros... Después, cuando me ha venido la idea de que él, a pesar de todo, había terminado por asesinarla, en ese momento he visto a Han de pie, pálido y con los ojos cerrados. Caído el telón, y cuando se ha querido levantar a la mujer, ya estaba muerta. Han, trastornado, era espantoso de ver. No cesaba de repetir: «¿Cómo he podido ser tan torpe?». En eso se arrodilló y permaneció largo tiempo rezando en silencio.

—¿Tenía el aire despavorido?

—Algo extraviado.

—Bien. Si necesitara hacerte otras preguntas, te haré llamar. Una vez marchado el chino, el juez ordenó que trajeran, en

último lugar, al inculpado. Han, pálido y con las facciones estiradas, era un hombre de aire inteligente. Al primer vistazo, el magistrado se dio cuenta de que era víctima de una depresión nerviosa muy fuerte.

—He interrogado al director de la compañía y a tu ayudante. Ahora es tu turno —le dijo a Han no bien este hubo tomado asiento. Han asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Nunca has amado a tu mujer? ¿En absoluto?

—Desde el día de nuestras bodas hasta el momento en que dio a luz un niño, he amado a mi mujer con todo el corazón.

—¿Por qué cesaron de entenderse?

—Porque supe que el niño que había dado a luz no era mío.

—¿Sabes quién era su amante?

—Supongo que era su primo.

—¿Lo conoces?

—Era un amigo muy íntimo. Fue él quien primero tuvo la idea de unirnos y quien me había aconsejado este matrimonio.

—¿Sus relaciones datan de antes del matrimonio de ustedes?

—Es evidente: el niño nació al cabo de ocho meses de casados.

—¿Pero tu ayudante me ha dicho que había nacido prematuramente?

—Soy yo quien ha propalado ese rumor.

—El niño murió enseguida, ¿cierto?

—Ha muerto, en efecto.

—¿De qué?

—Asfixiado por el pecho de su madre.

—¿Tu mujer no lo había hecho expresamente?

—Me dijo que era un accidente.

El juez se calló y miró intensamente el rostro de Han. Este, la cabeza siempre muy erguida, bajó solo los ojos a la espera de las otras preguntas.

El Juez prosiguió:

—¿Tu mujer te había puesto al tanto de sus relaciones?

—No. Por mi parte, nada le pregunté. He visto en la muerte del niño su castigo por su conducta pasada. He creído que debía mostrarme lo más generoso posible.

—¿Es decir, que, finalmente, no lograste serlo tanto como lo deseabas?

—En efecto. Guardaba dentro de mí la impresión de que la muerte del niño no podía bastar para que todo fuera expiado. Cuando me hallaba lejos de ella y volvía a pensar en todo eso, perdonarlo me era relativamente fácil; pero cuando ella se encontraba en mi presencia, era más fuerte que yo; me sentía invadido de golpe por un odio tan grande que ya no me controlaba.

—¿Y el divorcio? ¿No pensaste en él?

—Sí, a menudo. Pero jamás pude decidirme a faltarle al respecto.

—¿Por qué, pues?

—Porque yo era débil. Y mi mujer me había dicho que si nos divorciábamos, solo le quedaba desaparecer.

—¿Te amaba?

—No, no me amaba.

—Entonces, ¿qué quería decir?

—Esencialmente, creo que ella no tendría ya de qué vivir. En su casa, el hermano mayor se lo había comido todo... Sabía, además, que ningún hombre serio desearía a una mujer casada antes con un malabarista ambulante... Y luego, para trabajar, tenía pies demasiado pequeños.

—¿Y desde el punto de vista sexual?

—Era, supongo, como todas las parejas. Nada de anormal.

—¿No te testimoniaba una simpatía particular?

—¿Simpatía? No, no alcanzo a pensarlo. Creo, al contrario, que, para ella, vivir conmigo era sufrimiento sin nombre... Un sufrimiento tal que ha requerido, para soportarlo, una fortaleza moral de la que un hombre es absolutamente incapaz de hacerse una idea... Ante el hundimiento, cada día más acen-

tuado, de mi existencia, ella mantenía una actitud implacablemente cruel... Yo buscaba una tabla de salvación... Procuraba organizarme una vida verdaderamente mía... Estaba torturado y me debatía... No solo no me sucedía jamás sorprender en ella el más ligero signo de interés por mí, sino que la sentía perpetuamente molesta y hostil.

—¿Por qué no adoptaste resueltamente para con ella la actitud que se imponía?

—Porque tenía en la cabeza toda especie de ideas.

—¿Qué ideas?

—No quería hacerme caer en falta... Pero esta buena idea, en definitiva, no ha arreglado las cosas absolutamente en lo menor.

—¿No se te ocurrió la idea de matar a tu mujer?

Han no contestó, el juez repitió su pregunta. La respuesta, sin embargo, tardó en llegar. Al fin:

—A menudo me he dicho que sería algo bueno si muriese.

—¿De modo que, sin el obstáculo legal, la habrías tal vez matado?

—No es el temor a las leyes que me impidió hacerlo: solo mi debilidad. Pero esta no me impedía aspirar apasionadamente a vivir una vida que fuera tal.

—¿Pero más tarde, concebiste el proyecto de matar a tu mujer?

—Jamás pude decidirme a ello, aunque lo pensé.

—¿Cuánto tiempo antes del asunto que nos ocupa?

—La víspera o la mañana misma.

—¿Se habían querellado?

—Sí.

—¿A propósito de qué?

—¡Oh! ¡Por una nadería! Ni siquiera merece que se hable de ella.

—Dilo de todos modos.

—Fue a propósito de la cena. Cuando tengo hambre, me encolerizo fácilmente.

—¿Te mostraste más violento que en otras ocasiones?

—No. Pero mi nerviosidad persistió más de lo acostumbrado. Ante la idea de vivir como vivía, no era vivir, acababa de atravesar un periodo de irritabilidad realmente intolerable. No podía cerrar los ojos. Estaba nervioso. Las ideas se atropellaban en mi cabeza... Si andaba perpetuamente de cabeza, lanzando en mi torno miradas inquietas, incapaz de querer, de una vez por todas, lo que me despertaba deseos, incapaz así mismo de mandar de paseo a lo que me agotaba, esta vida de incertidumbre, de impotencia, todo eso, se lo debía a la presencia de mi mujer... ¡Ni un destello en el horizonte! Al fondo de mí, una sed de vivir que no exigía sino aplacarse... Un horno interior pronto a estallar... Pero algo impedía que la chispa brotara, ¡y era esta mujer al lado mío! Sin embargo, mi deseo de ella no estaba completamente extinguido... Maduraba asaz villanamente... Me decía aún: «Todos estos rencores, toda esta pesadumbre acabará por envenenarme y entonces tú no serás ni más ni menos que un hombre muerto, ¡un muerto en vida!...Reducido a esto, ¿vas a continuar aguantando todo lo que aguantas? Por otro lado, la idea terrible, repugnante, de que la muerte de mi mujer arreglaría las cosas bien, me merodeaba por la cabeza... ¿Por qué pues no matarla? Las consecuencias del homicidio, en ese momento, no las tenía en cuenta. ¿Se me encarcelaría, ciertamente? La prisión valía sin duda más que la vida que llevaba. Pero a cada instante le basta su pena; es necesario poner fin a las dificultades a medida que estas se presentan; ¡y nada garantiza que a despecho de todos sus esfuerzos estas vayan a acabar! Pero yo, batirme hasta la muerte, ¡es lo que llamaba mi verdadera vida! Casi me había olvidado, de que tenía a mi mujer a mi lado... Todas estas re-

flexiones me habían, a la larga, derrengado. Mas esta fatiga no era de las que hacen dormir. Me hallaba como embrutecido. A medida que mi tensión se relajaba, la idea de matar se hacía cada vez más borrosa. Como al salir de una pesadilla, me sentí solo y triste. Por otro lado, estaba afligido al descubrir en mi corazón, antes tan fuerte, tanta debilidad que bastó con una noche para reducirlo a nada... La noche de todos modos ha terminado. Tampoco mi mujer, si me doy cuenta ahora, había cerrado los ojos.

—Una vez levantado, ¿cómo se comportaron cara a cara uno y otro? ¿Cómo todos los días?

—No hemos despegado los labios.

—¿Por qué no pensaste en dejarla?

—¿Quiere usted decir que, desde el punto de vista de lo que yo deseaba, el resultado habría sido el mismo?

—Sí.

—Para mí las cosas no se presentaron de ese modo.

Han miró al juez en silencio. Este, el rostro perfectamente apacible, se contentó con aprobación un movimiento de cabeza.

—Mas entre rumiar todas estas ideas y pensar verdaderamente en matar subsistía un foso profundo. Aquel día, desde la mañana, estaba sin poder explicar claramente por qué, muy nervioso. Mis nervios habían perdido su elasticidad y mi extrema fatiga los agudizaba horriblemente. Incapaz de hallar la calma, salí y me paseé al azar, en lugares desiertos. La idea de que era necesario actuar a toda costa volvía sin cesar, lancinante. Pero la de la víspera —la idea del asesinato— me había abandonado por completo. De suerte que no me preocupaba absolutamente de la representación de esa noche. Si hubiera tenido la menor duda, no hubiera escogido ese número; estoy casi convencido de eso. Ya que en nuestro repertorio contábamos con otros. La noche, el momento, para nosotros, de entrar en escena acabó por llegar. Aun entonces, la idea de matar no se

me había ocurrido. Como de costumbre para mostrarle al público que los cuchillos son verdaderas láminas cortantes, rasgué hojas de papel y los clavé en el piso del escenario. Poco después mi mujer hizo su aparición, muy maquillada, con un vestido chino de vivos tonos: su aspecto era el de siempre. Con una sonrisa llena de gracia, saludó al público. Luego fue a colocarse delante de la plancha, bien erguida. Recogí un cuchillo y me puse justo frente a ella, a cierta distancia. Por primera vez desde la noche precedente, nuestras miradas se cruzaron. En ese instante, tuve al fin conciencia del peligro que había al escoger, para un día como ese, dicho número y comprendí que si no hacía lo imposible para dominarme, era la catástrofe; que precisaba, cueste lo que cueste, calmar mi sobreexcitación del día, mis nervios en punta y prestos a ceder. Hice todo lo que pude para reencontrar mi equilibrio. Pero estaba por demás fatigado para poder lograrlo: la fatiga me roía ya hasta el alma misma. Desde entonces, sentí, sentí confusamente que ya no confiaba en mi brazo. Probé a recobrarme, cerrando los ojos un instante: sentí que las piernas me vacilaban como si fuera presa del vértigo.

Y el momento llegó. Lancé el primer cuchillo, por encima de la cabeza: la hoja se clavó dos o tres centímetros más alto de lo acostumbrado.

Luego, lancé uno de cada lado, debajo de los brazos que mi mujer tenía levantados a la altura de los hombros. Cuando el cuchillo se separaba de mis dedos, era como si estuviera pegado a mi piel, como si estuviera recubierto de goma. No sabía muy bien adónde iban a clavarse las hojas. Cada vez, tenía la impresión de que yo me decía: «¡Bien!». Me repetía: «¡Sosíégate!»... Pero cuanto más la idea me invadía la conciencia, más torpe sentía los brazos... Acababa de acertar el lanzamiento sobre el lado izquierdo del cuello de mi mujer y ya me disponía a hacer lo mismo sobre el costado derecho, cuando

ella mostró, de pronto, una expresión extraña, como si, súbitamente, fuera presa de un horrible pánico... ¿Tuvo el presentimiento de que la hoja presta a volar hacia ella iba a clavársele en el cuello? ¿Cómo saberlo? El caso es que el eco de tal espanto repercutió con intensidad extraordinaria hasta el fondo de mi propio corazón. Tuve como una especie de aturdimiento. Sin embargo, acabé por lanzar —con todas mis fuerzas— el cuchillo que tenía en la mano, al buen tuntún, sin ver el blanco en la oscuridad por decirlo así

El juez permaneció silencioso.

—Pensé: «¡Ya está! ¡la he matado!».

—¿Qué quieres decir? ¿Qué lo hiciste expresamente?

—Sí. De pronto tuve el sentimiento de haberlo hecho expresamente. —¿Se dijo que después te arrodillaste cerca del cadáver y que te pusiste a rezar en silencio?

—Era un ardid cuya idea me vino entonces, de golpe. Sabía que, para todo el mundo yo era un cristiano ferviente: quise, haciendo creer que oraba, darme tiempo para reflexionar sobre la actitud que debía adoptar.

—¿Estabas absolutamente persuadido de haber actuado voluntariamente?

—Sí, pero enseguida me di cuenta de que eso podía pasar por un accidente.

—¿Pero, en fin, hay algo que te hizo pensar que lo habías hecho expresamente?

—Mi desconcierto interior.

—¿Y creíste que tu ardid engañaría a todo el mundo?

—Después, solo con pensarlo, me estremezco: hice de modo que mi pavor, mi desconcierto, a la vez que mi dolor, aparecieran lo más naturales posibles; pero si se hubiera encontrado allí, así fuese una persona poco clarividente, habría notado sin falta, creo, lo que había de estudiado en mi comportamiento. El solo hecho más tarde, de volver a ver la manera cómo me

comporté, me hizo sudar frío... Por la noche resolví, costara lo que costara, hacerme declarar inocente. Y primero, en lo concerniente a la presunción de homicidio, me sentí perfectamente tranquilizado, en vista de que ningún hecho positivo podía ser usado contra mí. Ciertamente, todos estaban al corriente de nuestra desavenencia y era necesario admitir que se sospechaba de mí, el haber premeditado mi golpe. Mas si yo me encaprichaba, en sostener, obstinadamente, que se trataba de un accidente, bien precisaría que no se vaya más allá. Que se hayan hecho conjeturas, sospechado de nuestro desacuerdo: ¡tal vez! ¡Mas de allí proveer la prueba!... en pocas palabras, estaba convencido de estar relajado, a falta de pruebas suficientes. Entonces retomé con calma en mi cabeza el hilo de los acontecimientos, ensayé dar el último toque en mí mismo, a mi disposición, de modo de representar las tesis del accidente con la mayor verosimilitud y de la manera más convincente posible. Sin embargo, en esto me asaltó una duda: ¿qué razón me hacía pensar que había matado intencionalmente? La noche precedente, se me había ocurrido la idea de matar, en efecto; mas me pregunté si eso bastaba para hacerme concluir en la premeditación. Poco a poco llegué a no saber muy bien lo mismo. Y luego, de golpe, una suerte de excitación me cogió hasta el punto de no poder estar quieto. Me sentí muy feliz. Era más fuerte que yo. Tenía ganas de gritar a grito pelado.

—¿Terminante por estar íntimamente convencido de que se trataba de un accidente?

—No, no estaba aún en ese punto. Simplemente estaba en el punto de no ver nada claro en mí. Después me he persuadido de que decirlo todo con franqueza no me impediría disculparme. Llegar ahí es el único problema que se me plantea ahora. He pensado que, para llegar ahí, será infinitamente más eficaz ser sincero, osar decir que no sabía cómo las cosas

se habían producido, antes que engañarme a mí mismo y aferrarme a la versión del homicidio accidental. ¿Hubo accidente? No puedo afirmarlo categóricamente. ¿Gesto premeditado? Tampoco puedo absolutamente pretenderlo. La verdad es que se me ha hecho imposible decir honestamente nada al respecto.

Han se cayó. El juez guardó silencio, también él, algunos instantes. Luego, como hablándose a sí mismo:

—No veo nada, en todo esto, que suene falso, —dijo. Dime, ¿has experimentado alguna pena, aun ligera, por la muerte de tu mujer?

—Ni siquiera la menor. Nunca, hasta en tiempos cuando más la odiaba, hubiera imaginado que un día iba a hablar de su muerte con tanta satisfacción.

—Bueno. Puedes retirarte, dijo el juez.

Han salió de la oficina sin decir palabras, inclinando un poco la cabeza.

El juez sintió surgir en él una exaltación cuya causa no discernía y cogiendo su pincel escribió al instante: Inocente.

Traducido del francés por Javier Sologuren

TATUAJE

Junichiro Tanizaki (1885–1965)

ESTAS COSAS SUCEDIERON cuando todavía florecía la noble virtud de la frivolidad, cuando aún se desconocía la actual inexorable lucha por la existencia. Los rostros de los jóvenes aristócratas y de los escuderos no estaban ensombrecidos por nube alguna; en la corte, las damas de honor y los grandes señores siempre tenían una sonrisa en los labios; ciertas profesiones, como las de bufones y las de ingeniosos de las casas de té, eran tenidas en gran estima; la vida era apacible y colmada de alegría.

En el teatro y los escritos de la época se consideraban inseparables la belleza y el poder.

La belleza física, sin duda, era la principal aspiración de la vida y, para su consecución, la gente llegaba hasta el extremo de hacerse tatuar. En sus cuerpos se confundían las brillantes líneas y los colores en una suerte de danza, los visitantes de los barrios alegres preferían alquilar palanquines llevados por hombres que tuvieran el cuerpo hábilmente tatuado y las cortesanas de Yoshiwara y Tatsumi otorgaban sus favores a los hombres cuyos cuerpos mostraban bellos tatuajes. Parroquianos de los antros de juego, bomberos, mercaderes y hasta samurais, todos recurrían al arte del tatuaje. Se presentaban, con frecuencia, exhibiciones del tatuaje en las que los participantes tocaban con los dedos el tatuaje de los demás, alabando el diseño original de unos y criticando los defectos de otros.

Había un joven tatuador de admirable talento. Estaba de moda y su reputación rivalizaba hasta con la de los grandes maestros de la antigüedad: Charibun de Asakusa, Yakkohi de

Matsushimache y Konkoonjiro. Su trabajo era muy apreciado en las exhibiciones de tatuajes y la mayoría de los admiradores de este arte aspiraban a ser sus clientes. Mientras que el artista Darumakin era conocido por sus magníficos dibujos y Karakusa Genta era el maestro del tatuaje con cinabrio, este hombre, llamado Seikichi, era famoso por la originalidad de sus composiciones y por la voluptuosa apariencia de sus dibujos.

Anteriormente, había gozado de cierta reputación como pintor perteneciente a la escuela de Toyokumi y Kunisada y se especializaba en pintura de género. Al descender al rango de tatuador, aún conservaba el verdadero espíritu de un artista y una gran sensibilidad. Se negaba a hacer su trabajo en gente cuya piel, o cuya disposición anímica, no lo atrajera y los que aceptaba tenían que someterse tácitamente a sus exigencias relativas al diseño y precio de la obra.

Además, tenían que soportar hasta uno o dos meses el dolor agudísimo producido por sus agujas. En el corazón de este joven tatuador se ocultaban pasiones y placeres insospechados. Cuando el pinchazo de sus agujas hacía que la carne se hinchara y fluyera la sangre carmesí, sus pacientes, incapaces de soportar la agonía, emitían gemidos de dolor.

Cuanto más gemían mayor era el extraño placer del artista. Encontraba particular deleite en los diseños con cinabrio que son conocidos por producir el dolor más intenso. Cuando sus clientes habían recibido quinientos o seiscientos pinchazos de la aguja, luego de lo cual tomaban un baño de agua hirviendo para fijar los colores, a menudo se desplomaban casi muertos de dolor a los pies de Seikichi; mientras permanecían allí sin poder moverse, el artista les preguntaba con una sonrisa de satisfacción: «¿Así que duele mucho, eh?».

Cuando tenía que lidiar con un cliente miedoso que hacía rechinar los dientes o lanzaba gritos de dolor, Seikichi decía: «Realmente pensé que usted era oriundo de Kioto, de donde se supone que la gente es valiente.

Por favor, trate de tener paciencia. Mis agujas son a menudo dolorosas». Y, mirando a su víctima llorosa por el rabillo del ojo, continuaba trabajando con total indiferencia.

Si, por el contrario, su paciente soportaba la agonía sin quejarse, decía: «Ah, usted es mucho más valiente de lo que parece. Mas, espere un momento. Pronto no podrá soportarlo en silencio, aunque trate de hacerlo». Y reía mostrando sus blancos dientes. Durante muchos años, la gran ambición de Seikichi había sido tener bajo su aguja la piel lustrosa de una bella muchacha, en la que soñaba tatuar su propia alma. Esa mujer imaginaria tenía que reunir muchas condiciones en cuanto a disposición anímica y carácter; un rostro adorable y una magnífica piel no era suficiente para satisfacer a Seikichi. En vano había buscado, entre las cortesanas más renombradas, una mujer que estuviera a la altura de su ideal. Su imagen estaba siempre en su mente y, aunque ya habían pasado tres años desde que inició su búsqueda, su deseo había aumentado con el tiempo.

En una noche de verano, cuando se encontraba caminando por el distrito de Fukagawa, le llamó la atención un pie femenino deslumbrante de blancura que desapareció entre las cortinas de un palanquín. Un pie puede mostrar tantas variaciones de expresión como un rostro y este pie blanco le pareció a Seikichi la más rara de las joyas. Los dedos perfectamente formados, las uñas iridiscentes, el redondo talón, la piel, tan lustrosa, como si hubiera sido lavada durante años con las límpidas aguas de algún manantial, todo combinado para hacer un pie de absoluta perfección, destinado a conmover el corazón de un hombre y hollar su alma. Seikichi supo de inmediato que este era el pie de la mujer que había buscado todos estos años. Gozoso corrió tras el palanquín, en la esperanza de dar un vistazo a su ocupante pero, después de seguirle por muchas calles, lo perdió de vista en una esquina. Desde entonces lo que había sido un vago anhelo se transformó en una de las más violentas pasiones.

Un año después, una mañana, Seikichi recibió una visita en su casa del distrito de Fukagawa. Se trataba de una joven enviada con un encargo por una amiga suya, cierta geisha del barrio de Tatsumi.

—Disculpe, señor, dijo la muchacha tímidamente. Mi ama me ha pedido que le entregue este abrigo personalmente y le solicite que tenga bien hacerle un diseño en el forro.

Le entregó una carta y un abrigo de mujer; este último envuelto en un papel donde aparecía el retrato del actor Iwai Tojaku. En la carta, la geisha le informaba que la joven mensajera era su pupila recientemente adoptada y que pronto haría su estreno como geisha en los restaurantes de la capital. Le solicitaba a Seikichi que hiciera lo posible por iniciarla en su nueva profesión.

Seikichi miró atentamente a su visitante que, aunque no tenía más de dieciséis o diecisiete años mostraba en su rostro una extraña madurez. En sus ojos se reflejaban los sueños de todos los hombres bien parecidos y de las bellas mujeres que habían vivido en la ciudad, donde convergían las virtudes y los vicios de todo el país. Luego, Seikichi dio una mirada a sus delicados pies, calzados con chanclos de paja.

—¿No serías tú la que salió en un palanquín del restaurante Hirasei en junio pasado?

—Sí, señor, era yo, dijo sonriendo por la extraña pregunta. Mi padre aún vivía entonces y solía llevarme a menudo a ese restaurante.

—Te he estado esperando durante cinco años, dijo Seikichi. Esta es la primera vez que te he visto la cara, pero recuerdo muy bien tu pie. Hay algo que quisiera que vieras. Por favor, entra y no tengas temor.

Así diciendo, tomó la mano de la renuente muchacha y la condujo por la escalera a una habitación de la que se podía contemplar el gran río. Sacó dos rollos grandes de pintura y los extendió frente a ella.

Era un retrato de Mo Hsi, la princesa favorita del antiguo emperador chino Chou, el Cruel. Apoyada lánguidamente con-

tra la balaustrada, el borde de su vestido de rico brocado descansaba en los peldaños de la escalera que conducía al jardín. Su pequeña cabeza era tan delicada que parecía no poder soportar el peso de su corona incrustada de lapislázuli y coral. En la mano derecha sostenía una taza, ligeramente inclinada y, con expresión indolente, observaba a un prisionero pronto a ser decapitado en el jardín. Con la mano y el pie atados a una estaca, este esperaba allí su última hora; tenía los ojos cerrados, la cabeza gacha. Cuadros con tales escenas tienden a ser vulgares, pero el artista había pintado tan hábilmente las expresiones de la princesa y del condenado que convertía a este rollo en una obra de arte consumada.

Durante un rato, la joven fijó la mirada en la extraña pintura. Inconscientemente, sus ojos empezaron a brillar y sus labios temblaron; poco a poco su rostro comenzó a parecerse al de la joven princesa china.

—Tu alma está reflejada en esa pintura —exclamó Seikichi, sonriendo con placer mientras la miraba.

—¿Por qué me ha mostrado ese cuadro terrible? —preguntó la muchacha, colocando la mano en su pálida frente.

—La mujer retratada aquí eres tú misma. Su sangre fluye en tus venas.

Seikichi, entonces, desenrolló el otro cuadro titulado «Las víctimas». Al centro, una joven estaba apoyada en un cerezo, mirando innumerables cadáveres de hombres que yacían a sus pies; se percibía en su rostro orgullo y satisfacción. Saltando entre los cadáveres, una bandada de pajaritos gorjeaba alegremente. ¡Imposible decir si el cuadro representaba un campo de batalla o un jardín primaveral!

—Este cuadro simboliza tu futuro. —dijo Seikichi, señalando el rostro de la joven que de nuevo se parecía extrañamente a su visitante.

—Los hombres que yacen en el suelo son los que darán la vida por ti.

—¡Oh, se lo ruego! —gritó la muchacha—, guarde ese cuadro. —y como para escapar de su terrible fascinación, dio la espalda al rollo y se arrojó al piso de esteras. Permaneció allí con los labios temblorosos.

—Maestro, le confesaré. Como usted ha adivinado, soy de la misma naturaleza que esa mujer. Tenga piedad de mí y esconda el cuadro.

—¡No hables como una cobarde! Al contrario, deberías estudiar el cuadro con detenimiento y pronto dejaría de asustarte.

La muchacha no podía resignarse a levantar la cabeza, permaneció escondida en la manga de su *kimono*. Siguió postrada en el suelo diciendo una y otra vez:

—Maestro, déjeme ir a casa. Me atemoriza estar con usted.

—Te quedarás un rato, contestó Seikichi imperiosamente. Solo yo tengo poder para hacer de ti una mujer seductora.

De entre las botellas y agujas de su anaquel, Seikichi seleccionó una redoma que contenía un poderoso narcótico.

El sol brillaba esplendoroso en el río. Sus rayos reflejados en las puertas corredizas daban la impresión de doradas olas que también se proyectaban en el rostro de la joven adormecida. Seikichi cerró las puertas y se sentó al pie de ella. Ahora, por primera vez, podía disfrutar a sus anchas de su rara belleza y pensó que hubiera podido permanecer años sentado allí contemplando ese rostro perfecto.

Pero la urgencia de realizar su designio lo venció al poco rato. Después de sacar sus instrumentos de tatuaje del anaquel, Seikichi descubrió el cuerpo de la muchacha y comenzó a aplicar a su espalda la punta de la pluma que sostenía entre el pulgar, el anular y el meñique de la mano izquierda. Con la aguja en la mano derecha, hizo unas punciones sobre las líneas que iba dibujando. Tal como antaño la gente de Menfis

embelleciera con esfinges y pirámides la magnífica tierra de Egipto, así Seikichi adornó ahora la piel pura de esta joven. Era como si el mismo espíritu del tatuador se introdujera en el diseño y cada gota de cinabrio inyectada era como una gota de su propia sangre que penetraba en el cuerpo de la muchacha.

Seikichi no era consiente del paso del tiempo. Transcurrió la mañana y se hizo de noche. Infatigable, la mano de Seikichi prosiguió su trabajo sin jamás despertar a la muchacha de su sopor. Al cabo, la luna pendía del cielo derramando una lánguida luz sobre los techos al otro lado del río. Aún no había efectuado la mitad del trabajo. Seikichi interrumpió su obra para encender la lámpara, se sentó nuevamente y cogió la aguja.

Ahora, cada trazo demandaba un esfuerzo mayor y el artista suspiraba como si hubiera pinchado su propio corazón. Poco a poco empezó a aparecer el contorno de una araña gigantesca. Al entrar a la habitación el pálido resplandor del alba, este animal de aspecto diabólico estiraba sus ocho patas sobre la espalda de la muchacha.

La noche primaveral llegaba casi a su fin. Ya se podía oír el chapoteo de los remos al pasar las barcas río arriba, río abajo; sobre las velas de las barcas pesqueras hinchidas por la brisa matinal, se podía apreciar la niebla que se elevaba. Y, al fin, Seikichi se resignó a concluir el trabajo. De pie, al lado de la muchacha, se puso a contemplar la enorme araña tatuada en la espalda de la misma y, mientras la miraba, comprendía que en esta obra había expresado la esencia de su propia vida. Ahora que la había completado, el artista fue presa de un sentimiento de vacío.

Para darte belleza he puesto toda mi alma en este tatuaje, murmuró Seikichi.

—¡De ahora en adelante no habrá mujer en el Japón que rivalice contigo! Nunca más conocerás el temor. ¡Todos los hombres, todos, serán tus víctimas!

¿Escuchó ella sus palabras? Un quejido salió de sus labios. Sus miembros se movieron. Gradualmente, empezó a recuperar la conciencia y, mientras permanecía echada, respirando pesadamente, las patas de la araña se movían en su espalda como la de un animal vivo.

—Debes estar sufriendo, dijo Seikichi. Eso se debe a que la araña está abrazando tu cuerpo estrechamente.

La muchacha entreabrió los ojos. Al comienzo tenía una mirada inexpresiva, luego las pupilas empezaron a brillar con un resplandor que igualaba al claro de luna reflejado en el rostro de Seikichi.

—Maestro, ¡déjeme ver el tatuaje! Si usted me ha dado su alma debo, en realidad, haberme convertido en una mujer seductora.

Habló como en sueños y, sin embargo, su voz transmitía una sensación de confianza, de poder.

—Primero, debes tomar un baño para fijar los colores — le contestó Seikichi.

Y añadió con desusada solicitud: Será doloroso, muy doloroso. ¡Ten coraje!

—Soportaré cualquier cosa con tal de ser más seductor: exclamó la joven.

Siguió a Seikichi por las escaleras en dirección al baño y al entrar al agua hirviente sus ojos brillaron de dolor.

—¡Ay, ay, cómo quema! —gimió— Maestro, váyase y espere arriba. Me reuniré con usted cuando esté lista. No quiero que ningún hombre me vea sufrir.

Pero cuando salió del baño no tenía las fuerzas para secarse. Empujó a un lado a Seikichi, que se aprestaba a ayudarla, y se desplomó en el suelo. Gimiendo, permaneció echada con su larga cabellera extendida en el piso. El espejo a sus espaldas reflejaba las plantas de dos pies iridiscentes como de madreperla.

Seikichi se dirigió a los altos para esperarla, y cuando, al fin, ella llegó, estaba vestida esmeradamente. Su cabello húmedo había sido peinado y caía sobre sus hombros. Su delicada boca y cejas curvadas ya no mostraban su penosa experiencia y, al mirar el río, había un destello frío en sus ojos. A pesar de su juventud, tenía el aspecto de una mujer que había permanecido años en casas de té y adquirido el arte de subyugar los corazones de los hombres. Asombrado, Seikichi reflexionó sobre el cambio experimentado por la tímida muchacha desde el día anterior.

Se dirigió a la otra habitación y sacó los dos rollos de pintura que le había mostrado.

—Te ofrezco estas pinturas —dijo— y también, por supuesto, el tatuaje. Son tuyos, puedes llevártelos.

—Maestro, —contestó— mi corazón está ahora libre de todo temor. ¡Y usted... usted será mi primera víctima!

Le lanzó una mirada penetrante como una hoja de sable recién afilado. Era la mirada de una joven princesa china y de la otra mujer que estaba apoyada en un cerezo rodeada de pájaros cantores y de cadáveres. Una sensación de triunfo recorrió a Seikichi.

—Déjame ver tu tatuaje —le dijo—. Muéstramelo.

Sin decir palabra, ella inclinó la cabeza y desabrochó su vestido. Los rayos del sol matinal bañaron la espalda de la joven y la araña pareció incendiarse con sus resplandores.

Traducido del inglés por Ilia Sologuren

KESA Y MORITO

Ryunosuke Akutagawa (1892–1927)

NOCHE. Morito contempla la luna nueva mientras camina sobre las hojas secas caídas junto a una pared. Está sumido en sus pensamientos.

Allí está la luna. Acostumbraba esperarla, pero ahora su brillo me llena de horror. Cuando pienso que seré un asesino antes de que acabe la noche, no puedo dejar de temblar. ¡Imaginen estas dos manos tintas de sangre! ¡Qué malvado me sentiré en ese momento! Sin embargo, si tuviera que matar a un odioso enemigo mi conciencia no me remordería tanto. Hoy debo matar a un hombre a quien no odio.

Lo conozco de vista desde hace tiempo. Wataru Saemonnojo. Aunque su nombre es aún nuevo para mí, no puedo recordar hace cuánto tiempo vi por primera vez ese rostro algo más que bello. Por cierto que me puse celoso cuando me enteré de que era el marido de Kesa, pero mis celos han desaparecido por completo. De manera que, aun cuando sea un rival en el amor, no experimento ni odio ni rencor hacia él. No se diría que soy compasivo. Cuando Koromogawa me dijo cuánto le había costado conquistar a Kesa, en realidad pensé muy bien de él, ¿no llegó tan lejos hasta el punto de tomar clases para escribir poesía simplemente para cortejarla? Me veo sonreír ligeramente cuando pienso en los poemas de amor escritos por ese simple y honesto samurai. No es una risa burlona: es más bien conmovedor que haya hecho tales esfuerzos por complacerla. Quizá el ansia de complacer a la mujer que amo me produce a mí, su amante, cierta satisfacción.

Pero, ¿puedo realmente decir que amo a Kesa? Nuestra aventura amorosa ha tenido dos fases: el pasado y el presente. Yo ya estaba enamorado de ella antes de que se casara con Wataru. O pensé que lo estaba. Ahora que lo recuerdo, mis sentimientos no eran tan puros. ¿Qué era lo que deseaba de Kesa en ese momento cuando hasta entonces no había tenido una mujer? Obviamente deseaba su cuerpo.

No estoy muy alejado de la verdad al decir que mi amor era solo un embellecimiento sentimental de ese deseo. Por ejemplo: es verdad que no la olvidé durante tres años después de romper relaciones. Pero, ¿hubiera seguido estando enamorado si ya me hubiera acostado con ella? Convengo en que no tengo el coraje de admitirlo. Gran parte del amor que le prodigué después se debía al pesar de que nunca la había poseído. De modo que cavilaba sobre mi descontento hasta que al fin caí en esta relación que temía y, sin embargo, anhelaba. ¿Y ahora? Permítaseme preguntármelo otra vez. ¿Quiero en realidad a Kesa?

Y después de alrededor de seis meses logré mi objetivo. No solo eso. Le hice el amor exactamente como había soñado. Mas la idea que me obsesionaba entonces no era el pensar de no haber dormido con ella. Cuando por casualidad la vi hace tres años durante la ceremonia de consagración del Puente Watanabe, comencé a imaginar todos los medios posibles para encontrarme con ella en secreto. El vernos en la casa de Koromogawa había hecho que mi pesar se esfumara. Sin lugar a dudas, se había debilitado debido a que tuve otras mujeres. Pero la verdadera razón es que Kesa ya no era bella. ¿Qué le había pasado a la Kesa de hace tres años? Ahora su piel era opaca, sus suaves mejillas y cuello se habían marchitado; solo esos ojos negros, claros, altivos... pero con ojeras. El cambio que se había operado en ella tuvo un efecto abrumador sobre mi deseo. Recuerdo qué conmoción sentí, cara a cara con ella al fin y, sin embargo, tuve que mirar a otro lado.

Entonces, ¿por qué hice el amor con una mujer que parecía tan poco atractiva?

En primer lugar, sentí un imperioso deseo de conquistarla. Allí estaba Kesa, expresando con deliberada exageración cuánto amaba a su marido. Pero para mí eran palabras vacías. Está orgullosa de él, pensé. O si no: ella teme que me compeadezca. Cada vez me sentía más ansioso de exponer sus mentiras. ¿Por qué pensaba que estaba mintiendo? Si alguien me dijera que el orgullo tenía algo que ver con mi sospecha no podría negarlo del todo. No obstante, creía que ella estaba mintiendo. Aún lo creo.

Pero no era solo el deseo de conquistarla lo que me dominaba. En mayor medida —y me hace sonrojar el pensar en ello— estaba impulsado por la pura lujuria.

No era el pesar de no haber dormido nunca con ella. Era una vulgar lujuria por amor de la lujuria que podía haber sido satisfecha con cualquiera otra mujer. Un hombre que hubiera tomado una prostituta no habría sido tan grosero.

De todos modos, por esos motivos, finalmente hice el amor con Kesa. O más bien me obligué a hacerlo. Y ahora, cuando regreso a mi primera pregunta, no, no es necesario seguir preguntándome si la quiero o no. A veces la odio. Especialmente cuando todo terminó y ella yacía allí llorando... al atraerla hacia mí, ella parecía más desagradable que yo. Cabellos enredados, maquillaje embarrado en sudor... todo mostraba su fealdad de cuerpo y mente. Si hubiera estado enamorado de ella hasta ese momento, esa hubiera sido la ocasión para que el amor desapareciera para siempre. O, de lo contrario, un nuevo odio nacería en mi corazón. ¡Pensar que esta noche, por causa de una mujer que no amo, voy a asesinar a un hombre que no odio!

Y, en realidad, solo debo culparme a mí mismo. Lo sugerí atrevidamente.

—¡Matemos a Wataru!...¡Cuándo pienso en que susurré esas palabras a sus oídos empiezo a dudar de mi propia cordura! Pero las susurré aunque sabía que no debía hacerlo y lo desaprobé resueltamente. ¿Qué me impulsaba a ello? Viéndolo en retrospectiva, ahora no lo puedo ni imaginar. Si tengo que decidir, supongo que cuanto más la despreciaba y odiaba sentía que era necesario someterla a la humillación. ¿Qué podría ser mejor que decir que deberíamos matar a Wataru —ese esposo del que ella tanto se enorgullecía— y obligarla a dar su consentimiento? Y así, como un hombre presa de una pesadilla, la presioné para que aprobara este asesinato que yo no quería cometer. Si ese no es motivo suficiente, solo puedo decir que algún poder desconocido, llamémosle un espíritu maligno, me indujo a seguir adelante. Sea como fuere, continué susurrando inflexiblemente al oído de Kesa la misma cosa, una y otra vez.

Después de un momento, me miró y dio su consentimiento humildemente. Pero no me sorprendió lo fácil que había sido persuadirla, sino que entonces, por primera vez, vi un resplandor curioso en sus ojos... ¡Adúltera! Un súbito abatimiento me despertó al ver el horror de mi dilema. ¡Cómo detestaba a esa criatura inmundada y repulsiva! Quería retractarme de mi promesa. Deseaba arrojar a esa traidora mujer a los abismos de la humillación. Entonces, aun cuando me hubiera satisfecho con ella, mi conciencia habría ocultado mi indignación. Pero era imposible. Mientras me miraba a los ojos su expresión cambió como si supiera exactamente lo que yo estaba pensando. Lo confieso con toda franqueza: la razón por la que me encontraba fijando el día y la hora para matar a Wataru era el tiempo de que, si me negaba a hacerlo, Kesa tomaría su venganza. Sí, y este miedo aún ejerce su implacable dominio sobre mí. No me importa que se rían de mi cobardía, ¡no vieron a Kesa en ese momento! Desesperado la observaba llorar sin

lágrimas y pensé: si no lo mato, ella se aseguraría de que, de algún modo, yo sea la víctima, de manera que lo mataré para acabar de una vez con ello. Y después de que hice la promesa ¿no vi la sonrisa en su pálido rostro mientras agachaba la cabeza?

¡Ahora, debido a esta maldita promesa voy a añadir el asesinato a todos mis otros crímenes! Si rompo esta promesa que pende sobre mí esta noche... pero no, no puedo. Por una parte está mi juramento. Por otra, dije que temía su venganza.

Y eso es realmente cierto. Pero, hay algo más... ¿Qué? ¿Cuál es el poder que conduce a un cobarde como yo a asesinar a un hombre inocente? No lo sé. No lo sé, aunque posiblemente... pero eso no podría ser... desprecio a la mujer. Le temo. La detesto. Y, sin embargo,... quizás se deba a que la amo.

Morito se pasea silencioso. Claro de Luna. Se oye una voz cantando una balada.

*La oscuridad amortajada el corazón humano
En una noche sin límites;
Solo el fuego de la pasión terrenal
Arde y muere con la vida.*

Noche. Kesa está sentada al lado de unas cortinas de gasa de su lecho, de espaldas a una lámpara. Mordisquea su manga, sumida en sus pensamientos.

Me pregunto si vendrá o no. Seguramente lo hará. No obstante, la luna ya está ocultándose y no se siente ni un paso. Puede haber cambiado de parecer. Si no viene... Oh, nuevamente tendré que exponer mi inicuo rostro al sol, como una prostituta. ¿Cómo puedo ser tan desvergonzada? Seré como un cadáver tirado en el camino, humillado, pisoteado y luego expuesto desvergonzadamente a la luz. Y tendría que permanecer en silencio. Si eso sucede, aun mi muerte no sería el fin de todo.

Pero no, él vendrá. Cuando lo miré a los ojos, antes de separarnos ese día, supe que lo iba a hacer. Me teme. Me odia y desprecia y, sin embargo, me teme. Por cierto, si tuviera que confiar solo en mí misma no podría estar segura de su venida. Pero confío en él. Confío en su egoísmo. Sí, confío en el odio repugnante que crea su egoísmo Y, por tanto, puedo estar segura de él. Vendrá a hurtadillas...

¡Pero, qué cosa más despreciable soy ahora que he perdido la confianza en mí misma! Hace tres años dependía sobre todo de mi belleza. Quizá sería más cierto decir que hasta ese día, el día que lo conocí en casa de mi tía. Una mirada a sus ojos y vi mi fealdad reflejada en los suyos. Él pretendió que yo no había cambiado y me habló tan seductoramente como si en realidad me deseara. Pero, ¿cómo pueden consolar a una mujer palabras como esas una vez que ella conoce su propia fealdad? Me sentí amarga... asustada... desgraciada. ¡Cuánto peor aún que el ominoso desosiego que sentí cuando niña, en brazos de mi niñera, al ver el eclipse de luna! Él había destruido todos mis sueños! Y entonces la soledad me cubrió como un crepúsculo gris y lluvioso. Temblando con esa soledad, finalmente entregué mi cuerpo inanimado al hombre, a un hombre que ni siquiera amo, ¡a un hombre lascivo que me odia y desprecia! ¿Puedo soportar la soledad de llevar el duelo por mi belleza perdida? ¿Estaba tratando de ocultarlo en ese momento delirante cuando enterré la cabeza en sus brazos? Oh, si no fuera así, ¿Estaba siendo atizada por su asquerosa lascivia? ¡Hasta pensar en ello me avergüenza! ¡Me avergüenza! ¡Me avergüenza! Especialmente cuando me soltó y mi cuerpo recobró su libertad. ¡Qué repulsiva me sentí!

Traté de no llorar, pero la soledad y la rabia me hacían verter lágrimas. No me sentía miserable solo por mi infidelidad. Había sido infiel, pero lo peor de todo era que se me despreciaba, odiaba y atormentaba como a un perro leproso. ¿Qué

hice entonces? Tengo apenas un recuerdo vago y distante. Recuerdo que, mientras sollozaba, pensé que su bigote rozaba mi oreja... Y sentí su cálido aliento al susurrarme: ¡Matemos a Wataru! Al escuchar esas palabras experimenté un regocijo extraño que nunca antes había sentido. ¿Regocijo? Si se puede decir que el claro de luna es brillante, me sentí regocijada; pero estaba lejos de ser un regocijo comparable a la fuerte luz solar. Sin embargo, ¿no me reconfortaron esas terribles palabras, después de todo? Oh, para mí —para una mujer— ¡hay aún alegría en ser amada aunque eso signifique asesinar a su propio esposo?

Seguí llorando por un rato como resultado de mis extraños sentimientos de soledad y regocijo de una noche de luna. ¿Y después de esto? ¿Cuándo le prometí finalmente ayudarlo en este asesinato? Solo entonces pensé en mi esposo. Sí, solo entonces. Hasta ese momento estaba obsesionada por mi propia vergüenza. Y no fue su recuerdo sino la vívida imagen de su rostro sonriente mientras me decía algo. En ese momento se me ocurrió el plan. Estaba lista para morir y era feliz.

Pero cuando dejé de llorar y miré sus ojos mi fealdad aún se reflejaba en ellos. Sentí que la felicidad se desvanecía... nuevamente pienso en la oscuridad del eclipse que vi con mi niñera... era como si todos los espíritus malignos que acechaban por debajo de mi alegría se hubieran liberado súbitamente. ¿Era en realidad porque amaba a mi esposo que quería morir en su lugar? No, era un pretexto.

Quería compensar el pecado de haber rendido mi cuerpo a ese hombre. No tengo el coraje para suicidarme y me preocupa terriblemente qué pensarán los demás. Todo esto podrá ser quizá perdonado, pero es mucho más desagradable, mucho más horrible. Con el pretexto de sacrificarme por mi marido, ¿no quería, en realidad, vengarme del odio que sentía ese hombre por mí, de su desprecio, de su perversa y ciega

lujuria? Sí, estoy segura de eso. Mirándole la cara perdí ese extraño regocijo de claro de luna y el corazón se me heló de dolor. No moriré por mi esposo. Moriré por mí misma. Moriré de amargura por mis sentimientos heridos, resentida de ver mi cuerpo contaminado. ¡Oh, ni siquiera tengo una razón decente para morir!

Sin embargo, ¡qué mejor que morir esa indigna muerte a seguir viviendo! De modo que simulé una sonrisa y prometí una y otra vez ayudar a matar a mi esposo. Él es lo suficientemente listo para adivinar qué haré si me falla. Hasta juró hacerlo, de modo que con toda seguridad vendrá a hurtadillas... ¿Es eso el viento? Cuando pienso que todos estos tormentos terminarán esta noche, siento un inmenso alivio.

Mañana, la fría luz del alba caerá sobre mi cuerpo decapitado. Cuando lo vea, mi esposo... no, no quiero pensar en él. Me ama, pero no puedo corresponderle. Solo he amado a un hombre y esta noche mi amante me matará. Hasta la luz de la lámpara está empañada... en esta dulce y última tortura.

Kesa apagó la luz. Luego, el débil sonido al abrirse una mampara, y un rayo de pálida luna cayó sobre las cortinas.

Traducido del Inglés por Ilia Sologuren

LA LUNA EN EL AGUA

Yasunari Kawabata (1892-1927)

UN DÍA, a la joven se le ocurrió tomar su espejo de mano para mostrarle a su marido, que guardaba cama siempre en un cuarto del segundo piso, una parte del huerto. No se necesitaba más para ofrecerle una nueva vida al enfermo, y eso tendría consecuencias que ella no había imaginado.

El espejo de mano provenía del neceser de su ajuar, un neceser de morera bastante modesto, tal como el marco del espejo. Este objeto le recordaba siempre la molestia que sentía al inicio de su matrimonio, al servirse de él para ver bien el reflejo de su nuca en el espejo de tres cuerpos. La manga se le deslizaba entonces, desnudándole el brazo por encima del codo.

—¡Qué torpe eres, Kyoko! Dámelo, lo voy a sostener.

Cuando salía del baño, su marido parecía hallar cierto placer al proyectar, desde todos los ángulos, espejos en mano, la imagen de esta nuca sobre el espejo grande. ¿Se revelarían las cosas bajo un aspecto nuevo, la primera vez que se reflejaran en el espejo? En verdad, Kyoko no era torpe, pero ella encontraba terriblemente incómodo que su marido la observara así de espaldas.

El marco de morera no tuvo tiempo de decolorarse en el cajón. Se produjo la guerra: fueron evacuados, luego el hombre cayó enfermo. Cuando la joven esposa tuvo la idea de mostrarle el jardín en el espejo, el vidrio se había empañado y el marco cubierto de polvo. Kyoko no se cuidaba de ello; por otra parte, pese a todo se veían las imágenes. Desde entonces, el

inválido guardó este objeto en su cabecera, puliendo meticulosamente, en su aburrimiento, el vidrio y la madera con la nerviosidad propia de los adultos enfermos. A menudo Kyoko, viéndolo soplar encima y verificar el brillo —aunque toda empuñadura hubiera desaparecido—, se imaginaba que los bacilos de la tisis debían albergarse en las imperceptibles fisuras del marco.

Al peinarlo, ella le vertía un poco de aceite de camelia en los cabellos; entonces, él se pasaba las manos por la cabeza para enseguida lustrar la madera del espejito, mientras que la del neceser permanecía empañada.

Kyoko conservó ese neceser cuando se volvió a casar.

Sin embargo, había puesto el espejo de mano en el ataúd, para hacerlo quemar durante la incineración; lo había sustituido por otro, decorado con un motivo esculpido en el estilo de Kamakura, sin haberle hablado nunca de ello a su segundo marido.

Las manos del difunto habían sido unidas inmediatamente con los dedos cruzados, como era costumbre; ella no pudo hacerle sostener el espejo después de haber sido puesto en el ataúd.

—¡Vuestro pecho os ha hecho sufrir tanto! Está aún demasiado duro, —murmuró. Primero, lo había colocado sobre el torso, en recuerdo del rol importante que este espejo había desempeñado en su vida común; pero lo hizo descender hasta el vientre, amontonó encima crisantemos blancos para disimularlo todo lo posible a la vista de sus padres, de sus cuñados y nadie llegó a darse cuenta. Cuando se recogieron los huesos, el vidrio, fundido, formaba una masa irregular de un gris amarillento.

—¡Vaya! ¡Vidrio! Me pregunto qué podría ser eso —dijo alguien. La joven viuda había colocado, además, sobre el espejo de mano, otro, aún más pequeño, rectangular, de dos caras,

que antaño había soñado llevar en su viaje de bodas; a causa de la guerra, no partieron y no tuvo nunca la ocasión de usarlo en vida de su primer marido.

El segundo la llevó en viaje de bodas, mas como el cuero del maletín estaba mohoso, compró otro donde puso, por su puesto, su espejo.

El primer día de su luna de miel, este hombre, acariciándola, le dijo:

—¡Eres como una chica, pobrecita!, y su voz, lejos de contener la sombra de un sarcasmo, dejaba adivinar, al contrario, una feliz sorpresa. Un segundo marido podría hallar encantador que su mujer haya permanecido joven, mas ella, abatida por la pena sentía que las lágrimas acudían a sus ojos. Se retractó. ¿Juzgaría él que eso era también pueril?

Kyoko no lograba ver claro y discernir si sus lágrimas brotaban por ella o por su primer marido; sin embargo, sintiendo, respecto de quien se encontraba a su lado, algún remordimiento por una preocupación semejante, pensó que le debía una pizca de coquetería.

—¿Sería, pues, tan diferente? —dijo, pero al punto la invadió una molestia tal que sentía arder sus mejillas.

Su marido le contestó con aire satisfecho:

—Bien se ve que nunca has tenido hijos.

Esta observación le atravesó el corazón por segunda vez. Ante una virilidad distinta de la de su primer marido, se sintió humillada, un juguete...

—Siempre he tenido la impresión de ocuparme de un niño.

No protestó más. Aun muerto su primer marido, tanto tiempo enfermo, le parecía vivir todavía en ella, como un niño. ¿pero a santo de qué su larga continencia? ¿No estaba de todos modos condenada?

—No he visto a Mori sino de la ventanilla del tren, en la línea de Joetsu—. Al comentarle a la joven sobre su ciudad natal, el hombre la atrajo de nuevo hacia él. Según su nombre,

esa debe ser una bonita ciudad en los bosques. ¿Has estado allí mucho tiempo?

—Hasta el fin de mis estudios en el liceo. Luego se me requirió para trabajar en una fábrica de municiones de Sanjo.

—Vaya, está cerca de Sanjo. Las bellezas de Sanjo son célebres. ¡Por eso es que tú estás bien hecha!

—¡Oh! ¡Qué buscáis allí! Kyoko puso las manos sobre la abertura de su kimono.

—Tus manos, tus brazos son hermosos. Puedo, pues, imaginarme que estás bien formada.

—Pero no... sus manos estorbaban a su marido; la joven las separó suavemente.

—Pienso que me hubiera casado contigo aun si fueras madre de un niño. Una niña, eso habría sido mejor, susurró al oído de Kyoko.

Esta curiosa declaración de amor se podía justificar tal vez por el hecho de que él tenía ya un hijo. La presencia en su casa de este niño explicaba, sin duda, el largo viaje de bodas de diez días, combinado con un sentimiento de delicadeza.

Poseía un maletín de cuero que parecía de buena calidad, grande y sólido sin ser nuevo, de nueva pátina, sea que viajara mucho o que lo cuidara con esmero. El de Kyoko no resistía la comparación. La joven tuvo pena por el primero, el que había dejado enmohecer inutilizado; solo el espejito le había servido a su marido y lo había acompañado en la muerte.

La pequeña placa de vidrio una vez fundida en el espejo de mano, nadie, salvo ella, podía sospechar que hubieran sido originariamente dos objetos diferentes. Nunca había revelado el origen de esta masa curiosa, ¿y quién, pues, habría sospechado la verdad?

Sin embargo, a la joven le parecía que todos los mundos de antaño reflejados en esos dos espejos habían sido bruscamente, despiadadamente destruidos.

Experimentaba el mismo sentimiento de ausencia que ante la desaparición del cuerpo de su marido, reducido a cenizas. El espejo de mano que antes había servido para reflejar el jardín parecía, así mismo, demasiado pesado para el enfermo, cuyos brazos y manos fue preciso masajear; ella le dio el otro, aún más pequeño y más ligero.

Al fin de su vida, su marido no se contentaba con contemplar el jardín de su mujer, sino también el cielo y las nubes, la nieve, las montañas lejanas y los bosques cercanos. Observaba la luna, miraba las flores del campo, las aves de paso. Unos hombres habían seguido el sendero en el espejo y los niños jugaban en el jardín.

La joven se maravillaba de la riqueza, de la inmensidad del mundo reflejado en lo que ella había considerado, hasta entonces, como un simple objeto de tocador adecuado para peinarse los cabellos de la nuca y que había abierto al inválido esta vida nueva. Kyoko se sentaba a menudo a su cabecera y ambos hundían juntos la mirada en el espejo para comentar el universo que descubrían en él. Al cabo de cierto tiempo, ella empezó a distinguirlo de aquel que percibía a simple vista; dos mundos distintos vinieron a coincidir para ella: aquel que recreaba el espejo había adquirido su realidad.

—En el espejo, el cielo brilla como plata, —dijo un día; luego alzando los ojos para mirar por la ventana, añadió— mientras que el otro es gris, nublado.

Cierto, el cielo del espejo no presentaba el aspecto plumizo del cielo real: destellaba.

—¿Será porque lo pulís constantemente?

Sin dejar la cama, el enfermo podía ver el cielo simplemente moviendo la cabeza.

—En efecto, un gris apagado. Sin embargo, su color no es tal vez el mismo para los ojos de los gorriones y de los perros

que para los muertos. ¿Entonces, cómo saber quién percibe el matiz exacto?

—Lo que así nos parece... ¿Este espejo será un ojo?

Kyoko lo habría llamado de buena gana el ojo de su amor. Los árboles aparecían allí de un verde más tierno que los árboles verdaderos, el lirio de una blancura más brillante

—He aquí la huella de tu pulgar, Kyoko, de tu pulgar derecho.

Le señalaba el borde del espejo. Sorprendida y, sin saber por qué, ligeramente atemorizada, la joven sopló sobre la huella para borrarla.

—¡Pero eso no hace nada! Tus huellas marcaban el espejo la primera vez que me enseñaste el huerto.

—No me había dado cuenta de eso.

—Quizá no, en efecto, pero gracias a eso, conozco de memoria las huellas de tus pulgares y tus índices. ¡Se precisa estar clavado en la cama para conocer así las huellas digitales de su mujer!

Desde su matrimonio, este hombre estaba siempre prácticamente enfermo; ni aun siquiera en esta época de violencia, había estado en la guerra.

Llamado hacia el término de las hostilidades, agotado por varios días de excavación en un campo de aviación, había sido dado de baja poco antes de la derrota, cuando ya no se podía tener en pie. Su hermano mayor tuvo que ir a buscarlo con Kyoko, que volvía de la casa de sus padres, con quienes estuvo después de la partida de su marido.

Ellos ya habían hecho expedir casi todos sus enseres y dejaron la ciudad a causa de los bombardeos. Como la casa donde vivieron los primeros años de su matrimonio se había incendiado, alquilaron un cuarto de una de las amigas de Kyoko; su marido se dirigía diariamente a su oficina. De hecho, la joven no lo había tenido sano sino durante un mes en su primer alojamiento, luego un par de meses en casa de una amiga.

Enseguida, se decidió que alquilarían una casa en la montaña para cuidarse.

Otros ciudadanos, refugiados, la habían habitado, mas después de la derrota habían vuelto a Tokio.

Kyoko disponía de un nuevo jardín, un pequeño claro en las altas yerbas que apenas medía cinco metros de lado. Viendo en el campo, habría podido encontrar fácilmente legumbres, pero, en esta época, no se abandonaba de buen grado un precioso huerto; además, ponía interés en lo que hacía crecer con sus manos. No que buscara pretextos para alejarse de la cabecera del enfermo, pero tejer y cocer, por ejemplo, la deprimían. Sus esperanzas se anidaban cuando se dedicaba a su jardín; pensaba constantemente en su marido, en su amor por él. En cuanto a leer, sus lecturas en voz alta le bastaban. Lo cual se debía quizá a sus fatigas de enfermera, mas le parecía que se perdía a sí misma y esperaba que ese trabajo en el huerto le permitiría recuperarse.

Llegaron a la montaña a mediados de septiembre, después de la partida de los visitantes veraniegos, bajo una larga lluvia fría de comienzos de otoño.

Un día, justo antes del crepúsculo, Kyoko se encontraba en el huerto. Alumbraba un sol radiante, el cielo palidecía, los pájaros lanzaban agudos gritos, lucían verdes las legumbres. La joven se exaltaba a la vista de las nubes rosadas que flotaban cerca de las cimas, cuando se sorprendió al oír la voz de su marido. Subió rápidamente al segundo piso, con las manos aún terrosas. El enfermo respiraba con gran esfuerzo.

—¡Hace tiempo que te llamo y no me respondes!

—Excusadme, no os había oído.

—Te ruego renuncies a esa jardinería. Si fuera necesario llamarte de este modo durante varios días, me moriría. Por otra parte, ni siquiera sé donde estás ni qué haces.

—En el huerto. Pero abandonaré la jardinería.

Se suavizó. —¿Has oído cantar al paro?

Era por eso que su marido la llamaba. Mientras hablaban, el pájaro reanudó su canto en un bosque próximo, un bosquecillo que se dibujaba con precisión contra el sol enrojeciéndose; Kyoko aprendió así a reconocer el grito del paro.

—Necesitaríais una suerte de campanilla, de cascabel, os sería cómodo. Hasta que compremos uno, ¿quererías que ponga en vuestra cabecera algo que podrías arrojar?

—¡Una taza de té! Podría tirarla desde el segundo piso, sería divertido.

Kyoko obtuvo, pues, permiso para proseguir en el jardín, mas después del largo y rudo invierno en la montaña, luego del arribo de la primavera, fue que tuvo la idea de mostrar el huerto a su marido.

El espejito procuró muchas alegrías al enfermo, como si el mundo de las jóvenes hojas hubiera resucitado para él. Con todo, no alcanzaba a distinguir los insectos que su mujer retiraba de las legumbres; debía, en consecuencia subir al segundo piso para enseñárselos, pero cuando cavaba: —Hasta veo las lombrices, decía.

En las horas en que el sol hiere diagonalmente, Kyoko, distraída a veces por un resplandor fugaz, levantaba la cabeza hacia la ventana del cuarto; su marido acababa de captar un rayo en el espejo. Le pidió que confeccionara un vestido de jardinero con su viejo kimono de estudiante; se diría que se alegraba de verla vestida así, en el huerto.

A menudo trabajaba, sabiéndose observada, mas sin cuidarse de las miradas de su marido. El corazón se le reanimaba al tomar conciencia de la evolución de sus sentimientos desde los primeros tiempos de su matrimonio; en aquella época, ella se sonrojaba al mostrar solamente el codo al levantar el espejo de una mano detrás de su nuca, en ese juego de espejos paralelos de la mujer en el tocador.

Después de la guerra y la derrota, los cuidados para con el enfermo, luego su duelo, no le habían permitido maquillarse como lo hubiera deseado.

No se acostumbró a ello sino luego de su segundo matrimonio. Se había hermoñado sensiblemente y se daba cuenta de esto. Al decirle su nuevo marido, el primer día de su unión, que estaba bien hecha, debía ser sincero, se dijo más tarde.

Ya no sentía ninguna molestia ante el reflejo de su piel en un espejo, por ejemplo, luego de un baño. En él se veía hermosa. No obstante, conservaba vivaz en su fuero interno ese sentimiento muy personal de la belleza en un espejo que su primer marido le había inculcado; muy lejos de hacerla dudar, había terminado por creer en la existencia de un mundo diferente.

Por cierto, entre su piel, tal como la observaba de cerca, y la imagen que se le devolvía, la joven hallaba más parecido que entre el cielo gris de antaño y su reflejo argentado. La diferencia de distancia del objeto en el espejo no le bastaba para explicarlo: la sed, la nostalgia del inválido había tal vez influido en su visión. Pero entonces, ¿cómo imaginar qué atracción le hallaba su marido al espejo, cuando la miraba del segundo piso? Aun en vida, nada supo de ella.

Guardaba, más aún que su recuerdo, una pena cargada de admiración por todo lo que había constituido su universo particular: su silueta en el trabajo del huerto, esa silueta que él seguía en el espejo antes de su muerte; los chicos de la aldea que jugaban en pandilla por los campos; el azul oscuro de la campanillas y la blancura de los lirios; el sol naciente por encima de las montañas lejanas. Sin embargo, por consideración a su segundo marido, reprimía ese sentimiento que se convertía en una sed intensa y lo rechazaba hacia una lejanía, tal la promesa de un mundo divino. Una mañana de mayo, la joven oyó en la radio cantos de pájaros de los bosques, registrados en una montaña cercana a su lugar de residencia, antes del

fallecimiento del enfermo. Cuando acompañó a su segundo marido hasta la puerta, sacó su neceser para reflejar en su espejo el cielo claro, según su costumbre de antaño. Es entonces que hizo un descubrimiento sorprendente: no se conoce sino el reflejo de su rostro; esos rasgos que os son personales, únicos, permanecen invisibles, Se toca el rostro cada día, como si los rasgos que devuelve el espejo fueran los de vuestro verdadero rostro...

¿Qué significado darle al hecho de que el creador haya modelado a los hombres de manera que no pueden contemplar su propio rostro? Kyoko quedó ensimismada un largo rato.

—¿Viéndolo, uno se volvería loco? ¿Enteramente incapaz de acción? ¿El hombre habría evolucionado hacia una forma tal que su rostro le fuera invisible? Quizá, pensaba Kyoko, la libélula y la mantis religiosa ¿conocían el aspecto de su cabeza?

Kyoko, al guardar su espejo, notó una vez más que este no armonizaba bien con el neceser de morera. ¿Se podría imaginar que este quedara viudo, después del sacrificio del espejo original? Haberlo puesto entre las manos del inválido con el otro, más pequeño, ciertamente había sido beneficioso para él, mas no sin peligro: debía mirarse allí constantemente asustándose de los progresos del mal que le revelaba este rostro, delante de él, en una suerte de diálogo a solas con el dios de la muerte. Si eso era un suicidio psicológico, con el espejo como instrumento, entonces Kyoko sería su asesina. Un día descubriendo este peligro, intentó quedarse con el espejo, pero el enfermo rehusó separarse de él.

—¿Quisieras que ya no vea nada? Mientras viva, quiero poder amar lo que veré.

Para conservar reflejo del mundo, él habría sacrificado su vida.

Cierto día, después de un fuerte aguacero, ambos contemplaban la luna reflejada en un charco de agua. Esta luna, de la

que apenas se podía decir que era la ilusión de una ilusión, rebrotó en el corazón de Kyoko.

—El amor sano no vive sino en el hombre sano—. En las ocasiones, en que su segundo marido profería aforismos de este género, la joven, por supuesto, aquiescía tímidamente, pero sin estar de acuerdo del todo. Se había preguntado, justo después de la muerte de su primer marido, si la continencia rigurosa que habían observado no fue superflua, pero pronto eso se convirtió en un recuerdo conmovedor de su amor, de una época interiormente colmada de ternura. Sus cuitas se disiparon. ¿Su segundo marido no alimentaba acerca del amor de la mujer, opiniones un poco sumarias?

—¿Cómo un hombre tan gentil como vos ha podido dejar a su esposa? —le había preguntado Kyoko, sin obtener respuesta. El mayor de sus cuñados le había insistido mucho en la viabilidad de este matrimonio, que ella aceptó después de haber frecuentado a este hombre durante cuatro meses. Era quince años mayor que ella.

Cuando Kyoko se dio cuenta de que estaba en cinta, quedó tan espantada que su mismo rostro se alteró.

—¡Tengo miedo, tengo miedo! —gemía, aferrada a su marido. Violentos malestares la abrumaban y su espíritu se turbaba. Una mañana salió descalza al jardín para recoger agujas de pino; otro día dio dos escudillas al hijo de su marido que partía para la escuela y ambas contenían arroz; se perdía en contemplación frente al espejo de mano ornado de motivos grabados y lo creía transparente. Una noche, despertándose, se sentó en su lecho para mirar fijamente el rostro de su marido que dormía y, pese a su temor por la precariedad de la vida, se quitó el cinturón de su piyama. Sin duda estaba a punto de estrangularlo cuando, de pronto, se desplomó, llorando y gritando. Su marido, sacado del sueño, anudó el cinturón con un gesto tierno. Ella tiritaba en esa noche de pleno verano.

—¡No le temas al niño que llevas, Kyoko! —le dijo, sacudiéndole suavemente los hombros.

El médico aconsejó la hospitalización. Eso disgustaba a la joven, mas acabó por dejarse convencer.

—Está bien, iré, pero mientras tanto dejemos pasar dos o tres días en casa de mis padres.

Su marido la llevó allá. Desde el día siguiente, Kyoko los dejaba para ir a la montaña donde había vivido con su primer marido. Eso sucedía al comienzo de septiembre, una decena de días antes de la fecha de su llegada, antaño. En el tren, la joven angustiada, presa de náuseas, de vahídos, temía no poder resistir la tentación de saltar por la puerta del tren. Sin embargo, desde que salió de la estación, el aire fresco la alivió. Se repuso, liberada, le parecía, de una posesión. Bajo el efecto de un sentimiento indefinible, se detuvo a contemplar las montañas que rodeaban la planicie.

El contorno de las cimas, de un azul tirando a índigo, se dibujaba con precisión en el cielo.

Kyoko sintió que ese mundo vivía. Se enjugó los ojos que las lágrimas humedecían y se dirigió a pie hacia su antigua morada. En el bosque que antes se recortaba sobre un crepúsculo color de durazno, él cantaba siempre.

Su vieja casa parecía habitada; una cortina de encaje encubría la ventana del primer piso. Kyoko la miraba sin atreverse a acercarse demasiado.

—¿Qué sucederá si el niño se os parece? —murmuró sorprendida de las palabras que acababa de pronunciar; entonces, volvió sobre sus pasos, con un sentimiento de calor y de paz.

Traducido del francés por Javier Sologuren

LA MUJER DE VILLON

Ozamu Dazai (1909-1948)

ME DESPERTÓ EL RUIDO de la puerta principal al abrirse de golpe, pero no me levanté de la cama. Sabía que solo podría ser mi esposo que regresaba borracho a medianoche. Encendió la luz del cuarto contiguo, respirando con fatiga, comenzó a registrar los cajones de una mesa y el estante de libros en busca de algo. Luego de unos minutos, se oyó un ruido como si se hubiera desplomado en el piso. Entonces solo podía oír su jadeo. Preguntándome qué estaría tramando, lo llamé desde donde me encontraba.

—¿Ya comiste? Hay un poco de arroz en el aparador.

—Gracias —contestó en un tono inusualmente gentil—
¿Cómo está el niño? ¿Todavía tiene fiebre?

Esto también era raro. El niño cumplirá cuatro este año pero, ya sea debido a su malnutrición o al alcoholismo de su padre o a una enfermedad, es, en efecto, más pequeño que la mayoría de los niños de dos años. Aún no muestra seguridad al pararse y, en cuanto a hablar, todo lo que puede decir es «yam, yam» o «agg». A veces me pregunto si no será débil mental. Una vez que lo llevé a los baños públicos y lo sostuve en mis brazos para desvestirlo; parecía tan pequeño y lastimosamente flacucho que se me cayó el alma a los pies y rompí a llorar frente a todo el mundo. El niño siempre sufre de alteraciones estomacales o fiebres, pero mi marido casi nunca se queda en casa. Me pregunto si le importa algo su hijo. Si le menciono que el chico tiene fiebre, me dice: «deberías llevarlo al médico». Luego se pone el abrigo y se va a alguna parte.

Quisiera llevar al niño al médico, pero no tengo dinero. No hay nada que pueda hacer sino echarme junto a él y acariciarle la cabeza.

Pero esa noche, sea cual fuere la razón, mi esposo se mostraba extrañamente gentil y, por esta vez, me preguntó sobre la fiebre del niño. Eso no me hizo feliz. Sentí, más bien, una especie de premonición de algo terrible y un sudor frío me recorrió la espina dorsal. No podía pensar en qué decir, así es que me quedé allí en silencio. Por un momento no se sentía ningún ruido sino el jadeo furioso de mi marido.

Entonces, desde la entrada de la casa me llegó la voz fina de una mujer.

—¿Hay alguien en casa? —me puse a temblar como si me hubieran echado un balde de agua fría.

—¿Está usted en casa, señor Otani? —esta vez se notaba un tono cortante en su voz.

Abrió la puerta y llamó con voz decididamente disgustada, —Señor Otani, ¿por qué no contesta?

Al fin, mi esposo se dirigió a la puerta.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó en un tono asustado y estúpido.

—Usted sabe perfectamente bien de qué se trata, —dijo la mujer bajando la voz.

—¿Qué lo lleva a robar el dinero de los demás cuando tiene usted un hogar agradable como este? Ponga fin a esa broma cruel y devuelva el dinero. Si no lo hace me voy de frente a la policía.

—No sé de qué está usted hablando. No voy a permitir sus insultos. No tiene unada que hacer aquí. ¡Fuera! Si usted no se larga seré yo el que llame a la policía.

Entonces se oyó la voz de otro hombre.

—Qué descaró el suyo, debo decir, señor Otani. ¿Qué significa que no tenemos nada que hacer aquí? Usted me asombra. Esta vez es en serio. Es más que una broma cuando se ro-

ba el dinero de una persona. Solo el cielo sabe todo lo que hemos sufrido mi mujer y yo por su culpa. Y encima de todo eso usted comete algo tan bajo como lo que ha hecho esta noche. Señor Otani, me había equivocado con usted.

—¡Chantaje!, —exclamó mi marido airadamente con la voz que le temblaba—. ¡Extorsión! ¡Largo de aquí! Si tienen alguna queja la escucharé mañana.

—Qué cosas más repugnantes dice. Es usted en realidad un pillo. No tengo otra alternativa que llamar a la policía.

En sus palabras había un odio tan terrible que la piel se me puso como carne de gallina.

—¡Váyase al diablo!, —gritó mi marido, pero su voz ya se había debilitado y sonaba hueca.

Me levanté, eché un chal sobre mi camisa de noche y me dirigí a la entrada.

Hice una reverencia a los dos visitantes. Un hombre de cara redonda, de cincuenta años aproximadamente, con un sobretodo hasta la rodilla, preguntó:

—¿Es su esposa? —y, sin el menor vestigio de una sonrisa, apenas inclinó la cabeza hacia mí a manera de saludo.

La mujer era pequeña, delgada, de alrededor de cuarenta años y estaba pulcramente vestida. Aflojó su chal y, también sin sonreír, me devolvió la reverencia con estas palabras:

—Disculpe que hayamos irrumpido en esta forma a medianoche.

Mi marido súbitamente se calzó las sandalias y se dirigió a la puerta. El hombre lo asió del brazo y los dos lucharon por un momento.

—¡Suélteme o lo acuchillo!, gritó mi marido y un cuchillo brilló en su mano derecha. El cuchillo era una posesión cara para él y recuerdo que a menudo lo guardaba en el cajón de su escritorio. Cuando llegó a casa debió haber estado espe-

rando que se presentaran problemas y lo que andaba buscando era el cuchillo.

El hombre retrocedió y en ese momento mi esposo, agitando las mangas de su abrigo como un enorme cuervo, salió disparado.

—¡Ladrón!, —gritó el hombre y comenzó a perseguirlo, pero yo corrí descalza hacia la reja de la entrada y me aferré a él.

—Por favor, no lo haga. No será de ningún beneficio que uno de ustedes sea herido. Me haré responsable de todo.

La mujer dijo: —Sí, ella tiene razón. Nunca se puede saber qué hará un lunático.

—¡Puerco! ¡Esta vez es la policía! Ya no lo aguanto más el hombre permaneció en el sitio mirando la oscuridad de la calle y hablando para sí mismo. Pero la fuerza lo había abandonado.

—Por favor, entren y cuéntenme qué ha pasado. Es posible que yo pueda arreglar las cosas. La casa está hecha un laberinto; pero, por favor, pasen.

Los dos visitantes intercambiaron miradas y gestos de aprobación mutua. Con una expresión diferente, el hombre dijo:

—Me temo que, diga lo que diga, ya nos hemos decidido. Pero será una buena idea contarle, Señora Otani, todo lo que ha sucedido.

—Por favor, pasen y cuéntenme todo.

—No creo que podamos quedarnos mucho tiempo.

Así Diciendo, el hombre empezó a quitarse el sobretodo.

—Por favor, no se lo quite. Hace mucho frío aquí y no hay calefacción en la casa.

—Bien, entonces, si usted me disculpa.

—Por favor, los dos.

El hombre y la mujer entraron al cuarto de mi marido. Se mostraron asombrados de la desolación reinante. Las esteri-

llas parecían que estaban pudriéndose, las puertas de papel estaban hechas jirones, las paredes comenzaban a desplomarse y el papel del armario se había descascarado, dejando la armazón al descubierto.

En una esquina había un escritorio y un estante de libros vacío. Ofrecí a los dos visitantes algunos cojines rotos por cuyas aberturas se salía el relleno y dije:

—Por favor, siéntese en los cojines...las esterillas están sucias. —y nuevamente les hice una reverencia.

—Debo pedir disculpas por todos los problemas que mi esposo parece haberles causado y por la terrible escena de esta noche, sea cual fuere el motivo. Tiene tan extraña disposición a hacer cosas así. Al decir esto se me hizo un nudo en la garganta y rompí a llorar.

—Disculpe la pregunta, señora Otani, pero ¿qué edad tiene Ud? —Preguntó el hombre. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el cojín roto, con los codos en las rodillas, sosteniendo la barbilla con los puños. Al hacerme la pregunta se inclinó hacia mí.

—Tengo veintiséis.

—¿Nada más? Supongo que es natural que sea usted tan joven considerando que su esposo está cerca de los treinta, pero de todos modos me asombra.

Asomando la cara por detrás de la espalda del hombre, la mujer dijo: —No podía dejar de preguntarme por qué el Señor Otani se porta en esa forma teniendo una esposa tan buena como usted.

—Está enfermo. Ese es el motivo. Antes no era así, pero cada día se pone peor.

Dio un gran suspiro y continuó:

—Señora Otani, mi esposa y yo tenemos un pequeño restaurante cerca de la estación de Nakano. Somos oriundos del campo, pero me harté de tratar con granjeros tacaños y vine

a Tokio con mi esposa. Después de los altibajos usuales, nos las arreglamos para ahorrar algo y, alrededor de 1936, abrimos un pequeño restaurante barato para clientes que contarán como máximo con uno o dos yenes para gastar en diversiones. Privándonos de lujos y trabajando como esclavos nos las arreglamos para contar con una provisión de whisky y ginebra. Cuando hubo escasez de licor y muchas otras licoreñas cerraron, nosotros pudimos seguir en el negocio.

Estalló la guerra con América e Inglaterra, pero hasta cuando los bombardeos se tornaron bastante graves, no quisimos ser evacuados al campo, al no tener ningún hijo que nos atara.

Pensamos que más nos valdría seguir con el negocio hasta que el local se incendiara. Su esposo vino por primera vez a nuestro restaurante en la primavera de 1944, según recuerdo. Todavía no estábamos perdiendo la guerra o, si era así, no sabíamos cómo estaban realmente las cosas y pensábamos que si podíamos aguantar unos dos o tres años más se podría lograr la paz bajo términos de igualdad. La primera vez que el Señor Otani apareció en nuestro negocio no estaba solo. Es un poco incómodo relatarle los hechos, pero no me queda más que contarle toda la historia y no guardar ningún secreto. Su esposo se introdujo a hurtadillas por la puerta de la cocina junto con una mujer mayor. Olvidé decirle que en esa época, la puerta principal del negocio permanecía cerrada y solo unos cuantos clientes asiduos entraban por la puerta falsa.

Esta mujer mayor vivía en la vecindad y, cuando se cerró el bar donde trabajaba y ella perdió el puesto, venía a menudo a nuestro local con sus amigos. Es por eso que no nos sorprendió ver a su esposo deslizarse con esta mujer de nombre Akichan. Los conduje al cuarto posterior y les llevé un poco de ginebra. El Señor Otani bebió en silencio esa noche. Akichan pagó el consumo y los dos dejaron juntos el local. Es extraño, pero no puedo olvidar qué gentil y refinado me pareció esa noche. Me pregunto si cuando el diablo hace su primera apari-

ción en la casa de una persona esta actúa en forma tan solitaria y melancólica.

Desde esa noche, el Señor Otani fue un cliente asiduo. Diez días después vino solo y de improviso exhibió un billete de cien yenes. En esa época cien yenes era un montón de dinero, más de dos o tres mil yenes de ahora. Puso el dinero en mi mano y no aceptaba que se lo rehusara. «Cuídelo, por favor», dijo sonriendo tímidamente. Esa noche parecía haber bebido bastante antes de venir y en mi local bebió diez vasos de ginebra tan rápido como se los ponía por delante. Todo esto sucedía casi sin proferir palabra alguna. Mi esposa y yo tratamos de iniciar una conversación, pero él sonreía pudorosamente y hacía vagas inclinaciones de cabeza. De pronto preguntó la hora y se levantó. «No sé qué hacer con él», insistí. Respondió con una sonrisa sardónica: «Por favor, guárdelo hasta la próxima vez. Voy a regresar».

Se fue, señora Otani, esa es la única vez que nos dio algún dinero. Desde entonces, siempre ha despachado con una u otra excusa y, durante tres años, se las ha arreglado para tomar todo nuestro licor, solo, sin pagar ni un centavo—.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, me eché a reír. Todo me parecía tan gracioso aunque no puedo explicar por qué. Me tapé la boca confusa, pero cuando miré a la señora ella estaba riéndose inexplicablemente y luego su esposo no pudo menos que reír también.

—No, ciertamente, no es asunto de risa, pero estoy tan harto que también tengo ganas de reír. En verdad, si usara su habilidad en otra dirección podría convertirse en ministro del gabinete y obtener un Ph.D. u otra cosa que él quisiera.

Cuando Akichan era todavía amigo del señor Otani acostumbraba hacer alarde de él todo el tiempo. Primero que nada, decía, proviene de una familia extraordinaria.

Es el hijo menor del Barón Otani. Era cierto que había sido desheredado por su conducta, pero cuando su padre, el actual barón, muriera, él y su hermano mayor iban a dividirse la masa hereditaria. Era brillante, de hecho un genio. A pesar de su juventud, era el mejor poeta del Japón. Lo que es más, un gran erudito, un verdadero demonio con el alemán y el francés. Al oír hablar a Akichan, se podía pensar que era una especie de dios y lo más gracioso era que no estaba inventando nada. Otras personas también decían que era el hijo menor del Barón Otani y un famoso poeta. Hasta mi esposa, que ya tiene sus años, estaba tan entusiasmada con él como Akichan.

Acostumbraba decirme qué gran diferencia había cuando la gente ha sido bien educada. Y la forma en que suspiraba porque viniera era insoportable. Se dice que ya pasó la época de la nobleza pero, hasta que terminó la guerra, le digo que nadie podía conquistar a las mujeres como ese hijo desheredado de la aristocracia. Es increíble cómo se enamoraban de él. Supongo que era lo que la gente llama ahora «mentalidad de esclava».

Por mi parte, soy un hombre y un tipo muy frío, y no creo que ningún pequeño aristócrata, si usted perdona la expresión, ningún miembro de la nobleza campesina, que es solo un hijo menor, sea tan diferente a mí. Nunca, en ningún momento me alboroté por él en forma tan lamentable. Sea como fuere, ese caballero era mi punto débil. No importaba cuán firmemente me resolviera a no darle ningún licor la próxima vez, cuando aparecía súbitamente, en forma inopinada, con el aspecto de un hombre acosado y yo veía qué aliviado estaba de encontrarse al fin en nuestro local; mi resolución se debilitaba y terminaba por darle el licor que pedía. Hasta cuando estaba borracho, nunca se puso pesado y si solo hubiera pagado su consumo habría sido un buen cliente. Nunca se hacía

propaganda ni mostraba un necio orgullo en ser un genio o algo por el estilo. Cuando Akichan o cualquier otra persona se sentaba junto a él y nos arengaba sobre su grandeza, él cambiaba por completo de tema o decía: «necesito dinero para pagar mi consumo», aguándole la fiesta a todo el mundo.

La guerra terminó al fin. Empezamos a hacer negocio abiertamente con licores del mercado negro y colocamos cortinas nuevas en las ventanas de la fachada. A pesar de su aspecto miserable, el local se veía bastante animado, y tomamos una chica para darle un poco de atractivo. Entonces, quién aparecía nuevamente sino ese maldito caballero. Ya no traía mujeres pero siempre venía en compañía de dos o tres escritores de periódicos y revistas. Tomaba mucho más que antes y acostumbraba lanzar una mirada torva. Comenzó a soltar bromas muy vulgares, cosa que no había hecho nunca antes y, a veces, sin motivo, golpeaba a alguno de los reporteros que había traído e iniciaba una pelea. Lo que es más serio, sedujo a la chica de veinte años que estaba trabajando en nuestro local. Estábamos escandalizados, pero no podíamos hacer nada al respecto a esas alturas. No nos quedó más remedio que dejar las cosas como estaban. Aconsejamos a la chica que se resignara a tener al niño y la mandamos donde sus padres. Rogué al señor Otani para que no volviera más, pero me contestó en tono amenazador: «La gente que hace dinero en el mercado negro no tiene derecho a criticar a los demás. Sé todo sobre ustedes». A la noche siguiente, se apareció como si nada hubiera sucedido.

Quizá fue como un castigo por el negocio del mercado negro que tuvimos que soportar a ese monstruo. Pero lo que ha hecho esta noche no puede ser pasado por alto porque es un poeta o un caballero. Fue simple y llanamente un robo.

Nos robó cinco mil yenes. En la actualidad, todo nuestro dinero es para comprar mercadería y somos afortunados si te-

nemos quinientos o mil yenes en el local. El motivo por el que teníamos cinco mil yenes esta noche era porque había efectuado las cobranzas de fin de año a mis clientes acostumbrados y, así, había logrado juntar esa cantidad. Si no entrego el dinero a los mayoristas inmediatamente no podremos seguir en el negocio. Ese dinero es así de importante para nosotros.

Bueno, mi esposa estaba repasando las cuentas en el cuarto de atrás y había puesto el dinero en el cajón del aparador. Él estaba bebiendo solo en el local, pero parece que se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo. Súbitamente se levantó, fue derecho al cuarto y, sin decir una palabra, empujó a mi mujer a un lado y abrió el cajón. Cogió los billetes y se los metió al bolsillo.

Entramos volando a la tienda, aún mudos de estupor, y luego salimos a la calle.

Le grité que se detuviera y luego los dos corrimos tras él. Durante un instante sentí el deseo de gritar: «¡al ladrón!» para lograr que la gente que se encontraba en la calle se uniera a nosotros pero, después de todo, el señor Otani es un viejo conocido y no podía ser tan duro con él. Decidí que no dejaría que se perdiera de vista. Lo seguiría donde fuera y cuando viera que se había apaciguado, le pediría tranquilamente el dinero. Somos solo pequeños comerciantes y cuando al fin lo encontramos aquí no tuvimos otra alternativa que dominar nuestros sentimientos y pedirle amablemente que nos devolviera el dinero. Y entonces, ¿qué pasó? ¡Sacó un cuchillo y amenazó con apuñalarme! ¡Qué manera de comportarse!

Nuevamente, toda la historia me hacía tanta gracia, por razones que no puedo explicar, que me desternillé de risa. La dama se puso roja y sonrió apenas. Yo no podía parar de reír. Aunque sabía que este comportamiento iba a tener un mal efecto en el propietario, todo parecía tan extrañamente gracioso que reí hasta que brotaron lágrimas. Súbitamente, me pre-

gunté si la frase: «la gran carcajada al fin del mundo», que aparece en uno de los poemas de mi esposo, no significaba algo parecido.

Y, sin embargo, no era asunto que pudiera zanjarse solo riéndose de él. Pensé un momento y dije: —De una manera u otra restituiré el dinero si ustedes esperan un día más antes de recurrir a la policía. Los visitaré mañana sin falta.

Averigüé detalladamente dónde estaba situado el restaurante y les rogué que dieran su consentimiento a esa prórroga. Acordaron dejar las cosas como estaban por el momento y se retiraron. Entonces me senté sola, en medio del cuarto frío tratando de idear un plan. No se me ocurría nada. Me paré, me saqué el chal y trepé sobre las mantas que cobijaban a mi niño dormido. Mientras acariciaba su cabeza pensé qué maravilloso sería si la noche no terminara nunca.

Mi padre solía tener un quiosco en el Parque Asakusa. Mi madre murió cuando yo era joven y mi padre y yo vivíamos solos en una casa de vecindad. Juntos nos encargábamos del quiosco. Mi marido acostumbraba ir de vez en cuando y, antes de que pasara mucho tiempo, ya yo estaba encontrándome con él en otros lugares sin que mi padre se enterara. Cuando salí en cinta, lo persuadí de que me tratara como su esposa, aunque no habíamos legalizado la situación, por cierto. Ahora, el niño esta creciendo huérfano, mientras mi marido abandona la casa tres o cuatro noches seguidas o hasta un mes entero. No sé dónde va ni qué hace. Cuando regresa está siempre borracho y se sienta allí pálido como un muerto, respirando pesadamente y mirándome con fijeza. A veces llora y las lágrimas le corren por las mejillas o, sin advertírmelo, trepa a mi cama y me abraza estrechamente. —¡Oh, esto no puede seguir así. Tengo miedo. Tengo miedo! ¡Ayúdame!

A veces tiembla todo él y hasta después que se queda dormido delira y solloza.

A la mañana siguiente, muestra un rostro abstraído, como un hombre al que se le ha arrancado el alma. Luego desaparece y no regresa durante tres o cuatro noches.

Dos de los amigos de mi marido, dedicados a la publicidad, se han estado ocupando del niño y de mí desde hace un tiempo y nos traen dinero de vez en cuando, suficiente para evitar que nos muramos de hambre.

Estaba dormitando y, antes de que lo advirtiera, abrí los ojos para ver la luz matinal que se vierte a través de las aberturas de la persiana. Me levanté, me vestí, até al niño a mi espalda y salí. Sentía como si no pudiera soportar permanecer un minuto más en la casa solitaria.

Partí a la deriva y me encontré caminando en dirección a la estación. Compré un bollo en un quiosco y se lo di al niño. En un impulso súbito compré un boleto para Kichijoji y subí al tranvía. Mientras circulaba, vi por casualidad un afiche con el nombre de mi esposo. Era la propaganda de una revista en la que él había publicado un cuento titulado «Francois Villon». Mientras miraba el título «Francois Villon» y el nombre de mi marido, lágrimas de dolor salieron de mis ojos, por qué, no puedo decirlo, y el afiche se nubló de manera que no podía verlo.

Me bajé en Kichijoji y, por primera vez en no sé cuántos años, caminé por el parque. Todos los cipreces que estaban alrededor del lago habían sido derribados, el lugar tenía apariencia de un terreno baldío. Estaba extrañamente desolado y frío, por completo diferente a lo que había sido.

Bajé al niño de mi espalda y los dos nos sentamos en una banca rota cerca del lago. Le di de comer un camote que había traído de casa. —Es un lindo lago, ¿no es verdad? Antes había muchas carpas y pececillos de colores, pero ahora no queda ninguno. ¡Qué pena! ¿No? —No sé qué es lo que él pensó. Solo río extrañamente con la boca llena de camote.

Aunque sea mi hijo único, me dio la impresión de que era idiota.

No podía resolver nada permaneciendo sentada en esa banca, de manera que cargué al niño a mi espalda y regresé lentamente a la estación. Compré un boleto para Nakano. Sin pensar ni planear nada, al abordar el tranvía sentí como si hubiera sido tragada por un horrible remolino. Me bajé en Nakano y seguí las indicaciones en dirección al restaurante.

La puerta principal no se podía abrir. Me dirigí a la parte posterior y entré por la cocina. El propietario había salido y su mujer estaba limpiando el local.

Tan pronto como la vi comencé a decir una sarta de mentiras que no me imaginaba capaz de inventar.

—Parece que podré devolverles hasta el último centavo mañana o quizá esta noche. No hay ningún motivo para que se preocupen.

—¡Oh, qué maravilloso! ¡Muchas gracias! —Parecía casi feliz, pero aún se reflejaba en su rostro una sombra de preocupación como si todavía no estuviera del todo satisfecha.

—Es verdad. Alguien traerá el dinero aquí sin falta. Hasta que eso suceda, yo permaneceré en el local en calidad de rehén. ¿Le parece garantía suficiente? Hasta que el dinero llegue será grato ayudarlos en la atención de su negocio.

Bajé al niño de mi espalda y lo dejé jugar solo. Él está acostumbrado de hacerlo y no molesta en absoluto. Quizá porque es estúpido no tiene miedo a los extraños, y sonrió alegremente a la señora. Mientras me fui a la calle a adquirir los artículos racionados para el negocio, la dueña le dio latas americanas vacías para jugar y, cuando regresé, el niño estaba en una esquina de la habitación golpeando las latas y haciéndolas rodar por el suelo. Alrededor de mediodía, el patrón regresó de hacer su mercado.

Tan pronto como lo avisté, proseguí con las mismas mentiras que le había endilgado a su esposa. Estaba sorprendido.

—¿Es correcto lo que usted dice? De todos modos, señora Otani, no se puede estar seguro del dinero hasta que uno lo tiene en las manos —dijo en un tono sorprendentemente calmado, casi explicativo.

—Pero es la verdad, por favor, tenga confianza en mí y espere solamente hoy día antes de hacerlo público. Mientras tanto, yo ayudaré en el restaurante.

—Si el dinero es devuelto, eso es todo lo que le pido. —dijo el patrón casi para sí mismo—. Faltan cinco a seis días para que termine el año, ¿no es verdad?

—Sí, de manera que, usted verá, es decir...¡Oh!, han llegado algunos clientes. ¡Bienvenidos! —Sonreí a los tres clientes. Parecían trabajadores que habían entrado al local y susurré a la señora.

—Por favor, présteme un mandil.

Uno de los clientes llamó: —Diga, usted ha contratado a una belleza. ¡Es magnífica!

—No la echen a perder —dijo el patrón, en un tono que no era del todo en broma, me cuesta un montón de dinero.

—¿Un pura sangre de un millón de dólares? Bromeó groseramente otro cliente.

—Dicen que hasta en los pura sangre la hembra cuesta solo la mitad —contesté en el mismo tono grosero, mientras calentaba el sake.

—¡No seas modesta! De ahora en adelante, en el Japón existe la igualdad de los sexos hasta para los caballos y perros

—bramó el más joven de los clientes.

—Amorcito, me he enamorado. Es amor a primera vista. Pero ¿es tu hijo el que está allí?

—No, dijo la señora trayendo al niño en brazos del cuarto de atrás. Es hijo de nuestros parientes. Al fin tenemos heredero.

—¿Qué le va a dejar además de su dinero? —bromeó un

cliente. El patrón, con una expresión sombría, murmuró: «un asunto amoroso y deudas».

Luego, cambiando de tono

—¿Qué se sirven? ¿Qué tal una parrilla mixta?

Era la víspera de Navidad. Ese debió ser el motivo por el que había un flujo constante de clientes. Yo apenas había comido bocado desde la mañana, pero estaba tan mortificada que me negué a hacerlo aun cuando la señora me urgió a comer algo. Me dediqué simplemente a ir volando por el restaurante tan ligera como una bailarina. Quizá sea solo presunción, pero el local parecía excepcionalmente animado esa noche y había un gran número de clientes que deseaba saber mi nombre o trataban de darme la mano.

Pero yo no tenía la menor idea de cómo iba a terminar todo eso.

Continué sonriendo y contestando las bromas groseras de los clientes con otras aún más groseras en la misma vena, corriendo de cliente en cliente, sirviendo las bebidas. Después de un rato, comencé a pensar que preferiría que mi cuerpo se derritiera y deslizará como si fuera un helado.

Parece que efectivamente suceden milagros en este mundo. Un poco después de las nueve, entró un hombre con un sombrero tricornio de papel, alusivo a la Navidad y una máscara negra que le cubría la parte superior de la cara. Iba acompañado de una mujer atractiva, esbelta, que parecía tener treinta y cuatro o treinta y cinco años. El hombre se sentó en una silla en la esquina, de espaldas a mí; pero apenas entró, yo sabía quién era. El ladrón de mi marido.

Permaneció sentado allí aparentando no prestarme ninguna atención. Yo también pretendí no haberlo reconocido y seguí bromeando con los otros clientes; la dama, sentada frente a mi marido, me llamó a su mesa. Mi esposo me miró fijamente por debajo de su máscara, como si estuviera sorprendido a pesar suyo.

Le di unas suaves palmadas en el hombro y pregunté: «¿No me vas a desear una feliz Navidad? ¿Qué dices? Se te ve como si ya te hubieras endilgado un litro o dos».

La dama no hizo caso de lo dicho y preguntó: «Tengo algo que conversar con el propietario, ¿podría llamarlo un momento?»

Fui a la cocina donde el patrón se encontraba friendo pescado.

—Otani ha regresado. Por favor, vaya a verlo, pero no le diga nada sobre mí a la mujer que lo acompaña. No quiero avergonzarlo.

—Si eso es lo que usted quiere, estoy conforme, asintió tranquilamente y se dirigió al salón. Dio una rápida mirada al restaurante y caminó derecho a la mesa donde estaba sentado mi marido. La bella dama intercambió dos o tres palabras con él y los tres salieron del local.

Todo había concluido. Todo se había arreglado. De alguna manera yo había creído todo el tiempo que así iba a ser y me sentí alborozada. Cogí de la muñeca a un joven cliente de terno azul oscuro, un muchacho de no más de veinte años y grité: ¡Bebed, bebed! ¡Es Navidad!

En solo treinta minutos —no, fue mucho más que eso— tan pronto que me sorprendió, el patrón regresó solo.

—Señora Otani, quiero agradecerlo. Me ha devuelto el dinero.

—Qué gusto tengo. ¿Todo el dinero?

Me contestó con una sonrisa divertida: «Todo lo que tomé ayer».

—Y, ¿a cuánto asciende su deuda en su totalidad, aproximadamente, lo mínimo?

—Veinte mil yenes.

—¿eso lo cubre?

—Es un mínimo.

—Yo lo pagaré. ¿Me puede dar trabajo a partir de mañana?

Lo pagaré con mi trabajo.

—¡Qué cosa! ¡Usted está bromeando! Y nos reímos juntos.

Esa noche me retiré del restaurante después de las diez y regresé a la casa con el niño. Como lo esperaba, mi esposo no estaba; pero eso no me preocupó.

Mañana, cuando vaya al restaurante, que yo sepa, pueda que lo vea. ¿Por qué no se me ocurrió antes un plan tan bueno? Todo el sufrimiento que he experimentado se ha debido a mi propia estupidez. Siempre tuve mucho éxito en atender a los clientes del quiosco de mi padre, seguramente, me volveré muy hábil en el restaurante. En realidad, esta noche recibí alrededor de quinientos yenes en propinas.

Desde el día siguiente mi vida cambió por completo. Me sentí despreocupada y alegre. Lo primero que hice fue dirigirme al salón de belleza a hacerme la permanente. Compré cosméticos y remendé mis vestidos. Sentía que las preocupaciones que me habían abrumado tan duramente habían desaparecido por completo.

En la mañana me levanto y tomo desayuno con el niño. Luego lo cargo a mi espalda y salgo hacia mi trabajo. Año Nuevo es una gran ocasión en el restaurante y he estado tan preocupada que mis ojos están borrosos. Mi marido viene a beber de vez en cuando. Me deja pagar el consumo y luego desaparece. A menudo, se asoma al local tarde en la noche y pregunta si no es hora de que me vaya a la casa.

Entonces, regresamos agradablemente juntos.

—¿Por qué no hice esto desde el comienzo? Me ha traído felicidad.

—Las mujeres no saben nada sobre la felicidad o la infelicidad.

—Quizá no. ¿Y los hombres?

—Los hombres solo conocen infelicidad. Siempre están luchando contra el temor.

—No comprendo. Solo sé que quisiera que esta vida continuara para siempre. El patrón y la señora son tan buena gente.

—No seas zonza. Son campesinos palurdos, avaros. Me hacen beber porque piensan que harán dinero conmigo al final.

—Es su negocio. No los puedes culpar por eso. Pero, esa no es toda la historia, ¿no es verdad? Tú tuviste un enredo con la señora, ¿no es así?

—Hace mucho tiempo. ¿Se dio cuenta el viejo?

—Estoy segura de que sí. Le oí decir suspirando que lo habías perjudicado con una seducción y deudas.

—Debo parecerte un tipo horrible, pero el hecho es que quiero tanto morir que no puedo aguantar más. Desde que nací he estado pensando solo en morir. Por cierto, sería mejor para todos los interesados si estuviera muerto. Y, sin embargo, no parece que vaya a morir. Hay algo extraño y perturbador, como Dios, que no me deja morir.

—Eso es porque tienes tu trabajo.

—Mi trabajo no significa nada. No escribo ni obras maestras ni fiascos. Si la gente dice que algo está bien se convierte en bueno. Si dicen que es malo se torna malo. Pero lo que me asusta es que en algún lugar del mundo está Dios.

—Está allí, ¿no es verdad?

—No tengo la menor idea.

Ahora que han pasado veinte días desde que empecé a trabajar en el restaurante me doy cuenta de que hasta el último de los clientes es un criminal. He llegado a pensar que mi marido es bastante inofensivo comparado con ellos. Y ahora veo que no solo los clientes sino cada persona que uno encuentra en las calles está ocultando algún crimen. Una dama lindamente vestida se acercó a la puerta vendiendo sake a trescientos yenes el litro. Eso era barato, considerando cómo están los precios hoy en día y la señora nos echó la zarpa. Resultó ser adulterado. Pensé que en un mundo en el cual una dama

de aspecto tan distinguido se ve forzada a recurrir a ese tipo de engaño, es imposible para nadie tener la conciencia limpia.

—¡Dios, si existes, muéstrate a mí! Al final de la temporada de año nuevo, fui violada por un cliente. Estaba lloviendo esa noche y no parecía probable que mi esposo fuera a presentarse. Me alisté para irme aunque todavía quedaba un cliente. Recogía al niño que estaba durmiendo en una esquina del cuarto de atrás y lo puse a mi espalda.

—Quisiera que me prestara su paraguas otra vez, le dije a la señora.

—Yo tengo un paraguas. La llevaré a su casa. —Dijo el último cliente, levantándose en actitud decidida. Era un hombre bajo, delgado, de alrededor de veinticinco años, que parecía un obrero fabril. Era la primera vez que venía al restaurante desde que empecé a trabajar allí.

—Es muy amable de su parte, pero estoy acostumbrada a caminar sola.

—Usted vive muy lejos, lo sé. Vivo en el mismo barrio así es que la acompañaré. La cuenta, por favor. Solo había consumido tres vasos y no parecía estar borracho.

Abordamos el tranvía juntos y nos bajamos en mi paradero. Luego, emprendimos el camino bajo la lluvia, lado a lado, bajo el mismo paraguas, por las calles oscuras como boca de lobo. El joven que hasta ese momento no había pronunciado palabra, empezó a hacerlo en forma animada:

—Sé todo sobre usted. Vea usted, soy admirador del señor Otani y también escribo poesía. Esperaba mostrarle algunos de mis poemas, pero me siento muy intimidado.

Habíamos llegado a mi casa. —Muchas gracias. —Dije—. Lo veré nuevamente en el restaurante.

—Adiós, me contestó el joven, yéndose bajo la lluvia.

Me desperté a medianoche al sentir que habían abierto la reja de la calle.

Pensé que era mi esposo que regresaba borracho como de costumbre, de modo que permanecí echada sin decir una palabra. Se oyó la voz de un hombre que decía:

—Señora Otani, discúlpeme por molestarla.

Me levanté, prendí la luz y me dirigí a la entrada. El joven estaba allí tambaleándose de tal modo que apenas podía estar de pie.

—Perdóneme, señora Otani. Al regresar me detuve a tomar otra copa y, a decir verdad, vivo al otro extremo de la ciudad y cuándo llegué a la estación ya había partido el último tranvía. Señora Otani, ¿me permitiría pasar la noche aquí? No necesito frazadas ni ninguna otra cosa. Tendré mucho gusto en dormir aquí en la entrada hasta que salga el primer tranvía mañana en la mañana. Si no estuviera lloviendo, dormiría al aire libre en el vecindario; pero no hay remedio con esta lluvia. Por favor, permítame la entrada.

—Por favor, quédese. —Saqué los dos cojines rotos y se los dí.

—Muchas gracias. ¡Oh, he bebido demasiado! —dijo con un bramido.

Se echó de inmediato en la entrada y cuando llegué a mi cama podía escuchar sus ronquidos.

A la mañana siguiente, sin ceremonia alguna, me poseyó.

Ese día fui al restaurante como siempre con mi niño, actuando como si nada hubiera sucedido. Mi marido estaba sentado en una mesa leyendo el periódico y con un vaso de licor al lado. Pensé qué lindo se veía el sol matinal brillando en el vaso.

—¿No hay nadie aquí? pregunté. Levantó la cabeza del periódico.

—El patrón aún no ha regresado del mercado. La señora estaba en la cocina hace un minuto.

—¿No está ahora allí?

—No viniste anoche ¿no es así?

—Sí vine. Lo que acontece es que no puedo ir a dormir sin echarle una mirada a mi camarera favorita. Entré de paso después de las diez, pero me dijeron que acababas de salir.

—¿Y luego?

—Pasé la noche aquí. Estaba lloviendo tanto.

—Pueda ser que me quede a dormir aquí de ahora en adelante.

—Supongo que es buena idea.

—Sí, eso es lo que haré. No tiene sentido alquilar la casa.

Mi marido no dijo nada, pero volvió a su periódico. «Bueno, qué me dices. Están escribiendo cosas desagradables sobre mí otra vez. Me llaman falso aristócrata con inclinaciones epicúreas. Eso no es verdad. Sería más correcto referirse a mí como un epicúreo con temor a Dios. ¡Mira! Dice aquí que soy un monstruo. Eso no es cierto, ¿no es así? Es un poco tarde, pero ahora te diré por qué tomé los cinco mil yenes. Era para darte a ti y al niño. El primer año nuevo feliz en tanto tiempo. Eso prueba que no soy un monstruo, ¿no es verdad?».

Sus palabras no me hicieron especialmente feliz. Y dije:

—No hay nada de malo en ser un monstruo, ¿no es cierto?, mientras podamos continuar vivos.

Traducido del inglés por Ilia Sologuren

EL SACERDOTE
Y SU AMOR

Yukio Mishima (1925–1970)

De acuerdo con Las Condiciones Esenciales para la Salvación de Eshin, los Diez Placeres no son sino una gota en el océano comparados con los goces de la Tierra Pura. En esta, la tierra es de esmeralda y los caminos que la atraviesan están alineados con cordones de oro. La superficie es infinitamente llana y no hay linderos. Dentro de cada uno de los recintos sagrados hay cincuenta mil millones de corredores y torres forjados con oro, plata, lapislázuli, cristal, coral, ágata y perlas; y vestiduras admirables encima de las torres, una multitud de ángeles se encuentra tocando eternamente música sagrada y cantando himnos triunfales de alabanza al Tathagata Buda.

En los jardines que circundan los corredores, las torres y los claustros hay grandes lagos de oro y esmeralda donde los fieles pueden hacer sus abluciones; los lagos dorados están revestidos con arena argentífera y los de esmeralda con arena de cristal. Los lagos están cubiertos con plantas de loto que resplandecen con múltiples colores y, a medida que la brisa sopla sobre la superficie del agua, luces magníficas las atraviesan en todas direcciones. Día y noche, el aire está henchido de cantos de grullas, gansos, patos mandarines, pavos reales, loros y Kalavinkas de dulce voz con rostros de bellas mujeres. Todo esto y los millares de otros pájaros enjoyados elevan sus melodiosas voces en alabanza del Buda (por dulces que sean sus voces, tan inmensa cantidad de pájaros debe hacer mucho ruido).

En la orilla de los lagos y en la ribera de los ríos se alinean bosquecillos de árboles sagrados. Estos árboles tienen tallos de oro, ramas de plata y capullos de coral, y su belleza se refleja en las aguas. El aire está lleno de cordones recamados de los que penden millares de campanas preciosas que eternamente tañen, expandiendo en el diáfano cielo, la Ley Suprema de Buda; e instrumentos musicales extraños, que tocan solos sin ser jamás pulsados.

Si uno desea comer algo, aparece instantáneamente ante los ojos una mesa adornada con joyas por sus siete costados, en cuya superficie brillante reposan siete recipientes igualmente enjoyados, colmados con los manjares más exquisitos. Pero no es necesario tomar de estas viandas y llevarlas a la boca. Todo lo que se requiere es mirar sus colores atractivos y disfrutar de su aroma, con lo cual uno se siente satisfecho y el cuerpo nutrido, mientras se permanece espiritual y físicamente puro. Cuando uno ha terminado su colación en esta forma, sin haber comido realmente nada, los recipientes y la mesa desaparecen inmediatamente.

Asimismo, uno es ataviado automáticamente sin necesidad de costura, lavandería, teñido o reparación. Las lámparas, también son innecesarias, pues el cielo está iluminado con una luz omnipresente. Además, la Tierra Pura goza de una temperatura moderada todo el año, de manera que no se requiere ni calefacción ni sistema de enfriamiento. Cien mil aromas sutiles perfuman el ambiente y pétalos de loto caen en forma de incesante lluvia.

En el capítulo relacionado con la Puerta de Inspección se nos dice que ya que los visitantes no iniciados no pueden esperanzarse en penetrar en la Tierra Pura, deben primero concentrarse en despertar sus poderes de «imaginación externa» y, más adelante, desarrollar firmemente dichos poderes. El poder imaginativo puede proporcionar un atajo para escapar de las trabas de nuestra vida mundanal y para poder ver al Bu-

da. Si estamos dotados de una imaginación rica y turbulenta, podemos poner nuestra atención en una sola flor de loto y de ahí podemos extendernos hacia horizontes infinitos.

Mediante observaciones microscópicas y proyecciones astronómicas, la flor de loto puede convertirse en el fundamento de una teoría completa del universo y en un agente que nos permita percibir la Verdad. Primero debemos saber que cada uno de los pétalos tiene ochenta y cuatro mil venas y cada vena difunde ochenta y cuatro mil luces. Además, la más pequeña de estas flores tiene un diámetro de doscientos cincuenta yojana. De manera que, si consideramos que el yojana que se menciona en las Escrituras Sagradas corresponde a setenta y cinco millas, podemos deducir que una flor de loto con un diámetro de diecinueve mil millas es más bien pequeña.

Ahora bien, dicha flor tiene ochenta y cuatro mil pétalos y entre cada pétalo hay un millón de joyas, cada una de las cuales emite mil luces. Sobre el cáliz, bellamente adornado de la flor, se elevan cuatro pilares enjoados y cada pilar es cien billones de veces tan grande como el Monte Sumeru que se eleva en el centro del universo budista. De los pilares penden grandes cortinajes, cada uno de los cuales está adornado con cincuenta mil millones de joyas; cada joya emite ochenta y cuatro mil luces y cada luz está compuesta de ochenta y cuatro mil diferentes colores dorados, y cada uno de estos colores está, a su vez, diversamente transformado como por arte de magia.

El concentrarse en dichas imágenes se conoce como el «pensar en el Asiento de loto en el que sienta Buda», y el mundo conceptual que flota en el trasfondo de nuestra historia es un mundo imaginado a esa escala.

El Gran Sacerdote del santuario de Shiga era un hombre de la más eminente virtud. Sus cejas estaban blancas, y todo lo que po-

día hacer era mover sus viejos huesos cuando caminaba renqueando, sostenido por su bastón, de un lado a otro del santuario.

A los ojos de este asceta erudito, el mundo era una mera pila de basura. Había vivido lejos del mundo por luengos años; el pequeño pino que había plantado con sus propias manos al trasladarse a su actual celda se había convertido en un gran árbol cuyas ramas se expandían al viento. Un monje que ha logrado, por tanto tiempo, abandonar el Mundo Flotante debe sentirse seguro sobre su vida después de la muerte.

Cuando el Gran Sacerdote veía a los ricos y nobles, sonreía con compasión y se preguntaba cómo era posible que esta gente no reconociera que sus placeres eran sueños vacíos. Cuando veía mujeres bellas su única reacción era sentir piedad por los hombres que aún vivían en este mundo de ilusión y que eran mecidos por las olas del placer carnal.

Desde el momento en que un hombre ya no responde en absoluto a los motivos que regulan el mundo material, este parece estar en completo reposo. A los ojos del gran Sacerdote, el mundo mostraba estar solo en reposo; se había convertido en un mero cuadro dibujado en un pedazo de papel, un mapa de alguna tierra lejana.

Cuando se ha alcanzado un estado mental del que se han entresacado por completo las pasiones malignas de este mundo, se olvida también el miedo. Así es como el sacerdote ya no podía entender por qué existía el infierno. Sabía, sin lugar a dudas, que este mundo ya no ejercía ningún poder sobre él; pero, como estaba totalmente privado de presunción, no se le ocurría que este fuera efecto de su propia eminente virtud.

En lo concerniente a su cuerpo, se hubiera podido decir que el sacerdote había sido poco menos que abandonado por su propia carne. En las ocasiones en que lo observaba, cuando tomaba un baño, por ejemplo, le regocijaba ver qué precariamente estaban cubiertas sus protuberantes huesos por su

piel marchita. Ahora que su cuerpo había alcanzado este grado de deterioro, sentía que podía llegar a un acuerdo con él, como si este perteneciera a otra persona. Tal cuerpo, parecería ser más apropiado para recibir el aliento de la Tierra Pura que comida y bebida terrenales.

En sueños vivía todas las noches en la Tierra Pura y cuando despertaba sabía que subsistir en este mundo era estar atado a un sueño triste y evanescente.

En la temporada florida, grandes multitudes venían de la capital a visitar la aldea de Shiga. Esto no preocupaba en lo menor al sacerdote porque hacía ya tiempo que había trascendido el estado en que los clamores del mundo pueden irritar la mente. Una tarde primaveral, dejó la celda apoyado en su bastón y caminó hacia el lago. Era la hora en que las sombras oscuras empiezan a irrumpir lentamente cubriendo la luz brillante de la tarde. No había la menor onda que perturbara la superficie del agua. El sacerdote permaneció solo, parado al borde del lago y comenzó a celebrar el rito sagrado de la Contemplación del Agua.

En ese momento, un carruaje tirado por un buey, ostensiblemente de propiedad de una persona de alto rango, se acercó al lago y se detuvo junto al lugar donde el sacerdote permanecía de pie. La dueña era una dama de la corte, del distrito de Kyogoku de la Capital, que ostentaba el elevado título de Gran Concubina Imperial. Esta dama había venido a contemplar el paisaje primaveral de Shiga y ahora, a su regreso, hizo detener el carruaje y levantó la persiana para dar un último vistazo al lago.

Inconscientemente, el Gran Sacerdote lanzó una mirada en esa dirección y de inmediato se sintió transtornado por su belleza. Sus ojos se cruzaron con los de ella y como él no hiciera nada por desviar la mirada, la dama no pensó que le correspondía hacerlo. No se trataba de que su espíritu fuese tan li-

beral que permitiera que los hombres la contemplaran descaradamente, sino que ella sentía que los motivos de este viejo asceta apenas podían ser los mismos de los hombres comunes y corrientes.

Momentos después, la dama cerró la persiana. El carruaje reanudó su viaje y, habiendo atravesado el paso Shiga, rodó lentamente por el camino que conducía a la capital. Cayó la noche mientras se dirigía a la ciudad por el Camino del Santuario de Plata. Hasta que el carruaje se convirtió en un punto lejano que desapareció entre los árboles distantes, el Gran Sacerdote permaneció clavado al suelo.

En un abrir y cerrar de ojos, este mundo había descargado su venganza con terrible fuerza sobre el sacerdote. Lo que había imaginado completamente seguro se había derrumbado.

Regresó al santuario y ante la principal imagen de Buda invocó el nombre Sagrado. Mas pensamientos impuros echaron una sombra a su alrededor. La belleza de una mujer, se decía era solo una aparición fugaz, un fenómeno temporal compuesto de carne, carne que pronto sería destruida. Sin embargo, así tratara de evitarlo, la inefable belleza que le había subyugado en ese momento en el lago presionaba su corazón con la fuerza de algo que había venido de una distancia infinita. El Gran Sacerdote no era ya joven ni espiritual ni físicamente como para creer que este sentimiento nuevo era tan solo una broma que su carne le jugaba. La carne de un hombre, bien lo sabía, no podía transformarse tan rápidamente. Más bien parecía encontrarse inmerso en un veneno raudo y sutil que había transmutado abruptamente su espíritu.

El Gran Sacerdote nunca había roto su voto de castidad. La lucha interna que había librado en su juventud contra las exigencias de la carne había hecho que considerara a las mujeres como meros seres carnales. La única carne real era la que existía en su imaginación. Ya que, por tanto, la consideraba

como una abstracción ideal más que como un hecho físico, había confiado en su fortaleza espiritual para subyugarla, y había logrado éxito en la empresa, éxito que nadie que lo conociera podría poner en tela de juicio.

Sin embargo, el rostro de la mujer que había levantado la persiana para contemplar el lago era demasiado armonioso y refulgente como para ser señalado como un mero objeto carnal, el sacerdote no sabía qué nombre darle. Solo podía pensar que, a fin de recrear ese momento maravilloso, algo que se había ocultado de él, engañosamente, por tanto tiempo se había al fin revelado. Tal cosa era nada menos que este mundo que, hasta entonces, había estado en reposo pero que ahora había surgido súbitamente de la oscuridad y empezaba a agitarse.

Parecía como si hubiera estado de pie en la carretera que lleva a la capital con sus manos apretando firmemente sus orejas y hubiera visto pasar rodando estruendosamente dos grandes carruajes. De súbito, había retirado sus manos y el ruido del exterior había irrumpido a su alrededor.

Percibir el flujo y reflujo de los fenómenos pasajeros, sentir el estruendo del ruido en los oídos era entrar en el círculo de este mundo. Para un hombre, como el Gran Sacerdote, que había roto relaciones con todas las cosas exteriores, esto era colocarse nuevamente en relación con el mundo.

Hasta cuando leía los sutras se oía a sí mismo, una y otra vez, exhalando suspiros de angustia. Quizá la naturaleza, pensaba, podría servir de distracción a su espíritu y miraba por la ventana su celda las montañas que señoreaban en la lejanía bajo el cielo del atardecer. Sin embargo, sus pensamientos, en lugar de concentrarse en la belleza se dispersaban como jirones de nubes a la deriva. Fijó la mirada en la luna, pero sus pensamientos seguían divagando; y cuando, una vez más, fue a colocarse delante de la imagen principal en un esfuerzo de-

sesperado por recuperar la fuerza de espíritu, la figura del Buda se transformó y tomó la forma del rostro de la dama del carruaje. Su universo estaba prisionero dentro de los confines de un pequeño círculo: En un punto se encontraba el Gran Sacerdote y opuesta a él estaba la Gran Concubina Imperial.

La Gran Concubina Imperial de Kyogoku pronto había olvidado al viejo sacerdote que había visto contemplándola tan resueltamente en el Lago de Shiga. Sin embargo, después de un tiempo, llegó un rumor a sus oídos que le recordó el incidente.

Aconteció que uno de los lugareños sorprendió al Gran Sacerdote contemplando el carruaje de la dama que desaparecía en la distancia. Mencionó el hecho a un cortesano que había ido a Shiga a contemplar las flores y añadió que, desde ese día, el sacerdote se había comportado como un loco.

La Concubina Imperial pretendió no dar crédito al rumor. Sin embargo, la virtud de este sacerdote era conocida en toda la capital y el incidente iba alimentar inevitablemente la vanidad de la dama, que estaba hastiada por completo del amor que recibía de los hombres de este mundo. La Concubina Imperial era absolutamente consciente de su propia belleza y se inclinaba a ser atraída por cualquier fuerza como la religión, que trataba su belleza y su alto rango como cosas sin valor alguno. Estaba demasiado aburrida de este mundo, ¿cómo sería en la Tierra Pura? Era inevitable que el budismo que rechazaba toda la belleza y el brillo del mundo visual, por ser mera suciedad y corrupción, ejerciera, profundamente, un atractivo particular sobre alguien como la Concubina Imperial, desilusionada de la elegancia superficial de la vida cortesana, elegancia que parecía presagiar, sin lugar a dudas, los últimos días de la Ley y su degeneración.

Entre aquellos cuyo interés especial era el amor, la Gran Concubina Imperial era considerada en un lugar de honor como la verdadera personificación del refinamiento cortesano. El hecho de saberse que nunca había otorgado su amor a hombre alguno abonaba a favor de su reputación. Si bien ejercía sus obligaciones para con el Emperador con el más perfecto decoro, nadie, en ningún momento, creía que ella lo amara de corazón. La Gran Concubina Imperial soñaba con una pasión que alcanzara los límites de lo imposible.

El sacerdote del Santuario de Shiga era famoso por su virtud y todos en la capital sabían cómo este anciano prelado había abandonado totalmente este mundo. Lo más sorprendente, entonces, era el rumor de que había sido deslumbrado por los encantos de la Concubina Imperial y que por ella había sacrificado el otro mundo. Renunciar a los goces de la Tierra Pura que estaban tan a la mano: no había sacrificio más grande que este ni mayor dádiva.

La Gran Concubina Imperial era totalmente indiferente a los encantos de los jóvenes libertinos, bien plantados, que se congregaban alrededor de la corte de los nobles que la asediaban. Los atributos físicos de los hombres ya no significaban nada para ella. Su única preocupación era encontrar un hombre que pudiera darle el amor más poderoso y más profundo posible. Una mujer con tales aspiraciones es verdaderamente una criatura espantosa. Si ella es una mera cortesana, sin duda alguna se satisfará con las riquezas mundanas. Sin embargo, la Gran Concubina Imperial ya gozaba de todas aquellas cosas que la riqueza del mundo proporciona. El hombre que ella esperaba debía ofrecerle las riquezas del otro mundo.

Los rumores sobre el amor loco del Gran Sacerdote se esparcieron por toda la corte. Finalmente, la historia fue contada medio en broma hasta el mismo Emperador. A la Gran Concubina no le hacían ninguna gracia estos chismes y adop-

taba un aire de fría indiferencia. Como ella bien sabía, había dos razones por las que, normalmente, hubiera sido prohibido; primero, al referirse al amor del Gran Sacerdote estaban pagando tributo a la belleza de la mujer que inspiraba hasta a un eclesiástico de tanta virtud a abandonar sus meditaciones; en segundo lugar, todos se percataban de que el amor del anciano por la noble dama nunca podría ser correspondido.

La Gran Concubina Imperial evocó el rostro del anciano sacerdote que había visto por la ventana de su carruaje. No se parecía en lo más mínimo al rostro de ninguno de los hombres que la habían amado hasta entonces. Extraño parecía que surgiera el amor del corazón de un hombre que no reunía el menor requisito para ser amado. La dama recordó frases tales como «mi amor desesperado y sin esperanza» que eran tan utilizadas por los poetastros de palacio cuando deseaban despertar simpatía en los corazones de sus indiferentes amantes. Comparada a la situación sin esperanza en la que se encontraba ahora el Gran Sacerdote, la situación del menos afortunado de estos elegantes amantes era casi envidiable, y sus clichés poéticos le parecían meros adornos de frivolidad mundana inspirados en la vanidad y totalmente desprovistos de sentimiento.

Llegados a este punto, será claro para el lector que la Gran Concubina Imperial no era, como se creía, la personificación de la elegancia cortesana sino, más bien, una persona que encontraba el verdadero sabor a la vida en el conocimiento de ser amada. Pese a su elevado rango, era ante todo una mujer; y todo el poder y la autoridad del mundo le parecían cosas vacías si estaban privados de este conocimiento. Los hombres que la rodeaban podían dedicarse a luchar por el poder político; pero ella soñaba con conquistar al mundo con diferentes medios, medios totalmente femeninos. Muchas de las mujeres que había conocido habían tomado los hábitos y se habían retirado

del mundo. Esas mujeres le parecían ridículas; porque, diga lo que diga, para una mujer, es casi imposible para ella renunciar a las cosas que posee. Solo los hombres son capaces de ello.

Ese anciano sacerdote del lago, llegada cierta etapa de su vida, había renunciado al Mundo Flotante y a todos sus placeres. A los ojos de la Concubina Imperial este era mucho más hombre que todos los nobles que ella conocía en la corte. Y, justamente como había abandonado este mundo, ahora por ella estaba dispuesta a renunciar al otro mundo también.

La Concubina Imperial recordó la imagen de la sagrada flor de loto que su propia y profunda fe había impreso vivamente en su mente. Pensó en el enorme loto de una anchura de doscientos cincuenta yojana. Esa absurda planta era más adecuada a sus gustos que los pequeños lotos que flotaban en los lagos de la capital. De noche, cuando escuchaba el viento susurrar entre los árboles de su jardín, ese sonido le parecía muy insípido comparado con la delicada música de la Tierra Pura, cuando el viento soplaba entre los sagrados árboles preciosos. Cuando pensaba en los extraños instrumentos que pendían del cielo y que sonaban sin ser tocados, la música del arpa cuyos ecos se escuchaban por los corredores del palacio le parecían mezquina imitación.

El Gran Sacerdote del Santuario de Shiga estaba luchando. La batalla que había trabado contra la carne en su juventud le había hecho tener la esperanza de heredar el otro mundo; pero esta lucha desesperada de su vejez estaba unida a un sentimiento de pérdida irreparable.

La imposibilidad de consumir su amor por la Gran Concubina Imperial era tan clara para él, como el sol en el cielo. Al mismo tiempo, era totalmente consciente de la imposibilidad de avanzar hacia la Tierra Pura mientras permaneciera bajo la servidumbre de este amor. El Gran Sacerdote que había vivido en un estado mental de incomparable libertad, en un abrir

y cerrar de ojos se había encontrado en la oscuridad y el futuro era totalmente negro. Parecía que la fortaleza que lo había acompañado durante sus luchas juveniles había surgido de su confianza en sí mismo y del orgullo que tenía en el hecho de que se estaba privando voluntariamente del placer que hubiera sido suyo con solo solicitarlo.

El Gran Sacerdote, una vez más, se sintió poseído por el miedo hasta el día en que el noble carruaje se acercó a la orilla del lago Shiga. Él había creído que lo que el futuro le depa-raba era nada menos que el Nirvana, pero ahora se había des-pertado en la oscuridad de este mundo donde es imposible ver qué nos acecha en todo momento. Las diversas formas de meditación religiosa no daban ningún resultado. Trató de con-centrarse en la Contemplación del Crisantemo, la Contempla-ción del Aspecto Total y la Contemplación de las Partes; pero cada vez que lo intentaba, el hermoso rostro de la Concubina aparecía ante sus ojos.

La Contemplación del Agua era también ineficaz, porque invariablemente su encantador rostro flotaba rielando sobre las ondas del lago.

Esto, sin lugar a dudas, era consecuencia natural de su amor loco. Pronto el sacerdote se dio cuenta de que la Con-centración hacía más daño que bien y, a continuación, trató de embotar su espíritu mediante la dispersión. Le asombraba que la concentración espiritual tuviera el efecto paradójico de sumirlo más profundamente en sus delirios; pero pronto descubrió que, al aplicar el método contrario, dispersando sus pensamientos, estaba, en efecto, admitiendo estos mismos de-lirios. A medida que su espíritu empezó a ceder bajo este peso, el sacerdote decidió que en lugar de entablar una lucha vana era mejor huir del esfuerzo de escapar concentrándose deli-beradamente en la figura de la Gran Concubina Imperial.

El Gran Sacerdote encontró un nuevo placer en adornar su visión de la dama en diversas formas, tal como si estuviera ornando la estatua del Buda con diademas y baldaquinos. Al hacerlo, convirtió el objeto de su amor en un ser cada vez más resplandeciente, distante e imposible, y esto le producía un goce particular. Pero ¿por qué? Evidentemente sería más natural para él concebir a la Gran Concubina Imperial como una mujer común y corriente, bastante a la mano y poseedora de las debilidades humanas normales. Así, podría tomar ventaja sobre ella, por lo menos en su imaginación.

Mientras consideraba este asunto, se le reveló la verdad. Lo que se le representaba en la Gran Concubina Imperial no era una criatura de carne y hueso ni tampoco una mera visión; más bien, era un símbolo de la realidad, un símbolo de la esencia de las cosas. Era extraño, por cierto, perseguir esa esencia en la figura de una mujer. Sin embargo, el motivo no se encontraba lejos. Hasta cuando se empezó a enamorar, el Gran Sacerdote no había abandonado el hábito —para el que se había preparado durante estos largos años de contemplación— de tratar de llegar a la esencia de las cosas mediante la abstracción constante. La Gran concubina Imperial de Kyogoku había formado una unidad en su visión del inmenso loto de doscientos cincuenta yojana. Al reclinarsse en el agua sostenida por todos los lotos, la dama se había tornado más vasta que el Monte Sumeru, más vasta que un reino entero.

Cuanto más convertía el Gran Sacerdote a su amor en algo imposible, más profundamente traicionaba al Buda, pues la imposibilidad de este amor estaba ligada a la imposibilidad de obtener la iluminación. Cuanto más imposible consideraba su amor, más firmemente crecía la ficción que lo sustentaba y más profundamente se enraizaban sus pensamientos impuros. Mientras consideraba que su amor podría ser remotamen-

te posible, paradójicamente era factible para él la resignación; pero ahora que la Gran Concubina se había convertido en una criatura fabulosa y por demás inaccesible, el amor del sacerdote permaneció quieto como un gran lago estancado que cubre la superficie de la tierra firme y obstinadamente.

Esperaba de alguna manera poder contemplar el rostro de la dama una vez más y, sin embargo, temía que, al verla, su figura, que ahora se había convertido en un gigantesco loto, se desmoronara sin dejar rastro alguno. Si eso sucediera estaría a salvo sin lugar a dudas. Sí, esta vez estaba destinado a alcanzar la iluminación. Y esta simple posibilidad llenaba al Gran Sacerdote de temor y espanto.

El solitario amor del sacerdote lo había llevado a inventar asechanzas extrañas y engañosas y cuando, después de un tiempo, tomó la decisión de ir a ver a la dama, se encontraba obsesionado por la idea engañosa de haber casi vencido a la enfermedad que estaba marchitando aún más su cuerpo. El asombrado sacerdote llegó hasta el punto de tergiversar el goce que acompañaba su decisión como un alivio por haber escapado finalmente de los obstáculos que le imponía su amor.

Ninguna de las personas que rodeaban a la Gran Concubina Imperial encontró nada extraño en el hecho de que el anciano sacerdote permaneciera parado, en silencio, en la esquina del jardín de la dama, apoyado en un bastón, contemplando melancólicamente la residencia. Ascetas y mendigos a menudo se paraban a la entrada de las grandes casas de la capital en espera de propinas. Una de las damas de compañía mencionó el asunto a su señora. La Gran Concubina Imperial miró en forma casual a través de la persiana que la separaba del jardín. Ahí, a la sombra del fresco y verde follaje estaba parado un

marchito y viejo sacerdote vestido con un hábito negro desteñido y con la cabeza gacha. La dama lo miró durante un tiempo. Cuando se percató de que este era, sin lugar a dudas, el sacerdote que había visto a orillas del lago Shiga, su rostro palideció aún más.

Luego de unos momentos de indecisión, dio órdenes para que se ignorara la presencia del sacerdote en el jardín. Sus ayudantes le hicieron una reverencia y se retiraron.

Ahora bien, por primera vez la dama fue presa de intranquilidad. Durante su vida había visto mucha gente abandonar este mundo, pero nunca hasta ese momento había puesto los ojos en alguien que hubiera abandonado el otro mundo. El hecho era ominoso y terrible. Todo el placer que su imaginación había conjurado de la ideal del amor del sacerdote desapareció en un instante. Por más que hubiera renunciado al otro mundo por ella, ese mundo, ahora se daba cuenta la dama, nunca estaría en sus manos.

La Gran Concubina Imperial dio una mirada a sus elegantes vestiduras y a sus bellas manos y luego, mirando el Jardín, vio las feas facciones del anciano sacerdote y sus raídos hábitos. Había una horrible fascinación en el hecho de que existiera una relación entre ellos. ¡Qué diferente era todo esto de la espléndida visión! El Gran Sacerdote parecía ahora una persona que hubiera salido del mismo infierno. Nada quedaba de aquel hombre de presencia virtuosa que había dejado atrás la brillantez de la Tierra Pura. El esplendor que llevaba dentro de él y recordaba la gloria de la Tierra Pura se había esfumado por completo. Aunque este era, ciertamente, el hombre que había estado parado a orillas del lago Shiga, era, al mismo tiempo, una persona diferente.

Como la mayoría de los cortesanos, la Gran Concubina Imperial tendía a estar en guardia contra sus propias emociones, en especial cuando confrontaba una situación que podía afectarla profundamente. Ahora que era evidente el amor del

Gran Sacerdote, se sintió descorazonada al pensar que la pasión perfecta con la que había soñado durante todos estos años asumiera una forma tan incolora.

Cuando el sacerdote por fin llegó a la capital apoyado en su bastón, casi había olvidado su cansancio. Secretamente se dirigió hacia la residencia de la Gran Concubina Imperial y dio una mirada a través del jardín. Detrás de esas persianas, pensó se encontraba nada menos que la dama objeto de su amor.

Ahora que su adoración había asumido una forma inmaculada, el otro mundo, una vez más, empezó a ejercer su hechizo sobre el Gran Sacerdote. Nunca antes había imaginado a la Tierra Pura en forma tan inmaculada, tan conmovedora. Su deseo de alcanzarla era casi sensual. Nada le quedaba sino la formalidad de encontrarse con la Gran Concubina, de declararle su amor y, de esta manera, librarse de una vez por todas de los pensamientos impuros que lo ataban a este mundo y le impedían alcanzar la Tierra Pura. Eso era todo lo que le quedaba por hacer.

Era doloroso para él permanecer parado en ese lugar con su viejo cuerpo sostenido por el bastón. Los brillantes rayos del sol de mayo caían a través de las hojas de los árboles y chocaban contra su cabeza afeitada. Una y otra vez tenía la sensación de perder conciencia y sin su bastón seguramente se hubiera desplomado. ¡Ojalá la dama se diera cuenta de la situación y le permitiera presentarse ante ella para terminar con la formalidad! El Gran Sacerdote esperaba. Esperaba y sostenía su cansancio, cada vez mayor, en su bastón. Al fin, el sol fue cubierto por las nubes del atardecer. La penumbra lo inundó todo. Sin embargo, no se tuvo noticias de la Gran Concubina Imperial.

Ella, por cierto, no tenía manera de saber que el sacerdote estaba mirando a través de ella, más allá de ella, a la Tierra

Pura. Una y otra vez miró por las persianas. El sacerdote permanecía inmóvil en el mismo lugar. La luz del crepúsculo penetró en el jardín. Él siguió parado ahí. La Gran Concubina Imperial se asustó. Sintió que lo que veía en el jardín era la encarnación de ese «delirio profundamente enraizado» sobre el que había leído en los sutras. Le acometió el temor de rodar al infierno. Ahora que ella había hecho descarriarse a un sacerdote de tan alta virtud, no era la Tierra Pura a la que podía aspirar sino más bien al infierno mismo, cuyos terrores, tanto ella como aquellos que la rodeaban, conocían en detalle. El amor supremo con el que había soñado había sido aniquilado. Ser amada como lo era constituía una condena a un castigo eterno. Mientras el Gran Sacerdote miraba por encima de ella a la Tierra Pura, la Gran Concubina lo hacía al horrible reino del infierno.

Sin embargo, esta altiva dama de Kyogoku, que era muy orgullosa para sucumbir a sus temores sin librar una batalla, entonces convocó a todos los recursos de su innata crueldad.

El Gran Sacerdote, se dijo, estaba destinado a derrumbarse tarde o temprano. Miró por la persiana pensando que ahora se encontraría echado en el suelo. Para su irritación, la silenciosa figura permanecía de pie, inmóvil.

Cayó la noche y, a la luz de la luna, la figura del sacerdote parecía una pila de huesos blanquecinos.

La dama no podía dormir atemorizada. Ya no miraba por la persiana y dio la espalda al jardín. Sin embargo, todo el tiempo le parecía sentir la mirada penetrante del Gran Sacerdote en su espalda.

Ella sabía que este no era un amor común. Por temor a ser amada, por temor a caer en el infierno, la Gran Concubina Imperial oró, más vivamente que nunca, por la Tierra Pura. Era por su propia y particular Tierra Pura que oró, una Tierra Pu-

ra que trataba de preservar invulnerable dentro de su corazón. Esta era diferente a la del sacerdote y no tenía relación alguna con su amor. Ella estaba segura de que de mencionarla el sacerdote, se desintegraría instantáneamente.

En ese momento, extrañamente, la Gran Concubina Imperial olvidó por completo su propia belleza, o quizás sería más correcto decir que se obligó a olvidarla.

Finalmente, débiles trazos blancos empezaron a abrirse paso por entre el oscuro cielo y la figura del sacerdote emergió al rayar el alba. Permanecía aún de pie. La gran Concubina Imperial había sido derrotada. Convocó a una servidora y le dijo que invitara al Sacerdote a entrar y arrodillarse detrás de la persiana.

El Gran Sacerdote estaba en el mero límite del olvido, cuando la carne se encuentra a punto de desmoronarse. Ya no sabía si estaba esperando a la Gran Concubina Imperial o al otro mundo. Aunque vio la figura de la servidora que venía de la residencia hacia el oscuro jardín, no se le ocurrió que lo que había estado esperando estaba finalmente a su alcance.

La servidora transmitió el mensaje de su señora. Cuando terminó, el sacerdote emitió un grito horrible, casi inhumano. Trató de conducirlo de la mano, pero él se sacudió de ella y caminó solo hacia la casa con fantásticos, ligeros y firmes pasos.

Estaba oscuro al otro lado de la persiana y desde afuera era imposible ver la figura de la dama. El sacerdote se arrodilló y, cubriéndose el rostro con las manos, lloró. Durante un tiempo prolongado permaneció allí sin decir una palabra y su cuerpo se agitaba convulsivamente.

Entonces, en la oscuridad del alba, una mano blanca surgió suavemente por debajo de la persiana. El sacerdote del Santuario de Shiga la tomó entre sus manos y la llevó a su frente y su mejilla.

La Gran Concubina Imperial de Kyogoku sintió una extraña mano fría que tocaba su mano. Al mismo tiempo, se percató de una tibia humedad. Su mano estaba siendo humedecida por las lágrimas de una persona. Sin embargo, cuando los pálidos rayos del alba llegaron hasta ella a través de la persiana, la ferviente fe de la dama le infundió una inspiración maravillosa: se convenció de que la mano desconocida que tocaba la suya pertenecía nada menos que al propio Buda.

Luego, la gran visión se reveló nuevamente en el corazón de la dama: la tierra esmeralda de la Tierra Pura, los millones de torres enjovadas, los ángeles tañendo los instrumentos de música, los lagos dorados, rociados de arena argentífera, el resplandeciente loto y las dulces voces de las Kalavinkas, todo esto renació de repente. Si esta era la Tierra Pura que ella iba a heredar —y ahora lo creía así— ¿por qué no iba a aceptar el amor del Gran Sacerdote? Esperó que el hombre de las manos del Buda le pidiera que levantara la persiana que la separaba de él. Al cabo se lo pediría y entonces ella retiraría la barrera y su cuerpo incomparablemente bello aparecería ante él como lo había hecho aquel día a orillas del lago Shiga; y ella lo invitaría a entrar.

La Gran Concubina Imperial esperó.

Pero el sacerdote del Santuario de Shiga no pronunció palabra. No le pidió nada. Luego de un tiempo, sus viejas manos soltaron la mano blanca como la nieve de la dama. El sacerdote partió. El corazón de la Gran Concubina Imperial se enfrió.

Días después, llegó a la corte el rumor de que el espíritu del Gran Sacerdote había logrado su liberación final en su celda de Shiga. Al recibir esta noticia, la dama de Kyogoku se dedicó a copiar, con su bella caligrafía, los sutras rollo tras rollo.

Traducido del inglés por Ilia Sologuren

GLOSARIO

Palabras japonesas, o de otras lenguas, cuyos significados no se deducen del texto.

BEGLEITEN. Acompañar.

CHAMBRE SÉPARÉE. Cuarto reservado de restaurante.

CHO. Medida de superficie equivalente a 0.99 hectáreas.

DIÁLOGOS. Sermones de la literatura budista.

FÜRST. Noble.

GEISHA. Literalmente «persona dedicada a las artes de adorno». Cortesana.

GINGKO. Árbol de hojas en forma de abanico que se doran en otoño.

HAKAMA. Falda, pantalón ceremonial, usada principalmente por los hombres.

KABUKI. Género teatral popular.

KATAKANA. Escritura silábica caligráfica.

KIMONO. Vestido tradicional japonés, de mangas anchas.

KOTO. Arpa horizontal de trece cuerdas.

RICKSHA. Pequeño carruaje de dos ruedas y jalado por un hombre.

SAKE. Vino de arroz.

SAMURAI. Guerrero del Japón Feudal.

SOLL LEBEN. ¡Viva!

STUPA. Construcción en forma de cúpula donde se conservan reliquias de Buda.

SUTRAS. Sermones atribuidos a Buda. Significa también aforismos, discursos.

YAMATO. En ciertos relatos antiguos se usa esta palabra para designar el conjunto del Japón.

FUENTES DE LAS TRADUCCIONES

TEATRO

BAELEN, Jean. *Etudes japonaises*. Stockholm: Jan Forlag, 1946.

From the Country of Eight Islands. Trad. y eds. Hiroaki Sato y Burton Watson, notas de Thomas Rimer. Garden City, Nueva York: Anchor Press, 1981.

Japanese Theatre by Faubion Bowers. Notas de Joshua Logan. Rutland, Vermont, Tokyo: Charles E. Tuttle, 1977.

La tradition secrète du No suivi d'une journée de No. Trad. y notas de René Sierffert. Connaissance de l'Orient. Colección UNESCO. París: Gallimard, 1960.

WALEY, Arthur. *The No Plays of Japan*. Rutland, Vermont, Tokyo: Charles E. Tuttle, 1976.

ZEAMI, Motokiyo. *La tradition secrète du No suivi d'une journée de No*. Trad. y notas de René Sierffert. Connaissance de l'Orient. Colección UNESCO. París: Gallimard, 1960.

CUENTOS

AKINARI, Ueda. *Contes de pluie et de lune*. Introducción, trad. y comentarios de René Sieffert. París: Le livre de poche, 1956.

Contes de Yamato suivit du dit de Heichu. Trad. René Sieffert. Paris: Publications Orientalistes de France, 1979.

Mille ans de littérature japonaise. Une anthologie du VII au XVIII Siècle. Comp. Ryoji Nakamura y René de Ceccatty. Paris: Aux éditions de la différence, 1982.

Modern Japanese Literature. From 1968 to present day. Ed. y Donald Keene. Rutland, Vermont, Tokyo: Charles E. Tuttle, 1981.

Modern Japaneses Stories. Ed. y comp. Ivan Morris. Rutland, Vermont, Tokyo: Charles E. Tuttle, 1982.

SHIGA, Naoya. *Le Samurai.* Trad. Marc Mécréant. Paris: Bibliothèque Marabout, 1970.

KAWABATA, Yasunari. *La danseuse d'Izu.* Trad. Sylvie Regnault-Gatier, S. Susuki y H. Suematsu. Paris: Editions Alban Michel, 1973.

Impreso en Talleres Gráficos
QUEBECOR PERÚ S.A.
Av. Los Frutales N° 344 – Ate
Telfs: 437-7323 – 435-8654
Fax: 437-2925
Apd. 4414
Lima Perú

Títulos publicados:

Cinco amantes apasionadas

Ihara Saikaku

Historia de la literatura coreana

Cho Dongil et al. (eds.)

Próximos títulos:

Bosque de pinceles

Tu Fu

(Traducción de Guillermo Dañino)

La familia de Abe

Sang-Guk Chon

(Traducción de María Ko de
Carranza y Francisco Carranza)

